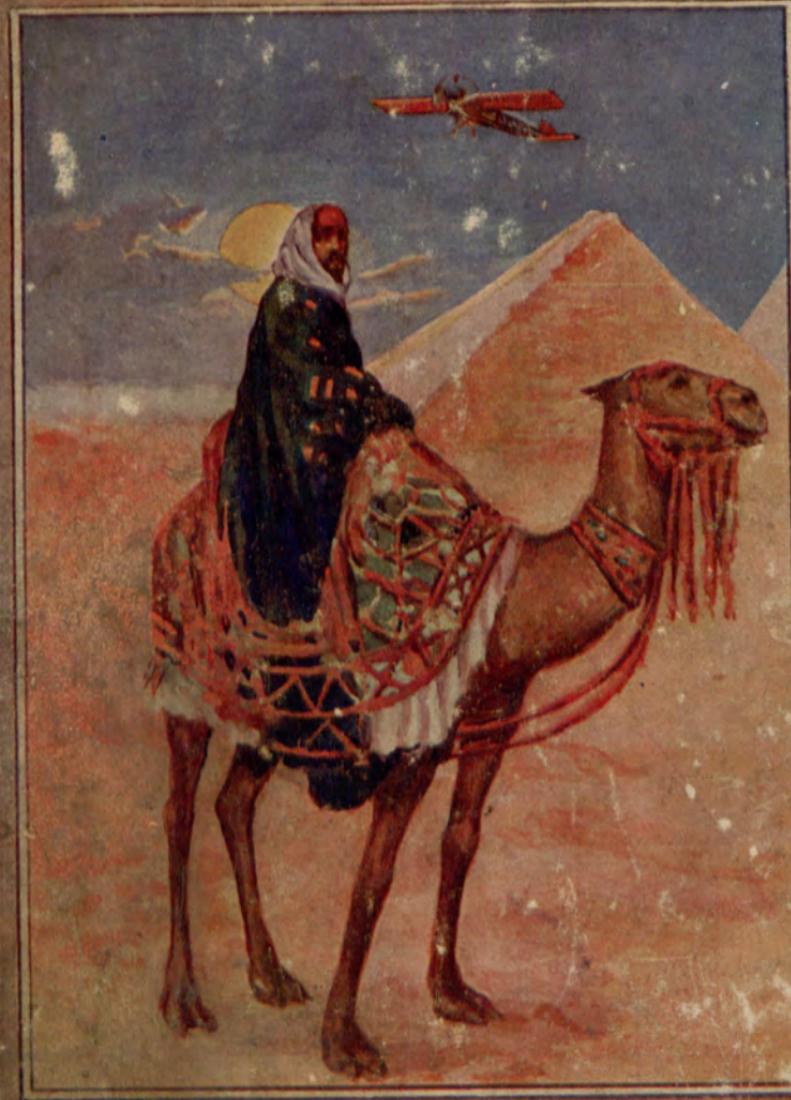


GRANDEZAS DE LA VIDA HUMANA







X



L.I.T. 2302

Mº de la Educación y Educación Comparada

GRANDEZAS DE LA VIDA HUMANA

Libro de Lectura manuscrita

POR

JOSÉ OSÉS LARUMBE

MAESTRO NACIONAL DE LAS ESCUELAS DE BARCELONA

Ilustraciones de Mena



BARCELONA

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MONTSERRAT

de Hijo de J. ROCA Y BROS

FERNANDO VII, 43

X

NIHIL OBSTAT

El Censor,

MANUEL MESTRES, PBRO.

Barcelona, 2 de Julio de 1918.

IMPRÍMASE

El Vicario General,

JUSTINO GUITART.

Por mandado de su Sra.,

LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.

A D. Toribio Sánchez Beltrán de
Guevara, Doctor en Medi-
cina y ex-Diputado a
Cortes por Barcelona

Acepta, querido amigo, la ofren-
da de este modesto trabajo en recuer-
do del amor que unió a nuestros pa-
dres y del que nos hemos profesado
nosotros desde la infancia.

José Osés Larumbe

Barcelona, julio, 1918

Prologo.

Hace poco más de veinte años un ministro de Instrucción Pública de Alemania lanzó desde la Gaceta oficial del Gobierno una queja que, más que de tal, tenía todas las trazas de un anatema formidable. «En Alemania - decía - faltan libros de texto para las escuelas. No tenemos un solo libro de Lectura que pueda aceptarse como mediano. Esto es una gran vergüenza para el Imperio!»

Quien conozca los libros escolares de Alemania tendrá por exagerado aquél juicio y entenderá que sólo podía referirse a las condiciones pedagógicas.

Podría decir lo mismo de la biblioteca escolar española? Incurriremos una vez más en la manía peligrosa de considerarnos inferiores en todo y de asegurar que no tenemos buenos libros?

6
Ciertamente hay muchos libros escritos para la enseñanza y educación de la niñez y cierto también que los hay en buen número dignos de todo elogio y de la más eficaz recomendación.

Por qué, pues, esta publicación másante de libros escolares? Si, al contrario que en Alemania, nosotros tenemos exceso de producción; ¿por qué renovamos sin cesar tales libros? Sencillamente porque vivimos en un honroso desacuerdo; porque maestros, editores y autores discurremos siempre sobre la mayor o menor eficacia de los diferentes métodos aplicados a la lectura racional.

Realmente, el método no lo hace el autor; lo hace por sí mismo el maestro; él es quien da al libro condiciones didácticas ignoradas por el mismo autor. Este puede dar carriles; aquél puede no utilizarlos; el autor de un libro baja su estilo hasta el nivel de las inteligencias embrionarias; el maestro, por su ciencia peda-

gógica), eleva es libro al nivel de las intelligencias superiores.

Al escribir este libro nosotros fuimos guiados de los métodos conocidos. Hemos tratado de que el lenguaje sea sencillo y comprensible para los niños y de que sea profundo en la intención y suggestivo y agradable para el maestro. Tiene un matiz enciclopédico para que se manifiesten las inclinaciones de los pequeños lectores y ofrece pie al maestro para divagar, para explicar y ampliar en orden a sus gustos particulares y a la extensión de sus conocimientos.

La lectura repetida de estos trabajos ligeramente enciclopédicos permite al maestro formar despacio y con muy sencillo trabajo de consulta, un programa curioso, atractivo, de conocimientos positivos para la niñez. Y en esa labor no hay figura que no adquiera ante los ojos del niño proporciones gigantescas, altura y relieve de verdadero sabio.

El método expositivo, característico

de la lectura corriente podrían no ser, en realidad, un mito; pero la ausencia de éste en los grados cuarto y siguientes jamás es un obstáculo para la buena lectura porque malva, su esencia no está en el estilo, sino en la suma, en la naturaleza y en la calidad de los conocimientos.

Piense como quiera el autor, plance como entienda el editor, es lo evidente que el libro ofrecería incontables recursos pedagógicos si ha sido previamente del gusto del maestro.

Nosotros os lo brindamos, compañeros, sin trabas metodológicas. Vosotros sois los jueces y los maestros. Inútil es prologar dando pautas al que sabe más y encarciendo méritos que no ha de exponer jamás el autor porque es privativo del maestro encontrarlos y definirlos.

José Osés Larumbe





Los volcanes emergiendo de las aguas tempestuosas.

I

La Tierra.- Su origen.- Eras de su formación.

Es la tierra nuestra morada, una morada maravillosa que habla fuerte a la imaginación, que deja en suspense el ánimo, que sumerge el espíritu del hombre en profundas meditaciones cuando piensa en la formación de esta gran masa compuesta de tan heterogéneos elementos: el

elemento sólido o tierra, el igneo o fuego, el líquido o agua y el gaseoso o aire atmosférico.

¿Cuándo y cómo se formó la Tierra? Difícil es precisarlo. Las cronologías compuestas por los hombres, aunque estos hombres sean sabios tan eminentes como Uverio, Petavio, Bossuet, Fleury, Hergenröeter y otros, no señalan con precisión, con la seguridad del que tiene una certeza, el principio ni el término de la formación de nuestro globo; esta gran bola que a nosotros nos parece tan enorme y que, realmente, no es más que un átomo en el conjunto sublime, grandioso, indescribible, del Universo.

Las leyendas de los pueblos antiguos han dado, en verdad, tonos pintorescos, caprichosos, a las ideas primitivas sobre la formación de la Tierra.

Pero tales leyendas pasaron. Ni aun entre los más ignorantes sería hoy posible hallar quien creyera en un Atlante llevando sobre sus espaldas el globo terráqueo ni quien se imaginara la Tierra como un gran tambor suspendido en los espacios infinitos, según lo creían algunos pueblos de la antigua Grecia. Por fortuna, a la leyenda de los pueblos rudos ha seguido la ciencia de los pueblos cultos.

Mosés, con la grandiosa sencillez con que escribió, inspirado por Dios, la primera Historia de la Humanidad, comenzó el primero de sus libros, el Genesis, con estas concisas palabras: "En el principio, Dios creó el cielo y la tierra".

No pudo decir más ni mejor en menos palabras: ¡Dios creó el cielo y la tierra! Despues de esta afirmación

rotunda - que es el Credo común de todo el Género humano; ya no es posible decir más ni hablar en contra. La ciencia misma robustece las palabras de aquel insigne legislador. La ciencia, hija de la curiosidad, del entendimiento, de la observación, del estudio, de aquel deseo de saber que tenemos todos los hombres, creó una rama admirable, un tanto complicada, con el nombre de Geología. Hoy la Geología es un cuerpo de doctrina que, a base de hipótesis muy variadas, ha sentado principios irrefutables.

Sin negar, ni por un instante, la verdad divina estampada en el Génesis, podemos prescindir de los conocimientos que nos suministra y considerar los que se sacan de la cultura humana.

Los sabios han conjeturado a su manera la formación de la Tierra.

Para el escocés Burnet, el caos precedió a la formación; por una serie de fenómenos físicos las aguas se separaron de la tierra y el aire de aquéllas y de ésta; Burnet habló de la caída de las aguas en el abismo ni más ni menos como los ingenuos navegantes de su tierra que se aterrorizaban a la idea de surcar el Atlántico porque, según ellos, las aguas se precipitaban desde un plan en el abismo de los espacios infinitos.

Para Leopoldo de Buch las montañas, y con ellas toda la parte sólida del globo, emergen del fondo del mar, en un espectáculo terrible de olas hirvientes rugidoras, encrespadas, vomitando humo, llamas, piedra y ceniza, bajo un cielo cardeno y tempestuoso.

He aquí cómo las dos hipótesis señalan las dos grandes teorías que han dividido a los sabios en dos escuelas: la de los vulcanistas, con Desmaret, con Gratet de Dolomieu, con Hutton y con otros muchos que fundaban su doctrina en la existencia de los volcanes y en las tierra-volcánicas; y la de los neptunianos, menos numerosa siempre, pero igualmente convencida, como lo probaron el mencionado Buch, el gran naturalista Humboldt y su célebre maestro Gottlob Werner.

Toda la discusión científica de vulcanistas y neptunianos ha girado alrededor del origen de la roca silícea volcánica llamada basalto, la cual es para los vulcanistas de origen ígneo, mientras para los neptunianos es de origen sedimentario o acuoso.

En las controversias científicas jamás faltan espíritus conciliadores que

enlazan y aceptan los razonamientos de los contendientes, formándose así las escuelas mixtas.

Patrín y Bronquier sostienen que los basaltos proceden de erupciones fangosas submarinas y así se ha llegado a la conclusión de que hay basaltos de origen igneo, como los de Italia y los de Auvernia, y basaltos de origen acuoso, como los de Irlanda, Escocia y Sajonia.

El ardor de estas polémicas científicas cesó casi completamente cuando el gran naturalista Cuvier dio carácter de ciencia a la Paleontología, la cual se ocupa de aquellas especies de animales ya extinguidas y de su relación con las existentes en la actualidad.

La ciencia geológica ha sintetizado todo su estudio dividiendo las formaciones geológicas terrestres en cuatro eras, llamadas primaria, secundaria, terciaria

y cuaternaria, cada una de las cuales se divide a su vez en períodos caracterizados por los fósiles y por la naturaleza de las formaciones geológicas.

En la era primaria se colocan los primeros depósitos de sedimentos fosilíferos; los fósiles que preponderan son los trilobites, y sus períodos son cinco: el areaico, en que se forman sucesivamente los gneis y las micacitas; el precámbrico, de las pizarras; el silúrico, de la caliza de transición y de las pizarras de talco, caracterizándose por sus fósiles trilobites, peces, zoófitos y plantas de organización rudimentaria; el devónico, de las areniscas rojas antiguas, pizarras arcillosas y calizas y antracitas, siendo sus fósiles nuevos peces y zoófitos; el carbonífero pérmico de las humillas, antracitas pobres de combustible, arcillas pizarrosas y calizas bituminosas,



Los monstruos antediluvianos.

siendo numerosísimos los fósiles vegetales y animales, entre estos los reptiles.

La era secundaria, dividida en los tres períodos triásico, jurásico y cretácico; y por la naturaleza de las formaciones geológicas, la era de las areniscas rojas, estratos de arcillas amarillas, margas, calizas y cretas, y sus fósiles característicos están representados por grandes reptiles, conchas, radiarios, los primeros mamíferos, aves, peces y helechos.

La era terciaria se divide en los períodos eocénico, miocénico y pliocénico; es la era del terreno supracentárico de las calizas, arcillas, arenas, lignitos y conglomerados.

merados osíferos y de grandes rocas; sus fósiles son el mastodonte, la salamandra gigantesca, los monos, el elefante meridional y muchos mamíferos. Esta era es la precursora de una nueva vida sobre la tierra.

La era cuaternaria, que comenzó con grandes convulsiones geológicas, tiene dos períodos; el diluvial y el moderno; subsiste la actividad volcánica, toma la Tierra su aspecto actual, producense una flora y una fauna, a las que suceden otras, y aparecen primero el oso de las cavernas y luego el hombre. Pero la era cuaternaria no concluye aquí; vivimos en ella; la Tierra se halla aún agitada por grandes convulsiones que producen de cuando en cuando grandes catástrofes.

Es ahora cuando se evidencia más la preponderancia de los agentes igneos, porque la tierra no es tetraédrica, como

pretendían los primeros neptunianos, forma propia de la cristalización por efecto de las aguas, sino esférica, forma determinada por la revolución de la mara entera sobre si misma, en combinación con las fuerzas centripeta y centrífuga.





La horrible catástrofe de Holanda en 1282.

II

Convulsiones geológicas.- Cataclismos.- Breves noticias históricas de los cataclismos producidos en la Sierra.

Los dos grandes agentes de la Naturaleza, el agua y el fuego, continúan hoy obrando y producen sus fenómenos como en las eras precedentes, y si no para en ello mientes el vulgo es porque tales fenómenos no tienen carácter ge-

neral y constante en la apariencia.

Son hechos comprobados que las dunas se forman no sólo a la orilla del mar, sino también hacia adentro, sepultando la tierra vegetal entre enormes cantidades de arena, como sucede en buena parte de la faja oriental de Cataluña y en las landas francesas del departamento del Garona.

Los blancos cantiles de Inglaterra se ven socavados constantemente, siglos tras siglo, calculándose que la costa inglesa pierde un metro cada cien años, mientras el mar Báltico disminuye su fondo más de metro y medio por siglo, elevándose tanto el suelo de Suecia

En las costas francesas de Bretaña el hundimiento de la tierra o la elevación de las aguas es de cerca de dos metros por siglo, y en las costas de

Chile, por el contrario, se ha observado después de algunas convulsiones geológicas la retirada de las aguas del mar en extensión tal que ha puesto al descubierto, como en 1837, los restos de algunos naufragios descansando sobre la arena.

Europa entera guarda memorias de la horrible catástrofe de 1282 en Holanda. El Atlántico avanzó impetuoso y terrible sobre la tierra, sepultó bajo sus aguas 72 pueblos, arrebató 500,000 vidas humanas y arrancó, convirtiéndolas en mar, 600,000 hectáreas de terreno.

En Noruega y también en la parte alta de Cataluña la costa se levanta mientras desciende en la parte sud-occidental de Andalucía.

Pero los fenómenos que producen más espantosos cataclismos son los

debidos a las contracciones de la corteza terrestre, originadas por la probable disminución o enfriamiento de la masa de fuego central. Esas contracciones, produciendo rugosidades en movimientos ondulatorios rasgando la corteza terrestre, dan lugar a los terremotos y a nuevas erupciones volcánicas, causa de catástrofes tremendas cuyo solo recuerdo lleva el espanto a todo el género humano.

España, particularmente, conserva el amargo recuerdo del terremoto de Andalucía en 1884, el cual destruyó 30 pueblos, quitó la vida a 835 personas, hirió a otras 1164 y destruyó riquezas por valor de diez millones y medio de pesetas.

En 1906 un terremoto violentísimo destruyó San Francisco de

California, Santiago de Chile y Valparaíso, causando muchísimos miles de víctimas.

Es famoso en la Historia el terremoto de 1775 que destruyó casi toda Lisboa, y dejó sentir sus efectos en una extensión muy considerable de Europa.

Los terremotos de la Calabria han sido particularmente espantosos: el de 28 de marzo de 1783 destruyó 320 pueblos; Mesina quedó destruida en aquella fecha y posteriormente en 27 de diciembre de 1908, cuya catástrofe excedió en horror y virulencia a cuanto puede describir la imaginación más exaltada.

La isla de la Martinica ha sufrido también numerosas y violentas sacudidas sísmicas. La catástro-



Terremotos de Calabria en 1783.

fe del dia 7 de mayo de 1902 excedió en magnitud a todas las anteriores. En menos de un minuto la erupción de la montaña Pelada sepultó bajo sus lavas y cenizas la riente ciudad de San Pedro, perdiendo 30,000 personas.

La isla de Java, donde la Naturaleza viste eternamente las más bellas galas, registra hecatombes de imborrable memoria. En 1699 se devoraron siete montañas, algunos ríos cambiaron de cauce y se

incendiaron los bosques. En 1772 se abrió un abismo de 250 kilómetros cuadrados de boca, quedaron destruidos cuarenta poblados y perecieron 3,000 personas. Y en 1821, la Naturaleza, desquiciada por las convulsiones del terrible volcán Galmy-Gung, ofreció el singular, el espantable espectáculo de que se hundiera una montaña en una sima, de que surgieran nuevos montes en la llanura, de que un río saliera de su cauce, pasando todas sus aguas sobre una población, y de que quedasen destruidas 114 poblaciones y sepultadas 4,000 personas.

Y para terminar, ¿qué se dirá del Vesubio, el histórico volcán italiano que durmió miles de años hasta el 79 de nuestra era, que

produjo en este año las horrorosas hecatombes de Pompeya, Herculano y Stabios, la muerte del gran naturalista Plinio el Viejo y la de muchos miles de ciudadanos romanos? Desde los terremotos del año 63 y la erupción del 79, y a pesar de haber dormido largos períodos, el Vesubio ha tenido más de 200 erupciones y convulsiones, siendo memorables las de los años 110, 203, 472, 512, 685, 993, 1036, 1049, 1138, 1306, 1500, 1538, 1631, 1734, 1779, 1822, 1858, y 1872. Posteriormente a esta fecha, casi todas las convulsiones se han traducido principalmente en temblores y terremotos. Se ha visto rebajarse el cono volcánico; en las faldas del terrible monte se ha construido un atrevidísimo tren funicular que el mismo volcán hace con frecuencia inservible; los viajeros lle-

gan al borde de la espantosa boca y
escrutan con curiosa mirada el ilusion-
dable fondo. La ciencia ha estableci-
do medidas previsoras que han ate-
nuado los efectos y disminuido las ca-
tástrofes. Allá cerca, muy cerca, recostada
sobre el mar, siempre confiada, la bella,
la dulce, la encantadora Nápoles, oye sin
comovverse el rugido del monstruo y ve
iluminarse las aguas serenas del Gire-
no con los cardenales relámpagos que sur-
gen del volcán cuando éste preludia
una de sus tremendas sacudidas.

En tanto que por estas hecatom-
bes han desaparecido pueblos enteros,
esa revolución constante de las fuerzas
poderosas de la Naturaleza se ha com-
placido en hacer surgir hoy la mon-
taña Metone en la Morea; después las
islas de Santorín, Cerasia y Asproní



El Vesubio, en Nápoles.

sí en el Archipiélago; luego la isla Julia en Sicilia; más tarde el monte Nuevo en Nápoles.

Y por raro capricho, por inescrutable designio de la Providencia, las comarcas arrasadas por las lavas conviértense luego en tierras fériles, en verdes, en paraísos donde la vida se desarrolla bajo un cielo azul púrisimo, en expléndido baño de sol, como si Dios quisiera borrar de la mente de los hombres el recuerdo de los horrores que acompañaron a las convulsiones violentas de la Tierra en su proceso de formación definitiva.



La vida del hombre en las cavernas.

III

Edades de la vida humana.- Edad de piedra.- Edad de los metales.
Progreso de estas edades.

El género humano ha tenido su infancia; su vida rudimentaria; existiendo sobre la tierra todo lo necesario para vivir holgadamente en sociedad, teniéndolo todo al alcance de su mano, careció de todo; hubo de epilogarse la creación maravillosa de

Dios con las invenciones del ingenio humano

Fijaos en el concepto "carecer de todo," esto es, de hogar, de vestidos, de armas para defendarse, de fuego, y pensad qué serie de prodigiosos descubrimientos e inventos hubo de realizar el hombre primitivo para luchar con el oso de las cavernas, con el terrible mamut, con el reno gigantesco, para quarcercerse de las tormentas, para consolidar el sueño con total ausencia de peligro, para crear la familia, para alimentarla y sostenerla.

Algunos historiadores han llamado a ese periodo de la vida rudimentaria del hombre la edad heroica; otros, la de las grandes concepciones, de los grandes inventos, de los grandes progresos.

La infancia del Género humano ha tenido dos edades: la edad de piedra y la edad de los metales, tomando como bases los instrumentos encontrados; pero bien enten-

dido que ésta no es una división cronológica, sino morfológica. Aunque ambas edades están comprendidas en la llamada prehistórica, en la historia borrosa, sin cronología, sin otros testimonios fehacientes que los descubrimientos de la Paleontología; es innegable que las dos edades se caracterizan por una serie continuada de progresos en que la piedra primero, después el cobre, luego el bronce y por último el hierro, fueron señalando etapas de la peregrinación lenta del hombre desde las perdidas lejanías de lo primitivo hasta que aparecieron la familia, el clan, la tribu y el pueblo, y al propio tiempo la caverna, el silo, la habitación lacustre; después, cuando hay algo más que rudimentos de una sociedad civil, otras etapas se señalan por la transformación de los trulitos en galerías cubiertas, la de los dólmenes, en chozas pétreas y la de las chozas rudimentarias.



Las habitaciones lacustres.

tarias en talayots o viviendas de piedra.

Es un desfile verdaderamente curioso el de los primeros instrumentos de piedra: el sílex, el hacha sin mango, el martillo, el arjón, primeras armas para el ataque a las grandes bestias, primeros útiles para las primeras fabricaciones. Y pensar que todo esto rudimentario produjo el refinamiento del lujo tallando y biselando la piedra y creando el adorno, lo agradable al espíritu!

Los instrumentos del hombre primitivo son inenarrables. Existe en el Museo Histórico de Moscú un cuadro interesante que re-

presenta la lucha de una familia de gentes desnudas contra el terrible manmuth.

No puede expresarse nada más emocionante que aquella lucha desigual en que a pesar de hallarse el hombre punto menos que inerme, ataca, se defiende y vence.

No menos interesante que el de los instrumentos es el desfile de los monumentos de piedra los menhires o piedras erigidas como grandes mojones, los dolmenes o sepulcros formados por grandes piedras superpuestas, los cromlechs o recintos circulares y los trilitos, base de la futura arquitectura y revelación del sacrificio, del derroche de fuerza muscular que realizaron aquellos hombres levantando moles enormes sin otra palanca que sus brazos hercúleos.

El descubrimiento del fuego permitió modificar esencialmente las condiciones de vida, así en la alimentación y en la de-

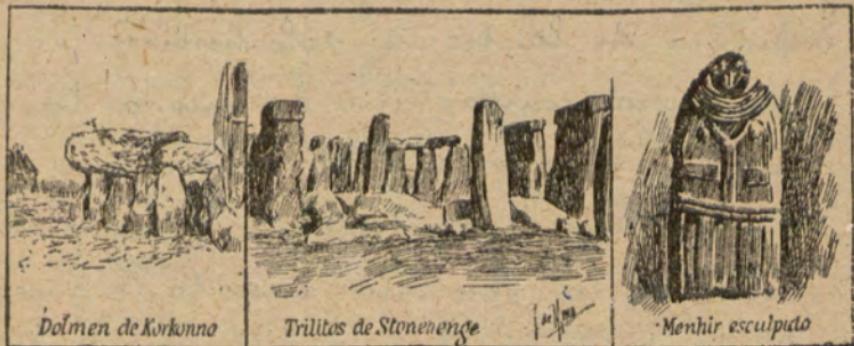
fensa contra las fieras como en la habitación humana. Si en el periodo paleolítico aparecen el silex, el hacha, y el martillo y en el mesolítico se llega al refinamiento del dibujo sobre la piedra, en el último periodo, en el neolítico, la edad piétrea se despidió creando los adornos y la cerámica. Pero la edad de piedra no concluyó sin dejar innumerables huellas, tales como los monolitos de la llanura de Tarnac (Francia) con sus once hileras de piedras en una extensión de diez Kilómetros, las galerías de piedra de Antequera, las tumbas de Portugal, de Baleares y de Alemania, los dolmenes esparcidos por toda Europa, etc. etc.

Cubalcain, nos dice Moisés en el Génesis, trabajó los metales. No hay noticias anteriores sobre tan importantísimo extremo; pero es lo cierto que en la Historia bíblica los metales, bronce, hierro y cobre, hacen su aparición en los primeros tiempos. ¿Cuánto duró, pues, la edad de piedra?

Desde luego muchos siglos en orden a los sufrimientos del Genero humano.

El espantoso martirio de la infusión de los hombres acabó cuando se labraron los metales. Las armas fueron más eficaces; las fieras huyeron de la vecindad humana, el troglodismo pasó al recuerdo de las cavernas y silos abandonados, con el cocimiento del barro el corte de la madera y el auxilio del hierro, las viviendas se levantaron de una manera franca y a plena luz a ras de la tierra; la vida fue más fácil y más aggradable, nacieron muchas industrias, el hogar se hermoseó y multiplicada la producción y aparecidos los oficios, la moneda hizo su presentación, dando a las nuevas sociedades de la edad de hierro la vida intensa del comercio.

Los debieron ser solamente el cobre, el bronce y el hierro los que caracterizaron la edad de hierro, por que a



Primeros monumentos de la edad de piedra

poco de aparecer estos metales, cuando se levantaron las primeras grandes ciudades y la civilización inició sus refinamientos, el oro y la plata contribuyeron con su brillo a dar magnificencia a todo, llegando hasta la indumentaria espléndida de los magnates, de los ricos y de los príncipes.

Desgraciadamente, con el hierro se hicieron más crueles las luchas entre los hombres. Los cascos labrados, las corazas, las lanzas y los carros de los ejércitos en marcha brillaron bajo los ardientes rayos del sol fulgurante, or

gullosos, como si la exploración de las entrañas de la tierra sólo hubiese de servir para cantar un himno a la muerte, a la guerra, a la desolación.

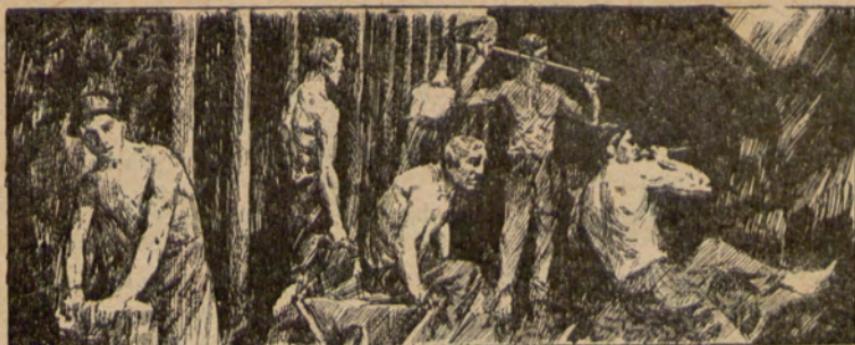
La edad de hierro es el comienzo real de la Historia; cuanto le precedió a pesar de las realidades de la Paleontología, es como el sueño de la prehistoria, indeciso, vago, indeterminado. Con los primeros críosles comienzan los primeros instrumentos de metal, la flauta pastoril de caña da paso a otras más sonoras harmónicas y todo, en suma, convierte en ruidosa la nueva vida de la Humanidad.

La edad de hierro acaba con el arte antiguo, toro, aunque meritario. Gracias al hierro culminan el arte y la ciencia en una serie incontable de progresos. Y es de nota que la Humanidad, rinde en est.

punto máxime culto al Supremo Creador; es el hierro, por útil, el primero de todos los metales, el bienhechor de los hombres, el protector del trabajo; una sola de sus infinitas aplicaciones basta para producir una honda transformación en las costumbres.

Seguramente los hombres no conocerán ya otra edad. Es en ésta en donde se ven los immensos beneficios con que Dios les ha colmado.





En el fondo de una mina de hulla.

IV

Las minas.- El carbón, el hierro, el petróleo.- Las industrias metálicas.

Cíntase que desde Eiro, desde Sidón, desde Jaffa iban las flotas numerosas de Salomon al país de Ofir a cargarse de oro para que el templo de Jerusalén sobrepusiera en magnificencia a todo cuanto hasta entonces hubiese concebido la imaginación del hombre desatada en un sueño de grandezas.

El país de Ifir no existe, no ha existido nunca. Fue tal vez una de aquellas fantasías orientales que prodiijeron el engaño; pero el hecho innegable es que en tiempo de Salomon se trabajaron más que nunca los metales y que las minas se explotaban febrilmente para obtener metal en cantidades muy considerables.

Desde entonces las entrañas de la tierra, siempre fecundas, siempre inagotables, han dado a la Humanidad montañas de metal, y desde entonces también la codicia insaciable del hombre le ha inducido a llegar a temerarias profundidades de la tierra, rascando las venas de ésta hasta abrir las, arrancando el vientre herido de riquezas para que se revelen nuevos filones.

Hoy el aspecto del mundo ha cambiado por esa exploración constante de las profundidades de nuestro globo. No hay región, por apartada que sea, a donde no haya llegado el hombre en busca de yacimientos, y así sufre las horribles inclemencias



Los pescadores de perlas en Ceylán

de las glaciales estepas de Alaska en persecución del oro, como descende al fondo del mar en Ceylán, tras las adoradas y preciosas perlas, corriendo el riesgo tremendo de una lucha contra el tiburón, el sanguinario sedacío del mar Índico.

La edad de los metales parece haber alcanzado su máximo desarrollo. Mr. de Launay nos da la relación de más de 400 minerales clasificados, de los cuales son unos 60 los más usuales.

Hay una sabia distribución de minerales por toda la tierra; no existe país que no tenga veneros de riqueza en su lecho o en sus entrañas. Las piedras preciosas de Kimberley, el oro del

Transvaal, de los Urales y de Potosí, la plata de Austria y de España no valen más que los salitres de Chile, los pozos petroleros de Prusia y Estados Unidos, el hierro de España y de Alemania y las magníficas piedras, mármoles y jaspe de Italia.

Son de valor incalculable para la Humanidad los minerales que se derivan del carbón, los llamados combustibles: grafito, antracita, lignito, hulla, betún, asfalto y petróleo.

El hierro y el bronce revolucionaron las sociedades primitivas; muchos siglos más tarde, la visión mística de Juan de Hullus, en Lieja, debía revolucionar todo el orbe descubriendo el pan negro de la Humanidad, el alma de las industrias, la hulla. Después de Hullus, los hombres buscaron por todo el mundo y encontraron en casi todos los países ese pan negro en proporciones que han rebasado los límites de la más loca prodigalidad.

En el siglo pasado, la extracción de hu-

lla en todo el globo ascendió a 780 millones de toneladas métricas por año, correspondiendo la mayor producción a los Estados Unidos, a la Gran Bretaña, a Francia, Alemania, Austria, Bélgica y Rusia. España tiene, como Bélgica, 150,000 hectáreas de cuenca carbonífera, pero su producción es inmensamente inferior a la del pequeño estado belga.

Los hombres, preocupados de que algún dia falte ese pan negro de la industria, han hecho cálculos sobre la posible duración del precioso mineral y han deducido que en los Estados Unidos, con el consumo actual, hay hulla para 6,000 años, en Francia para 1140, en Inglaterra para 800, en Bélgica para 750 y en Alemania para 300 años.

Pero las industrias metalúrgicas se multiplican tanto, es tan intensa la fiebre de trabajo, que aquél vasto almacén de calor solar se agotará mucho antes, porque ya hoy,

Inglaterra solamente, extrae 220 millones de toneladas por año

La hulla y el hierro son, realmente, los padres de todas las grandes industrias del globo. Pero el hierro no se extrae en cantidades tan fabulosas como el carbón, aunque si en cifras que causan asombro. A mediados del pasado siglo se calculaba en 750 millones de toneladas el hierro extraído de todas las minas del mundo, con un promedio anual de 15,000 toneladas. Desde la segunda mitad del siglo se intensificó tanto la extracción del mineral, que ya hoy se calcular dicha extracción en 300 millones de toneladas anuales, o sea, 30,000 millones de toneladas por siglo, o bien, cerca de siete veces mayor que en el pasado siglo. Los países en donde se extrae más hierro son: Estados Unidos 35 millones de toneladas por año; Alemania, 25; Gran Bretaña, 13; España, 8, Rusia, 7; y Francia, 6 millones.

La suma total de extracción de todos los demás minerales no llega con mucho, si se exceptúan las piedras de construcción, a la mitad de la cifra del carbón. El cobre, por ejemplo, tan importante como primera materia en las industrias de la guerra, se produce en una cantidad aproximada de 700,000 toneladas por año, correspondiendo 500,000 a los Estados Unidos, 70,000 al Japón, 50,000 a España, otras 50,000 a Méjico y 20,000 toneladas a cada una de las cuatro naciones siguientes: Chile, Perú, Austria y Alemania.

El estaño da 15,000 toneladas anuales en Inglaterra, tanto como en los demás criaderos de Asia y América; la producción de petróleo es de 25 millones de toneladas en todo el globo, correspondiendo 12 a los Estados Unidos, 11 a Rusia y los 2 restantes a los demás países del globo.



Los buscadores de oro en América

A favor de esta producción minera colosal, en la que no hemos contado las minas de mercurio de Austria y de España ni las de azufre de Oceanía, ni las de platino de América del Norte y de África, ni las de oro y plata de Siberia, se han levantado por todos los ámbitos del mundo miles y miles de fábricas que dan vida a todas las industrias metalúrgicas por las cuales las máquinas han suplido no pocas fuerzas de la Naturaleza y han ahorrado un pequeño consumo de energías musculares, haciendo la vida de los hombres más fácil, más cómoda, más regalada.

Podrá el hombre agotar en el transcurso de muchas centurias la riqueza inmensa que la Tierra guarda en sus entrañas; podrá llegar al extremo de consumir los que hoy parecen inagotables yacimientos antes que el calor solar haya aterorizado nuevas formaciones; pero fué Dios al crear el mundo tan previsor, tan sabio y bondadoso, que nos dejó en el fondo de los mares otra reserva incalculable de minerales que otras generaciones, a medida que alcance la inteligencia humana el desarrollo que ha de convertirla en perfecto destello de la divinidad, extraerán de lo más profundo de los océanos.

Solo Dios sabe hasta dónde podrá llegar el progreso de sus criaturas.



La vida en las regiones polares

V

Sangrema de la vida vegetal.- La
obra del hombre.- Un pensamien-
to de Tolstoi.

Las plantas son las galas de la
tierra, el encanto máximo de una na-
turaleza espléndida que, con sus haces
de rayos de sol, ilumina los campos ma-
ticados de los más vivos colores. El sim-
bolo de la vida es la vegetación. Donde
no hay un árbol, donde no hay vi-

una brizna de hierba todo es soledad impotente, todo es desolación y espanto. La inmensidad de las estepas siberianas, de los desiertos de Sahara, Tíbet, Gobi, Sibíria, Utah y las praderas americanas y de las llanuras circundantes de los polos terrestres son lugares de maldición de los que huyen los animales por instinto y a los que no llega el hombre sino muerto al sacrificio por una suprema codicia o por un inmenso amor a la ciencia.

En la región circumpolar ártica comienzan los vestigios de una vegetación rudimentaria en los rastros, en los miserables líquenes que apenas manchan la eterna blancaura de aquel suelo helado y duro. Esos líquenes menguados bastan para que allí asome la vida humana, una vida miserable, llena de abyección, y, a pesar de ello, a pesar de la reclusión inviolable de

larginísimos meses en las chozas de mire con poco aire, con no muy abundante luz, los osos tristes, los samoyedos, los esquimales viven una vida al parecer feliz, sin organización civil, sin convulsiones sociales, sin que jamás se haya pensado en guerras, sin que se cometen crímenes ni robos, sin que se hagan un hecho otras conquistas que los colmillos de la morsa, la grasa de la foca y la piel valiosísima del oso blanco, el huésped temible de las llanuras solitarias.

En la región circumpolar antártica no existe nada, ni el mas leve vestigio de vegetación; la vida es allí, pues, una de un modo absoluto?

Pero a medida que se descienden grados de latitud hacia el ecuador los panoramas de la tierra ofrecen más variados aspectos, toda una serie inagotable de tonalidades del color verde, desde el verde-

mar y el esmeralda hasta el verde claro de las praderas, esfumado, difuminado en un faro de luz. La yerba dura, el recio arbusto y el árbol de ramas quebradas y aspecto sombrío son la avanzada de toda la familia vegetal de las regiones templadas y de aquella otra exuberante, gigantesca, coloral de la faja limitada por los dos trópicos.

Hay una estrechísima, una inmejorable relación entre la vida animal y la vida vegetal. Las especies animales son más variadas y más numerosas allí donde la vegetación es más abundante, y tal abundancia, a su vez, es más señalada en donde el calor permite la más rápida y completa madurez de los frutos.

Todo esto lo conoció el hombre desde la antigüedad más remota, porque las avalanchas humanas cayeron en sus



Los pueblos errantes

irrumpieron desde los países fríos del Norte a los templados y cálidos del Sur; por eso los pueblos de las estepas irrumpieron los países más肥iles, y por eso, también, la mayor densidad de población corresponde a las zonas templadas, más que por la benignidad del clima por la variedad y abundancia de los frutos.

La flora actual de la Tierra está representada por más de 400,000 especies vivas de vegetales. Esta vegetación no es la misma que la precedente de la era terciaria y es indudable que también los seres

del reino vegetal sufren aquellas transformaciones características de todos los seres organizados.

Desde luego admira la sapiencia distribución de tales seres sobre la tierra. En vano será que el hombre pretenda rectificar esa colocación tan sabia. Una clase, una familia, una especie vegetal es trasladada a nuevo suelo, a nuevo clima, a nueva latitud y muere o se deforma o se empequeñece y pierde no pocos atributos de su constitución fitotécnica.

Si sin embargo el hombre lo intenta, lo acomete todo. El olivo, ese árbol que tauriza de triste, de melancólica tonalidad los campos de Grecia, de Italia y de España, no es indígena de estos pueblos; el que Columela llamó rey de los árboles, siempre poetizado y elevado

a emblema de faro, fué traído de Babilonia; los griegos lo llevaron de Egipto.

La caña de azúcar, veniente de aquella en América, tenía su cuna en la India; los árabes la trajeron a España y los españoles la llevaron a América.

La patata, originaria del Perú, fué traída desde los Andes a Europa y gracias al travieso ingenio del químico Parmentier, el precioso tubérculo se ha generalizado en Europa, produciéndose en tan enormes, tan incalculables, tan fabulosas cantidades, que se ha convertido en base de la alimentación de todos los pobres y en manjar siempre delicioso para los ricos.

El tabaco, si bien perdiendo algunas de sus características máspreciadas, ha sido llevado por el hombre desde la zona de fuego en donde tiene su cuna



La ramita de olivo, emblema de la paz

hasta otras climas más suaves y templados y aun fríos.

El hombre, engrandeciéndolo todo, buscando incessantemente perfeccionamientos, ha transplantado de unos climas a otros miles de plantas, las ha embellecido en sus formas por medio de la poda, ha multiplicado las variedades dentro de una familia por medio del ingerto; ha modificado la naturaleza del fruto por medio de los siadados y ha despertado en toda la Humanidad el amor a las plantas, poetizándolas, tomando las como em-

llenas de virtudes elevadas y de pasiones ardientes e instituyendo fiestas en todo tiempo, antiguamente entre los saganos las fiestas a Ceres y hoy la culta fiesta del árbol. Sobre todo se ha exaltado el amor al árbol llamándolo el bienhechor de la Humanidad, cantando sus beneficios incontables y dictando leyes para respetarlo y propagarlo.

Un gran pensador ruso, el conde León Tolstoi, dejó escrito que la misión del hombre se consideraba cumplida en este mundo cuando había dado un árbol a la tierra, un libro al pensamiento y un hijo a la familia humana.

Verdaderamente, el pensamiento del gran literato ruso no expresa los verdaderos fines del hombre en su tránsito por la tierra que son amar y servir a Dios; pero si todos procura-

ser dejar tal huella de su paso y, sobre todo la práctica del amor de Dios y las virtudes que la acompañan, la humanidad sería más grande y más feliz y habría dado un formidable avance en el camino de su perfeccionamiento?





Napoleón y el niño

VI

Una anécdota de Napoleón.-Fiestas agrarias.-Cultivos intensivos.-Algunas noticias sobre el hambre.

Refierese que Napoleón I. de quien la fama cuenta que fué gran humorista, vio un dia en el campo a un niño que mordisqueaba con afán un pedazo de pan, mostrándose indiferente al desfile de aquellos brillantes batallones que iban

a la conquista, a la muerte y a la gloria.

Napoleón se acercó al niño riéndole unos momentos complacido y, sonriendo, dióle algunos suaves golpecitos en el vientre al tiempo que decía:

- ¡ La tripita, eh? Esta es la verdadera señora del mundo!

La mayoría de las necesidades fisiológicas del ser organizado son parentorias, inaplazables y entre estas necesidades culmina la de la nutrición.

No era preciso que el gran Capitán proclamara tan genial y humorísticamente que la primera necesidad física es comer, alimentarse. En su estado salvaje el hombre se asoció por las necesidades, y cuando los frutos de la

provida naturalesa no fueron suficientes para el sostenimiento de la familia o de la tribu, acudió al cultivo.

Las primeras riquezas humanas no las constituyeron los objetos, fueron los alimentos que se guardaron en profundos sótanos para preservarlos de la rapacidad de otras tribus vecinas, menos afortunadas por su suerte o más abandonadas a la holganza.

No fueron pocas en la antigüedad las tribus que rindieron culto a las plantas. De tal culto rudo, primitivo, nació el otro fastuoso de las religiones paganas, culminando en el Ática (Grecia) con las fiestas teatrales, en Sicilia con las eleusinas,

nas consagradas a Ceres y en Roma con las escandalosas báquicas consagradas a Baco.

Por casi toda Europa quedan vestigios o recuerdos de lo que fué la fiesta del trigo en los primeros tiempos, con sus hogueras en las montañas, con sus danzas nocturnas alrededor de los altares en lo profundo de los bosques. Algo queda todavía, como nota poética de la vida campesina, de aquellas costumbres, que el Cristianismo ha modificado y que la Iglesia ha dignificado. Los que hemos presenciado en la vida rural española la fiesta del trigo, la bendición de los campos, la elaboración de la primera copa de vino



La bendición de los campos

la marcha de los segadores, la vuelta de la siega, la fiesta de la aceituna y otras, podemos dar fe de la intensidad de la emoción que embarga el alma cuando a la vista de tales espectáculos se corren treinta siglos de Historia.

Antes que el refinamiento de la civilización creara el cultivo de adorno con sus campos de flores en Argelia, con sus inmensas estufas e inves-

náculos de toda Europa, America y Asia, con sus parques magníficos en donde el hombre acopia y embellece todo cuanto la naturaleza le ofrece, fue causa de grandes preocupaciones la distribución acertada de las familias vegetales para la más fácil nutrición de las grandes comunidades humanas.

De tal preocupación han nacido los cultivos intensivos que dan cantidades fabulosas de grano en Rusia, en los Estados Unidos y en la Argentina, pueblos elevados a la categoría de graneros del mundo; por esa preocupación son igualmente intensivos el cul-



El gran Cincinato labrando la tierra.

tivo de la patata por casi toda Europa, del maíz en los Balcanes, del arroz en el extremo oriental de Asia, en Italia y en España, del olivo en el bello Oriente y en todos los pueblos que bordean el Mediterráneo; las frutas más ricas y delicadas en todos los países privilegiados que tienen luz intensa, cielo azul, clima suave y tierra bien nutrita; de la vid, que ha tomado asiento principial en Europa, occidente de Asia

y norte de África, de las plantas industriales, desde el algodonero copudo hasta el bulbo subterráneo del azafrán en América y Europa.

El comercio humano lleva estos productos de la tierra de uno a otro confín del mundo y por ello parece lógico que en el más apartado rincón de la morada humana y en todo tiempo los hombres vean satisfechas sus primeras necesidades.

Desgraciadamente no ha sido, no es siempre así. La Historia nos ha descrito muchas veces los horrores del hambre. Hizo estragos en los tiempos fastuosos de Babilonia, se hizo famoso el que sufrió Jerusalén durante el horroroso sitio que a esta ciudad puso Tito, durante el corrompido imperio de los

Césares romanos, sobre todo en tiempo de Nerón, el hambre hizo aburvarias veces los graneros públicos, es célebre en la Historia el hambre calaguritana a causa del sitio que Pompeyo puso a Calahorra (Logroño) es innegable que el historico facto del hambre en tiempo de Luis XVI y la guerra de las harras, entablada por Turgot precipitaron el estallido de la horrible Revolución francesa. Londres ha sido víctima del hambre muchas veces, sobre todo durante el último cuarto del siglo XVII, París igualmente, y en particular en el primer tercio del pasado siglo XIX, en España se conoció muchas veces el azote del hambre durante la Edad media, en 1916 pereció en R.

memia a causa del hambre más de un millón de personas, habiendo organizado desde América expediciones de socorro para amparar tan immense desastre.

Después de las grandes guerras, de las grandes invasiones, durante los sitios famosos y a causa de las espantosas epidemias de la peste y del cólera, el hambre se ha ensuciado de los pueblos transformando el mundo con toda su economía social haciéndole sufrir horribles convulsiones.

La humana previsión tiene sus límites gracias a que la Providencia separa constantemente y siempre generosa los errores que comete la Humanidad a veces alocada inconsciente y em-

penada; vergonzoso empacho! en destruir cuando la naturaleza entera con sus galas, con sus dulzuras y con sus esplendores convida a vivir en calma plácida; cuando esa misma frívola naturaleza nos enseña a ser previsores, ya que los años en que la semilla da cierto fruto uno son advertencia sauna de que vendrán otros en que las tierras no darán el uno por ciento.

Los siete años de hambrón de Egipto, el hambre de Jerusalén sitiada y el hambre de la infeliz Armenia acuchillada por los turcos, feroces e inhumanos, son páginas que no debieron haberse escrito en la Historia de la Humanidad.

Afortunadamente para los hombres ya no será fácil que el

Hambre cause estragos sino en la situación excepcional de muchos pueblos en guerra, y aun así el cultivo intensísimo, la facilidad y rapidez de las comunicaciones y hasta el hecho de que, como en la antigua Grecia, la población femenina se pre hoy consagrarse al cultivo de los campos, disminuyen las probabilidades de que se produzca tan horrorosa desgracia. La tremenda guerra comenzada en 1914 ha enseñado muchas cosas a la Humanidad; ¡Ojalá le haya enseñado eficazmente los medios para alejar el hambre!



Razas fundamentales de la especie humana

VII

El origen del hombre.-Una leyenda ridícula.-Las razas.-Sus variedades.-Tipos de belleza.

El transformismo, imaginando gratuitamente que el hombre apareció en la tierra como efecto del perfeccionamiento de un bruto animal, supone, por consecuencia, que su primer estado fué el de un salvajismo próximo a la bestialidad y que solo gradualmente fué progresando, así en las cualidades espirituales como en la cultura exterior.

Hablan algunos naturalistas de la existencia del antropoide, el hombre de la era terciaria, sin lenguaje, de instinto puramente animal, el precursor del hombre actual. Pero todo esto no son sino suposiciones totalmente gratuitas.

La Sagrada Escritura nos dice que Dios creó al hombre perfecto, que le puso en un estado feliz (paradisiaco), y, que, solo en pena de su desobediencia, le lanzó de él, y le condenó a vivir en lucha áspera con la Naturaleza. Esta lucha hubo de bajar para producir en el cuerpo y en el alma humanos, las degeneraciones que descubrimos en los pueblos salvajes.

La Ciencia nada demuestra contra estas enseñanzas de la Revelación; antes bien suministra indicios muy valiosos de su verdad.

Entre las leyendas, merece citarse por lo graciosa la de los brasileños acerca de la formación del hombre.

Cuentase que el demonio quiso rivalizar

con Dios y que a tal fin congresó con tierra un
cuerpo de barro, bastante desproporcionado. A medi-
da que el demonio pasaba la mano sobre la
figura de barro ésta se ennegrecía; tuvo paciencia
hasta el fin, pero la perdió por completo cuando,
soplándole en la figura e infundiéndole un alma
vio lo grotesco y mal fachado de aquel ser desgra-
ciado; indignado, pególe Catánás un tremendo
puñetazo en el rostro, aplastándole la nariz.
De aquí porque, según esa leyenda, salieron los
etiopes negros y chatos.

Claro que esta y otras leyendas solo pue-
den consignarse a título de curiosidad y que
ni por asomo pueden tomarse en serio.

Aunque todos los hombres pertenecen a una
sola especie y descienden de un madre común,
por efecto de las variedades que han producido
en ellos, en el transcurso del tiempo, el clima, la
diferente alimentación, etc., perpetuadas y acre-
tuadas por la herencia, se dividen en varios
tipos o razas.



Variedades de la raza amarilla

Las razas fundamentales son tres; blanca, negra y amarilla, pero entre estas se intercalan otras dos: la aceitunada y la cobriza. Es cierto que a la diferencia esencial de color entre ellas, acompañan otras diferencias notables de conformación craneana, línea de los ojos, naturaleza del pelo, proporcionalidad de los miembros y otras, y es innegable que la entidad moral de los individuos y la capacidad intelectual varía grandemente según las razas.

Las relaciones de los pueblos han determinado el cruce de razas y de este cruce han resultado modificaciones tan notables en los nuevos

individuos que por si mismas han creado tipos diferentes, tipos de otras razas.

Para darnos de ello una ligera idea tomemos de la clasificación del sabio naturalista belga Imalio de Hailoy la rama europea y veremos que hay en ella la familia latina que comprende franceses, italianos, españoles y numerosos; la teutona que comprende los escandinavos, los germanos y los ingleses; la eslava que comprende rusos, polacos, búlgaros, cheques y serbo-croatas; la fino-ugria que encierra fineses, lapones y magiares y la griega y la albanesa que comprende cada una un solo tipo.

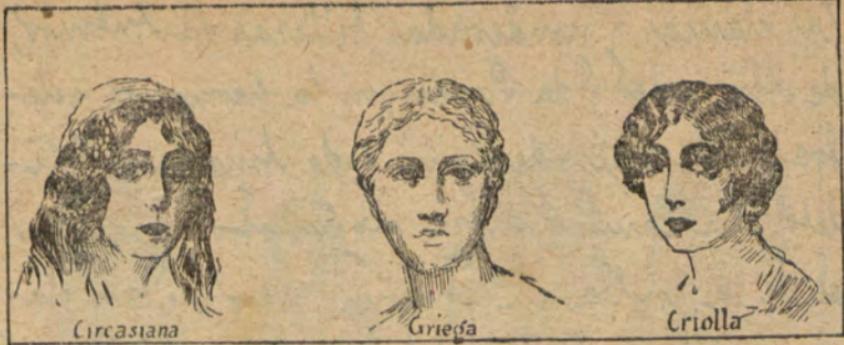
Es cierto que existe el tipo puro de cada una de estas familias; pero ¿que antropólogo será capaz de clasificar las variaciones que se han creado como tipos intermedios entre los veintiseis tipos diferentes de estas seis familias? Sin salir de España observanse características peculiares en cada una de las regiones vasca, gallega, catalana, aragonesa, murciana y castellana.

Desde 1512 en que se recibió la novedad española han transcurrido más de cuatrocientos años, tiempo más que suficiente para que se hubiese borrado la característica de algunas familias y, sin embargo, no sólo no ha desaparecido sino que existe una mayor variedad de tipos indefinidos.

Volviendo a la división fundamental de las razas, hemos de señalar dos intermedias entre las tres fundamentales, a las cuales Tinguier llama rara morena, que no es precisamente la malaya porque comprende zingaros, abisinios, malayos y polinesios, y rara roja o cobriza que tampoco es precisamente americana porque en Asia hay cobrizos, mientras en América hay trigueños en el Perú y amarillos en el Brasil.

El antropólogo Broca nos ofrece treinta y cuatro matices diferentes en el color de la piel.

El tipo perfecto de las razas humanas es sin disputa el blanco caucásico, el de la segunda



Variedades de belleza femenina

rama, la asiática y la africana. La Georgia y la Circasia, sobre todo, nos dan el tipo acabado de la belleza femenina, y es también entre los berberiscos donde se hallan perfiles masculinos energicos de una belleza y de una corrección que bien pudieran competir con los modelos inmortales de Tídias.

Por ley fatal de transformación de la Naturaleza; no poco por la influencia de las costumbres y un mucho por las modificaciones de la vida local, el tipo acabado de belleza va desapareciendo de tal modo que ya hoy no se hallan en toda Grecia y en sus alrededores

las clásicas y ponderadas belleras de Antínoo; de Alcibiades y de Pericles, ni la hermosura celebrada de Lars, de Friné y de Aspasia de Mileto. En cambio surge algún otro tipo, como el de la criolla en América, pero no tan clásico, no tan guapo, no de líneas tan finas y correctas y de piel tan nacarada como el de la circasiana. No en vano fué el Cáucaso la cuna de la raza blanca.

Todas las transformaciones experimentadas en la especie humana no han aumentado su belleza; antes al contrario, tienen por muy lejano el tipo acabado de la hermosura, como que nada puede compararse en corrección de líneas, finura de la piel, proporción de los miembros y piel suave y transparente a la primera pareja humana.



Variedades de la raza cobriza

VIII

Distribución de la familia humana sobre la Tierra.- Aumentos progresivos de la población.- Razones de este aumento.

Las estadísticas comprueban repetidamente que, a medida que la civilización realiza su avance siempre progresivo, la Humanidad mejora en sus costumbres, la familia se multiplicó y la población total del globo

aumenta de un modo considerable.

No hace aún cincuenta años la estadística general del mundo acusaba un total de mil quinientos millones de habitantes. Actualmente los cálculos más aproximados a la verdad arrojan mil setecientos millones de almas. Esta diferencia considerable se debe principalmente al perfeccionamiento de las estadísticas y a los descubrimientos de Burton, Speke, David Livingstone y Enrique Stanley en África. Pero también es cierto que durante esa media centuria se cuentan aumentos de población positivos.

Pese a las guerras y a las emigraciones, España ha tenido en cien años un aumento de diez millones de almas, Francia trece, Italia diecisiete, Alemania treinta y siete, Inglaterra

treinta y cuatro, Portugal cinco, Estados Unidos sesenta, la Argentina tres, y en menor proporción otros pueblos.

La tierra dista mucho de hallarse debidamente poblada, como que apenas cuenta de 12'22 a 12'68 habitantes por kilómetro cuadrado. Europa, con 472 millones de almas, tiene cerca de 48 por kilómetro cuadrado. Asia, con 830 millones, tiene 19 habitantes por kilómetro cuadrado, y las cifras respectivas de las otras partes del mundo son 206 millones y 6 habitantes en África, 150 y 3 en América y 81 millones y 77 en Oceanía.

La tierra tiene vitalidad para más del doble de la población actual. Transcurridos muchos siglos, pero ese aumento de población

se vera seguramente. La misma Europa, de población tan densa, al parecer tan explotada en su suelo, admite cerca de cien millones más de almas en España, en Rusia y en los pueblos bálticos. Antes de la gran guerra europea Belgica era el país de mayor población relativa del mundo, poniéndole que contaba 221 habitantes por kilómetro cuadrado.

Está comprobado que la mayor densidad de población corresponde a los pueblos de mayor instrucción, de mayor cultura ciudadana, de más puras costumbres, de más abundantes medios de vida y de más copiosa alimentación. En este sentido, Italia tiene un sobrante de población que de-



Variedades de la raza negra

se descongestionar el suelo nacional en una expansión colonial.

Por el contrario, hay pueblos atrasados, embrutecidos por la ignorancia y el alcohol, desamparados por el hambre y el vicio, minados por la tuberculosis y por un cuadro de terribles enfermedades.

Es maravillosa la obra humana que explica el crecimiento incesante de la población. Dónde hay una cantera se asienta una familia, y de allí, por la vida del

64

trabajo próspero y remunerador, surge un pueblo, a veces numeroso. Allí donde se deseja una pestilente laguna y acaban los putridos miasmas por ser barridos por el viento alejarse las fiebres y un pueblo sano, vigoroso y fuerte substituye a otro enfermo, desmorinado, consumido por la disenteria. Cuando la reja del arado se hunde en los campos y erosos y una vegetación bienhechora embelliese el que antes era un país de tristeza y desolación, vése luego poblado, salpicado de blancos caserros en donde la vida canta al Creador un himno de gratitud.

Un ejemplo asombroso del crecimiento de población es Chicago. Lo que en 1804 fue un

modesto fuerte de madera y piedra levantado por una familia de colonos para defenderse de las acometidas de los indios, en 1834 era un poblado de 1800 habitantes y hoy es ya la segunda ciudad de los Estados Unidos con cerca de tres millones de ciudadanos. La misma España ofrece en este aspecto el hecho magnífico de haber doblado su población en cien años a pesar de haber sostenido en ese transcurso de tiempo catorce guerras.

Si se piensa que las primeras grandes invasiones de bárbaros en el centro y sur de Europa fueron motivadas por las oleadas de frío que hicieron imposible el sostenimiento en aquellas e-.

vadas latitudes, se comprende por qué los hombres no quieren volver a la vida nómada, y para ello modifican el clima multiplicando los bosques, desecando mares, abriendo pantanos, desviando el cauce de los ríos, cambiando la vegetación, practicando colosales desmontes, corrigiendo tierras, taladrando rocas para que surja el agua y perforando montañas para abrir tunel tan colosales como el del Simplón. Los pozos artesianos, los canales y el arbolado dan a las comarcas sedientas el agua que necesitan; el drenaje deseca o gradúa la humedad excesiva de las comarcas pantanosas; los canales y las acequias engran los ríos caudalosos convirt-



La emigración puebla los países deshabitados

siendo en fuerte de vida lo que se desbordaba causando la destrucción y la muerte; los arenales, las estepas y las marismas se transforman y, en suma, una labor mesante, inteligente, rectifica parcialmente los rigores de la naturaleza, ofreciéndose el espectáculo admirable de una lucha heroica entre el hombre y los elementos.

La desigual repartición de la Humanidad por toda la tierra

tiende también a desaparecer. Las que a principio y aun a mediados del siglo pasado eran tierras vírgenes son hoy tierras habitadas; los pueblos vigorosos que dan cifras elevadas a la natalidad se descongestionan y envían numerosas familias a levantar sus tiendas en las soledades de los continentes americanos y africanos. De ahí surgen las grandes sorpresas de los estados sud-africanos, de las grandes poblaciones australianas, del crecimiento desmesurado de muchas ciudades americanas.

Si se mirasen solamente bajo este aspecto los progresos incesantes de la Humanidad, bastarían estas consideraciones para cantar con la lira de Pindaro las grandezas de la vida humana.



Moisés, primer legislador de la Humanidad

IX

Los pueblos errantes - Pueblos nómadas.-
Primeros pueblos.- Primeras na-
cionalidades.

A nada menos que a tres mil años
antes de Jesucristo se remontan las prime-
ras noticias históricas que la Humanidad
tiene sobre los comienzos de su vida
pero esas primeras noticias son vagas, in-
ciertas, dudosas, barrocas, no tienen el docu-
mento fechante de la palabra escrita ni
la garantía sólida de la Cronología.

Mosis aparece 1600 años antes

de Jesucristo; desde este instante hay Historia
ma; pero ¿y esos 1600 años que le antecede-
ron? ¿Quién pudo documentarlos? Ni quien
pudo contar esos años cuando las civiliza-
ciones antiguas hablan de miles de años?

Para nosotros, los cristianos, nada
hay anterior a nuestra Historia Biblio-
ca. Pero fuera de ella la presunción, la
conjetura, el hallazgo casual de objetos
desconocidos, los estudios paleontológicos
sin base sólida son las fuentes donde se-
be el historiador para derivar hechos
que ni siquiera se han podido confirmar
por las tradiciones. Y, sin embargo, hay
una serie de preguntas que brotan de to-
dos los labios, y en todo el mundo, como
si la ciencia, separada de la fe, fuese
cazar de sacar esa curiosidad legiti-
ma del hombre.

¿Cuáles fueron los primeros mu-
chos? ¿Cómo se formaron? ¿Cómo vivi-
eron? ¿Qué proceso siguió la trans-

formación de las familias en tribus y la de tribus en nacionalidades? ¿Cómo se instituyeron las primeras sociedades civiles?

Todas las investigaciones que van más allá de las primeras noticias que dio Moisés en el Genesis, libro inspirado por Dios, se pierden como se perdería un viajero en la inmensidad de un desierto sin caminos, con su eterno horizonte circular, sin brujula, sin astros en el cielo, sin otro indicio de vida que los restos calcinados, desformes, indeterminados, de cosas que fueron y que yacen allí mudos, en el lecho arenoso, torturando la imaginación del hombre que les pregunta en vano cuándo fueron y a quiénes pertenecieron.

² Fueron nomadas las primeras ~~fam~~² familias o las primeras tribus que se formaron con la agrupación de varias de aquellas? ¿O fueron sedentarias, quedándose clavadas en el terreno ayerás constituyeron el primer rudimento de una

sociedad civil?

Si las dos primitivas ocupaciones del hombre fueron el pastoreo y el laboreo, esto es, la ganadería y la agricultura, cabe suponer que coexistieron dos sociedades; una de pueblos nómadas, errantes, que curaban la tierra en pos de sus rebaños, y otra sedentaria, que construyó el hogar y que sentó los fundamentos de una sociedad civil, nómada, al contrario que los nómadas que solo necesitaban un principio de disciplina semejante a la de los ejércitos en marcha.

Todo es innegable como lo es que con la primera familia surge también el concepto de la primera autoridad. Algunos historiadores hablan del matriarcado, gobierno de la familia por la madre. Pudo existir, debió existir, pero no con carácter general ni de profundas sobre el patriarcado, cuya

forma, con gran diversidad de nombres prevalecio sobre la anterior.

Los veinte patriarcas de que nos habla la Biblia, diez antediluvianos y diez postdiluvianos, más que tales patriarcas son jefes de grandes agrupaciones de tribus numerosas que no habían constituido aún una nacionalidad.

Las primeras tribus tuvieron su asiento en la meseta del Asia Menor, entre los ríos Eufrates y Tigris, en la Mesopotamia. De allí irradiaron tribus nómadas que se extendieron por las margenes del Mediterráneo, por Persia, por la India, por el Egipto, por el África oriental, tribus que, a favor de los siglos, dieron lugar a nuevas irradaciones, y a la formación de pueblos numerosos que modificaron su modo primitivo y que olvidaron las noticias de su origen.

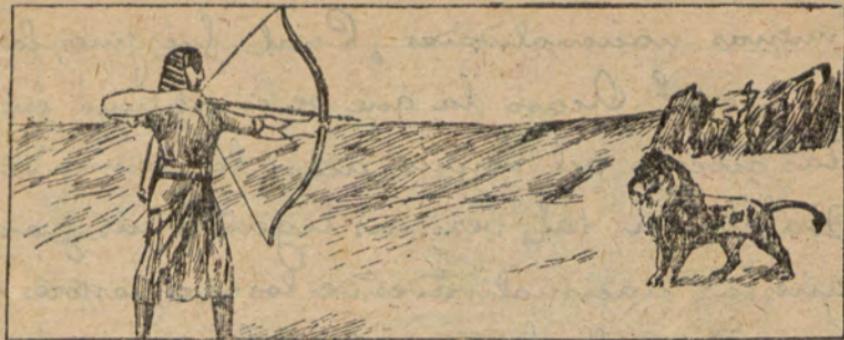
Las nuevas irradaciones dieron por resultado el encuentro casual, el choque de unas tribus nómadas con otras sedentarias; del

desque vino la lucha, con la lucha un vencido y un vencedor y con este vencimiento un jefe que debió dirigir a su pueblo y al conquistado y un pueblo vencido que se convirtió en esclavo. A su vez, los esclavos se comprendieron con el vencedor y de domados se convirtieron en dominadores.

Con la conquista viene el sedentarismo y con la aglomeración de tribus en un territorio viene igualmente la formación de la nacionalidad y el origen de la monarquía.

En las nebulosidades de la Historia aparece como primer rey Neorod el cazador y como primera nación Babilonia en los campos de Sennar. Pero, ¿fueron realmente esos el primer monarca y el primer reino?

Estos hechos tienen lugar muchos años después del diluvio y, paralelamente a estos hechos, ocurren otros con motivo del primer gran éxodo que



Nemrod, el cazador

se unió en la confusión de lenguas de la torre de Babel. No fueron pequeñas tribus las que se diseminaron al pie de la torre, sino grandes multitudes que formaron setenta y dos pueblos dirigidos por otros tantos jefes.

Es un fenómeno digno de notarse que en el espacio de ciento cincuenta años, más o menos, de la más lejana peregrinación, la que trajo a España a los descendientes de Thúbal y Harris, todas las tribus nómadas se convirtieron en sedentarias y que en el gran éxodo de Babel se fija el asiento de no pocas juicio-

mitivas nacionalidades, Cuál fué, pues, la primera? Acaso la que se constituyó en las riberas del Tíber, acaso la misma de Babilonia, tal vez las legendarias y queridas nacionalidades de los reyes pastores.

Sea ello lo que fuere, la nación con los distintivos actuales, con su carácter tan perfectamente definido, no es obra de los tiempos primitivos. Entonces se presenta, se esboza, se bosqueja, se traza, pero no se comprende. Esta nueva forma de constitución social debía concretarse mucho más tarde al crearse los grandes imperios de Asiria, India, China, Persia, Media, Egipto, Grecia y Roma. La nación existió entonces, pero no la patria. En aquel tiempo se podía concebir la idea de nación sin patria; solamente los patrios de Roma y los ciudadanos de Atenas y de Esparta sintieron el calor intenso de la patria; hoy no admitimos como sis-



El éxodo de Babel

ciadas las ideas de jatrua y nacionalidad allí donde hoy una sociedad civil modernamente constituida.

Más todavía: las grandes conquistas de la antigüedad pudieron absorber pueblos para constituir enormes imperios; pero con el transcurso de los siglos aquellos pueblos que tenían fisonomía propia recobraron o pretendieron recobrar su personalidad y crean las nuevas jatruas sobre el发言 de los pueblos no del todo destruidos. De ahí las confederaciones, de ahí las rebeldeías, de ahí las

ideas universalizadas de patria chica, de nacionalismo, de patria grande, común y poderosa, de ahí la dificultad de constituirse una sola patria bajo una sola enseña si no hay previamente unidad religiosa, unidades de lenguaje, unidad en las leyes y compenetación en el sentimiento de la nacionalidad constituida por todos, en beneficio de todos y amada por todos con amor sublime.





Un sanhedrin o Consejo de ancianos

X

Proceso de la formación de las nacionalidades.- Ideas de gobierno.

Mucho antes de que se proclamara el primer rey, antes de que la monarquía se convirtiese en forma definitiva de gobierno de las nacionalidades primitivas, los pueblos constituidos por varias tribus agrupadas o por una sola tribu muy numerosa, conocieron el peligro de que una autoridad omnimoda absorbiese todo el poder; un ho-

bre podía ser un dictador por exceso de absorción o una causa de descomposición por ingenuidad o por debilidad de carácter.

Campocerro se sabe cuándo ni dónde se produjo el hecho, pero el hecho se produjo. Los pueblos quisieron provocarse contra los excesos del poder personal, contra el despotismo, contra la dictadura, contra el capricho, y formaron los consejos de ancianos llamados sánhedrines. En los tiempos primitivos casi no es posible hallar otro régimen de gobierno que éste casi democrático. La vida tenía dos aspectos: el civil y el militar. El primero estaba confiado a los ancianos, el segundo a los jóvenes.

En realidad no hubo en el gobierno régimen democrático hasta que aparecieron naciones poderosas por su cultura, y aun así aquellas democracias sin arraigo popular no fueron sino masas dirigidas por algún cau-

dillo salido del pueblo mismo?

Los códigos no existían. Las leyes se hallaban en las costumbres y éstas fueron algo así como un precepto constitucional que los pueblos imponían a sus monarcas.

El hecho más notable en este aspecto fué la constitución del pueblo hebreo. Primeramente hubo el periodo nomada patriarcal, en el cual resplandece la distinción entre la cultura interna, superior, y la cultura externa rudimentaria, que coexisten.

El patriarca, designado por el derecho de primogenitura y la bendición paterna, asumía toda la autoridad civil y religiosa. Era el sacerdote, el juez y el rey; y a su muerte nombraba su sucesor, repartía su hacienda entre sus hijos.

Los tres clitos continuaron esa vida sencilla aun cuando, con ve-



Los hebreos en el desierto

sión de haber sido el patriarca José nombrado por Faraón, virrey de Egipto, se establecieron allí, en el país de Gessen, no lejos del istmo de Suez, donde vivieron dedicados al pastoreo; pero sin duda participaron también de la vida agrícola de los egipcios. Los Faraones de Egipto compensaron a vejar a los israelitas, temiendo su incremento, hasta que, reinando Aménofis II, Moisés sacó de Egipto a su pueblo (1440 antes de Jesucristo), y lo condujo a la tierra prometida a sus padres.

Y aquí se ofrece el caso de un pueblo que inicia el éxodo mayor que regis-

tra la Historia, bajo la dirección de un hombre que es gobernante, general y legislador.

Las sabias leyes de Moisés, las primeras que se escribieron en el mundo, son el más elevado monumento que se ha erigido al espíritu democrático en los pasados tiempos.

A partir de Moisés ya es imposible discutir lo que fue, lo que debió o lo que pudo ser el gobierno de las primeras naciones. Reyazuelos, reyes pastores, dictadores, asambleas de sacerdotes, caciques, jefes de tribus, todo desaparece, todo se esfuma en un vago recuerdo.

Cuando por virtud de la conquista de Canaán se formaron los pueblos de Judá y de Israel, vieronse nuevas formas de gobierno; vieron los sumos sacerdotes, primera expresión de la teocracia que luego se ve más lejos en la India, bajo otras religiones; vieron los jueces de elección popular y vino la monarquía hereditaria.

Es digno de observarse que el mismo proceso de formación de tribus, pueblos, nacionalidades y gobiernos se hallan luego en América en dos imperios que alcanzaron grado notable de civilización, el imperio de Méjico y el de los Incas.

En el siglo pasado los descubrimientos realizados en África por Burton, Livingstone y Stanley demostraron con creces como en la forma primitiva de constitución de los pueblos el gobierno era despotico entre los pueblos salvajes que acaso no practicaron nunca el patriarcado. En otros puntos de África y de Asia los pequeños sultanatos eran otra nueva forma del despotismo aplicado como sistema de gobierno bajo la denominación de pueblo barbaro.

El principio de nacionalidad y el régimen de gobernación aparecen siempre como dos ideas inseparables. Así ocurrió que cuando un gobierno era absorbido por el poder de un conquistador, la nacionalidad desaparecía y contra este hecho brutal de fuerza se rebela-



La reina de Sabá hizo un viaje para admirar el gobierno de Salomón

ron tanto los pueblos que acabó por reconocerse que las naciones no sufían el yugo del vencedor si habían sido arrastradas a la guerra por un poder avasallador y despiadado que les hacía inconscientes e irresponsables.

En las primeras nacionalidades no hay sentimiento de amor a la patria. Realmente, pues, la nacionalidad con los caracteres con que hoy la distinguimos no ha existido en los pueblos primitivos, después del de Israel, sino en los casos muy contados en que una civilización muy adelantada, como la china y la babilónica en Asia y la inca y arteca en América, elevaron a los

pueblos sobre el novedoso general en que se hablaban sus contemporáneos.

Las repúblicas son antiguas también, pero no tanto las repúblicas teocráticas. Gustaron mucho de esta forma de gobierno los pueblos de origen zafítico y alguno que otro en los de origen semita. Los pueblos poderosos trocaronse en imperios allí donde la representación suprema del poder se mostraba ostentosamente, con una magnificencia deslumbradora. De ahí el fasto de las cortes asiáticas y en general, de todos los pueblos orientales.

Hasta época muy reciente las ideas de gobierno de los pueblos han permanecido estacionarias, las evoluciones han sido lentas y trabajosas; las convulsiones populares han sido, en cambio, muchísimas. Las transformaciones han obedecido, más que a legítimas aspiraciones de mejoramiento, a una más general y más elevada cultura y a un mayor perfeccionamiento de los codigos. Se han acortado las distancias entre los pue-

blos y los poderes que los representan, hay entre unos y otros una mayor comprensión, de modo que allí donde hay un monarca, se ven dos soberanías que conviven perfectamente dentro del régimen constitucional sinceramente practicado. Esas soberanías son la real y la popular.

Existe un verdadero abismo entre las ideas de gobierno de los pueblos primitivos y las de los pueblos actuales. Hoy la nacionalidad es inherente a la idea de la patria y casi siempre el verdadero símbolo de esta patria se halla encarnado en la representación del poder supremo. Y tan cierto es esto, de tal modo ha penetrado en la mente de todo el mundo, que las naciones se designan genéricamente con los nombres de reinos, imperios y repúblicas, prosponiéndose el nombre de la nación, siempre inborrable, a la acodonalidad del régimen con que se gobierna. En verdad, esto es una idea de progreso que excluye de la comunión de los pueblos a los que no han sabido gobernarse por si mismos.



Los fuertes destrozan a los débiles

XI

La lucha en la Naturaleza.- La lucha entre los hombres.- Origen de las guerras.

“En la Naturaleza todo es lucha? Es este afánismo que han elevado los hombres a la categoría de dogma, de verdad irrebatible, es cierto En las regiones del aire, en la superficie de la tierra, en las profundidades del mar, por todas partes donde hay criaturas animales hay lucha, hay guerra cruel, hay combates feroces, persecuciones in-

nobles y sanguinarios de los fuertes contra los débiles. Las especies de gran corpulencia devoran a las pequeñas, las armadas por garras, dientes o picos atacan a las indefensas y a veces chocan fuerzas iguales, produciéndose así espantosos duelos que difícilmente pueden describirse.

Son muy cortadas las especies que se han visto inermes frente a sus enemigos más feroces y crueles, las especies pequeñas son más veloces que las grandes, tienen más ligereza en los movimientos, pueden ocultarse con más facilidad, tienen astucia, instintos más sutiles, sentidos más desarrollados, y no hay pocas que a pesar de su pequeñez, poseen terribles armas de defensa con las cuales, si no venen, amenazan, escarmientan al enemigo.

El observador atento de estas luchas conoce bien la terrible saña con que el gallo iba dava sus garras en el cuerpo tenro de la paloma; la fruición con que el lobo mordía su hocico en las entrañas palpítantes del cordero, la ferocidad con que la araña

estrangula a la mosca, la cuelga en
finita con que el gato martiriza al ra-
ton, la fierera con que la terrible horripilante
se lanza sobre el indefenso escarabajo.

La ley es terrible, pero esa ley de
destrucción es necesaria para el equili-
brio, para la armonía en la Natura-
lidad. Las especies copulentas tienen me-
nos individuos que las especies pequeñas.
Si hubiese tantos elefantes como ratas, tan-
tos leones y tigres como gatos, tantas ser-
pientes de cascabel como lombrices, tantas
arañas como moscas, tantas agujas co-
mo venecijos y aplondímas, tantos tiburones
y delfines como sardinas, la vida se
ría imposible para el hombre, como lo
fue cuando las especies gigantescas arra-
jadas por el frío de las altas latitudes
cayeron sobre las zonas templadas atacan-
do al hombre.

La Providencia que solía de-
creer tantas especies con el instinto



Cain el fratricida

de la destrucción, y que todavía más salen cuando da vida. Primero a los inmortales seres del mundo de los microscópicos e igualmente instintos de lucha para que se destruyan continuamente las diversas especies librando sus combates en los alimentos que ingeñmos, en el agua que bebemos y hasta dentro de nuestros propios organismos.

Ciertamente hay muchas especies que destruyen a otras por la perversidad de su instinto, sin que la ley de la necesidad pueda ser invocada como suprema razón de la infame obra, y más insto que en el natural encadenamiento con que

se producen los sucesos se ve al hombre dominando a todos los seres, vengando a los débiles, aniquilando a los más poderosos, superando con el arma potente de su ingenio y de su talento la debilidad, la inferioridad orgánica que le impide luchar victoriosamente con sus enemigos contra los monstruos de la Naturaleza.

Si el hombre domina a todas las especies animales, si Dios le ha proporcionado medios de vencerlas a todas, si en el hombre hay razón para ahogar las pasiones y los instintos de la animalidad; ¿cómo no habremos de entregarnos a la más honda tristeza al ver la lucha fratricida de la especie humana si en la Tierra hay asiento, alimento, aire, luz, sol, para todos, aunque la especie humana triunfe triple sinúmero de seres?

Porque debemos hacer sincera confesión del más horroroso de los contrastes sentidos. La familia se creó y se fundió en el amor y, apenas creada, surgió la

guerra. Y es entre los primeros habitantes de la tierra cuando se levanta la figura repugnante del comun; fue entre los primeros hijos de los primeros padres entre quienes se cometió el primer fratricidio. Y desde entonces la Humanidad entera, siguiendo afanosa por el camino de su perfeccionamiento, vive en mucha perpetua, dando el ejemplo de las especies animales entre las cuales el fiero se vive a expensas del débil y, lo que es peor, sin que jamás haya existido para ellos una ley de necesidad.

La guerra es tan antigua como la Humanidad. ¡La guerra! Brilla palabra a la cual opuso el divino Maestro aquel dulcísimo precepto: "No nosmos a los otros," precepto que alegóriamente en un océano de bondad. Jesús impuso el perdón de las ofensas, el perdón de los agravios, el amor del prójimo, y a pesar de tan nobles lecciones los



«Amaos los unos a los otros»

Hombres abusaron mis sentimientos más elevados y nobles, escucharon la voz de sus padres, se dejaron cegar por éstas y se lanzaron a una hora de destrucción que es su apodo, Isaldion, en vergüenza y en eterna condenación.

Lo que primors hice unímen por la envidia, hice después lucida por la codicia o por el amor; y cuando se infirió el primer aguacero, instando también la primera lucida por la vanagloria. Ocasas constituidas dos familias entre la descendencia de Odán se produjeron las primeras invalidades. Cuando estas familias formaron tribus, las invalidades, el egoísmo y la codicia iniciaron las primeras lu-

das, y las que en un principio fueron luchas ases breves, brutalidades rápidas, convirtiéronse por la defensa del atropellado en guerras largas y cruentas durante las cuales el ingenio humano no se esforzó en buscar razones convincentes de seguro efecto y medios para resistirlas con ventaja. De tales ataques y de tales defensas nació la necesidad de crear las armas, de perfeccionar aquéllas que el hombre había construido para defendérse de las fieras, bien ajeno al pensamiento de que las peores fieras podrían de ser sus siniestros semejantes, sus propios hijos tal vez, acaso sus siniestros hermanos.

Después de 6000 años de existencia, la Humanidad se halla ocupada, dedicada, como en su infancia, al arte de matar; como si la misión del hombre fuese destruir, negar la obra de Dios, una obra de paz, de amor y de fraternidad universal.



La guerra, azote de la Humanidad

XII

*Primeras guerras.-Sencilla rela-
ción de las grandes guerras
de la Humanidad.*

Los historiadores han podido describirnos cuáles fueron las primeras armas que los hombres labraron, tallaron o forjaron para destruirse; lo que ya no pueden determinar es dónde, cómo, por qué tuvieron lugar las primeras guerras. Presumen lógicamente que hubo tribus nómadas agresoras que atacaron a las sedentarias, que hubo también tribus sedentarias que chocaron con otras vecinas que

ensanchaban sus límites hasta confundirse ambas; que hubo pueblos aquijoneados por el hambre que irrumpieron los países fértiles lanzando de ellos o pretendiendo lanzar a los legítimos poseedores por el derecho de prioridad, primera razón del derecho en las épocas más lejanas.

Poco puede ganar la cultura de la Humanidad con que se determinen fechas precisas, lugar y causa de la primera guerra. Ello no serviría de ningún modo a evitar las guerras que aún asolarán el mundo ni quede borrar el recuerdo de todas aquellas de que la Historia nos hace mención.

La brillante historia de la Humanidad que, paso a paso, ha realizado tantos progresos y perfeccionamientos, está de continuo ensombrecida por esa mancha imborrable de la guerra. La formación de los pueblos, de las nacionalidades, ha sido siempre precedida, acompañada o seguida de crueles guerras. Casi no hay pueblo en la tierra sin historia guerrera; la misma His-

toria no es sino una fatigosa sucesión de luchas, de guerras, de batallas, de episodios de destrucción.

Los hombres han ido apuntando con gran escrupulosidad la cronología de todas las guerras, la descripción de todas las batallas; ¿Para qué? Cicerón pudo llamar a la Historia Magistra vita, pero no pudo referirse a esta sucesión de guerras porque éstas no son Maestra de la vida ni dan al género humano enseñanzas salvadoras.

De este querrear incessante de los siglos vamos a sacar algunas notas, aquéllas que han alcanzado mayor relieve porque inspiraron cantos épicos, porque dieron lugar a grandes heroismos, porque motivaron grandes sacrificios, porque levantaron el concepto de la patria y porque contribuyeron muchas veces a cambiar los rumbos de la civilización y del progreso.

En la antigüedad, antes de la venida de Jesucristo, consignadas en orden cronológico, son famosas la guerra y el sitio de Troya, que duró diez años (desde 1228

a 1238 antes de Jesucristo²), guerra y sitio que el gran Homer canto en sus poemas inmortales; son igualmente famosos el sitio y destrucción de Nínive, sitio que terminó con el bárbaro heroísmo de Sardanápal², el cual sirvió de ejemplo más tarde a nuestra gloriosísima Numancia; de igual modo son famosos el sitio de Samaria por Salamanas en 721; la gran batalla de Marathon en que Alcibiades derrotó a los persas en el año 490 antes de Jesucristo²; diez años después, en 480, Jerjes invadió la Grecia con un millón de soldados y Leónidas escribió con sus trescientos lacedemonios la página inmortal de las Ger möpilas; en 409 Aníbal¹ invade la Sicilia con cien mil cartagineses y comienzan las cruentas guerras púnicas con los romanos; en 401 tiene lugar la famosa retirada de los diez mil, acandillada por Jenofonte; en los años 371 y 362 Epaminondas gana a los griegos, las renombradas batallas de Leuctra y de Mantinea, tan célebres en los anales militares por el genio estratégico del famoso



Batalla de Heraclea o de los elefantes

general tebano; en 280 Ptol^o, rey del Egipto, ganar a los romanos la batalla de Heraclea, llamada la batalla de los elefantes, una de las más terribles de la antigüedad; en 216 la batalla de Cannas dija la ciudad de Roma a merced de Aníbal y quince años más tarde, en 201, la tremenda batalla de Zama, perdida por Aníbal, da fin a la existencia de Cartago.

En el año 88 estalla la guerra entre el romano Sila y Mitrídates, rey del Ponto, el cual efectúa tres años más tarde una matanza general de romanos en Asia. En el año 31 el emperador romano Octavio gana a Marco Antonio la batalla de Accio.

por la cual se unificó el imperio romano.

Entre el inmenso número de guerras y de batallas que han merecido los tristes honores de la celebridad durante la era cristiana, citaremos el horroroso sitio de Jerusalén puesto por Tiberiano Elio y durante el cual pereció de hambre más de un millón de personas; la guerra entre Clodoveo y Alarico en 507; la célebre batalla de Poitiers donde Carlos Martel levantó la barrera que contuvo el avance de los sarracenos por Europa en 738; treinta años después comenzó en Inglaterra la guerra de la Septaría o de los siete reyes; en 774 comenzaron las guerras de Carlomagno en Italia; en 778 tuvo lugar la gran derrota de Carlomagno en Roncesvalles, derrota que todavía se celebra en Navarra en el famoso canto de Altabiscar; en 1098 los Cruzados ganaron la batalla de Antioquía; en 1525 Francisco I, rey de Francia, fue hecho prisionero por los españoles en la batalla de Pavia; en otra batalla, la de Alcazarquivir (1578), murió el rey de Portugal Don Sebastián; en 1658



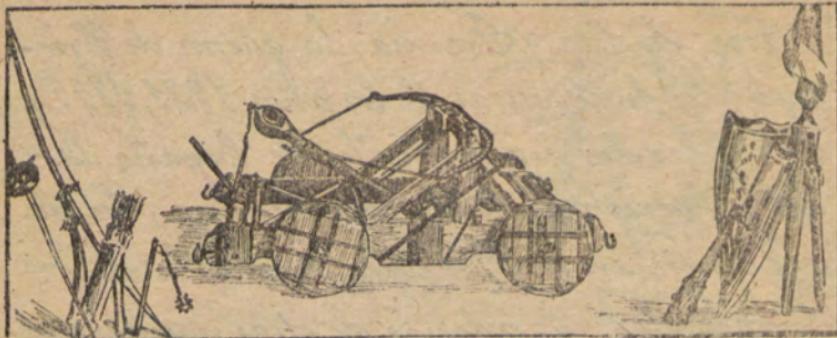
Honderos de la antigüedad

los franceses nos ganaron a los españoles la famosa batalla de las Duras, allí donde Oquendo se había immortalizado cubriendo de gloria la enseña española; en 1745 tuvo lugar la sanguinaria batalla de Fontenoy; en 1756 comenzó la guerra de los siete años entre Inglaterra y Prusia contra Francia y Austria.

El siglo XIX es acaso el siglo de mayor número de guerras que registra la Historia. Causa horror la sola enumeración de las principales, a saber: guerra de la Independencia española; guerras napoleónicas; guerras de España en América y África; insurrecciones de nuestras colonias y de la India inglesa; guerras de Prusia en Dina-

marca, Austria y Francia, la guerra de Crimea; las turco-rusas de los años 1821, 1855 y 1878; las dos guerras civiles de España, la del Afganistán, la de Cochinchina, la de Secesión en los Estados Unidos, la del Transval y, además de otras muchas guerras menos importantes, una serie de revoluciones que han ocasionado tantas víctimas como las guerras más encarnizadas y desastrosas.

Todo lo expuesto no es sin duda una relación aproximada de las guerras que ha sostenido la Humanidad. Y para que se complete el cuadro solo falta la espantosa catástrofe de 1914, que llevó a la lucha a veinte naciones, que armó a treinta millones de hombres y en cuya guerra se cuentan las mayores y más terribles batallas que registra la Historia: batallas terrestres, navales, submarinas y aéreas, verdaderas hecatombes jamás igualadas, nunca hasta ahora concebidas por la imaginación humana.



Armas antiguas

XIII

Lo que cuestan las guerras. - Las grandes batallas. - Datos estadísticos. - Combates navales célebres. - Sitios memorables.

El ánimo queda sobrecogido de terror cuando la narración de las guerras y de las batallas, sembrada de anécdotas suggestivas, sigue la fría exposición de las cifras, del precio de las victorias más brillantes, del coste de vidas humanas de cualquiera de las guerras más insignificantes.

¿Qué rumbos habría tomado la Humanidad si la sangría que suponen esas terribles matanzas, esas miserables carnicerías, que han diezmado muchas veces la población total

del globo? ¿Y quién agreearía, por otra parte, lo horrendo del crimen contra Dios, representado en esas colosales pirámides de cráneos, que podrían formarse con las víctimas de la guerra?

Sin agotar a los rigores de una estadística que nos daría batallones de cifras correctamente formadas, sin establecer orden cronológico de sucesos, saqueemo al azar esos números rojos de sangre, y señalemos algo, no todo, de la macabra danza de números trágicos.

Cuando los Cruzados de Pedro el Ermitaño llegaron a Jerusalén el año 1098, de setecientos mil hombres que iniciaron la Cruzada, apenas llegaron doscientos treinta mil a la ciudad deicida; los demás quedaron seguidos en el camino.

La guerra de la Vendée, juntamente con la Revolución francesa comenzada en 1789 ocasionó en Francia un millón y dos mil setecientos veintia y cinco miles violentas.

La guerra de los oete años entre Prusia e Inglaterra contra Francia y Austria fué la precursora de las grandes matanzas en una sola batalla; dicha guerra causó cerca de un millón de víctimas.

En la batalla de Canas, ganada por el cartaginés Aníbal a Marco Cicerón Varrón, murieron seten-

ta y dos mil romanos y seis mil cartagineses. En los tiempos antiguos no hay ninguna batalla campal que se le iguale.

Las guerras coloniales de Cuba y Filipinas costaron a España durante el último tercio del siglo pasado más de cien mil hombres.

La guerra de África de 1860 nos costó 5192 muertos y muchísimos heridos.

Los tres primeros meses de la guerra franco-griega de 1870-1871 causaron ochocientos cincuenta y tres mil muertos y heridos; la Commune o insurrección de París que dio fin a tan cruenta guerra causó la muerte de ocho mil versalleses y de veintidós mil comunistas, cinco mil de los cuales fueron fusilados.

En la guerra ruso-japonesa de 1904 murieron cuatrocientos ochenta mil soldados, de los cuales doscientos cincuenta mil fueron rusos y doscientos treinta mil japoneses.

La guerra de 1913 contra Europa costó a los búlgaros setenta mil trescientos dos muertos y cincuenta y un mil ochocientos setenta y seis heridos.

Las batallas del siglo pasado fueron casi todas terribles, verdaderas hecatombes; la de Oculto (Méjico), en 1830, costó diez mil hombres; la de Alma en 1854 y la de Sebastopol en 1855, ambas en Crimea, costaron respectiva-



Guerras napoleónicas. Napoleón en Marengo

mente doce mil y diez y siete mil muertos; las de Magenta y Solferino en 1859, ambas entre austriacos y franco-italianos, costaron cincuenta y ocho mil hombres a los primeros y diez y nueve mil quinientos a los segundos.

Las batallas de Plejna y de Schipka durante la guerra turco-rusa de 1877 costaron cuarenta mil hombres cada una.

Las glorias napoleónicas costaron a Francia tan caras que sin ellas el pueblo galo sería el de más densidad de Europa y uno de los primeros en el mundo por su población absoluta. Aquellas batallas escritas con letras de oro en el gran Arco del Triunfo de París asombraron a Europa, pero hicieron correr ríos de sangre; la de Abukir en 1799 causó a los turcos diez mil muertos; la de Montebello en 1800 costó a los austriacos

ses mil hombres; en la de Austerlitz, en 1805, perdieron quince mil austro-rusos y dos mil franceses; en la de Jena, 1806, murieron veinte mil prusianos; en la de Friedland, 1807, los rusos tuvieron quince mil muertos y cinco mil heridos; en la de la Moscowa, 1812, los franceses perdieron diez mil hombres y los rusos cuarenta mil. En esta lista faltan aún los nombres gloriosos de Lodi, Arcole, Marengo, Ratisbona, Eylau, Leipzig, Wagram y otros.

Los desastres de Napoleón fueron tal vez las mayores hecatombes que registra la Historia. Aparte la batalla de Waterloo, 1815, en la que murieron veinticinco mil franceses y veinte mil anglo-prusianos, la retirada de Rusia en 1812 costó a Francia cuatrocientos mil hombres y la campaña de España, de 1808 a 1813, cuatrocientos cincuenta mil hombres!

Esas terribles páginas de la guerra terrestre tienen el acompañamiento de otras que son espléndidas, las navales, en donde los muertos y los heridos tienen generalmente por tumba el mar. No son tan numerosos, es cierto, pero su agonía es más horrible.

La más antigua de esas batallas es la de Salamina, en el año 480 antes de Jesucristo; Themistocles venció a los persas. En Ocio, año 33 antes de Jesucris-



Gran combate naval de Trafalgar

to, Marco Antonio perdió trescientas galeras y cinco mil hombres. En Lepanto, año 1571, los turcos, vencidos por don Juan de Austria que mandaba las naves de España, de Venecia y del Pavo, perdieron doscientas galeras y tuvieron veinticinco mil muertos y prisioneros; en Navarino, año 1827, los anglo-franco-rusos dieron libertad a Grecia destruyendo la escuadra turca que perdió sesenta y dos unidades navales y tuvo seis mil muertos; en Trafalgar, año 1805, la escuadra inglesa de Nelson destruyó la española, hundiéndo y agresando quince buques y ocasionándola dos mil muertos; en 1898 los yanquis nos destrozaron en Cavite (Filipinas) y en Santiago de Cuba las escuadras mandadas por Montojo y Cervera, causándonos dos mil muertos; en 1905 el almirante japonés Togo destruyó

jó la escuadra rusa hundiendo once buques, apresando cuatro y causando más de tres mil muertos, en 1905, por último, tuvo lugar en Skager-Rak la batalla de este nombre, llamada también de Jutlandia, entre ingleses y alemanes, hundiéndose un crecido número de buques de ambos contendientes y ocasionándose algunos miles de víctimas.

Vamos a completar este cuadro sombrío de las guerras con la relación de los sitios más memorables que registra la Historia, en casi todos los cuales se han escrito páginas de verdadero heroísmo, sobre todo en España, en donde tenemos como inmortales los sitios de Sagunto, Numancia, Calahorra, Zaragoza, Gerona, y Bilbao. Son famosos y terribles los sitios de Jerusalén, Nínive, Cartago y Alejandría en los tiempos antiguos, y en los modernos, los sitios de Pavia, Constantinopla, Granada, Orleans, Viena, Gibraltar, Túlón, Sebastopol, París, Plewna, Ladysmith, Pekín y Puerto Arthur. El sitio siempre inhumano, ha escrito páginas de heroísmo, pero nunca tan egoistas como el de Cattegrain, de cuyo recinto arrojaron los sitiados a los viejos y a los enfermos, a los niños y a las mujeres porque eran locas inútiles.

El hambre, el frío y la destrucción suman

todos los horrores en las plazas sitiadas; las piagamas épicas que se escriben con los atrocios sufrimientos del sitiado sirven de estímulo a otros quebrios; la abnegación del sitiado y la tenacidad cruel del sitiador borrarán poco a poco los sentimientos humanos y se descubierta en unos y en otros el instinto de la fiera, en tanto se olvida que las ruinas, flotando en mares de sangre, solo sirven para acrecentar los odios entre los quebrios.

Los hombres borrarían el odio y el recuerdo de las lejanas tragedias si tuviesen presentes las divinas enseñanzas del sublime sermón de la montaña y aún las de la oración dominical: perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.





La gran invasión de los bárbaros

XIV

Las conquistas.- Los conquistadores.-
Los ejércitos.- Escritores militares.- El tribunal de la Haya.

Se afirma con toda la seriedad, con toda la formalidad de un convencimiento íntimo, que «los ejércitos conquistadores llevan la civilización en la punta de la espada». Es una paradoja que la guerra, que todo lo destruye y trastorna, mejore la vida de aquellos pueblos que castiga.

Los Apóstoles no acudieron ejerci-

tos y, sin embargo cambiaron los sentimientos y las costumbres de los pueblos que oyeron la santificadora palabra de los discípulos de Jesús. Sobre la impresión brutal del dominador está la suave persuasión del razonamiento. Mientras en los Estados Unidos se persigue a muerte a los indios de las praderas del Ohio, del Misissipi y del Arkansas en nombre de una civilización brutal e inhumana, los indios cometieron incontable número de depredaciones, robos, incendios y asesinatos. Cuando los dominadores cambiaron de procedimiento substituyendo la violencia por la dureza, como sucede ahora, los indios han entrado voluntariamente en la senda de la civilización y del progreso. Este fenómeno se generaliza tanto quer concluirá por anular en el mundo el derecho de conquista.

Desgraciadamente, las conquistas de los pueblos no se han hecho y es seguro que nunca se harán con política de suave atrac-

ción, las conquistas se han hecho con grandes ejércitos, imponiendo graves sacrificios y casi siempre, destruyendo, quemando, talando, cometiendo mil depredaciones, dejando la suelta hondaísima del dolor, de la vergüenza, del odio y de la desesperación.

Cuando se organizaron grandes ejércitos de mercenarios enganchados con la promesa del botín, los ambiciosos pudieron lanzarse a la conquista de otros pueblos. Aunque sea brutal por sí mismo el hechizo de la conquista, todos los pueblos lo han sancionado como un derecho cuando se han considerado fuertes para sostenerlo. Por lo demás, el horror de las conquistas ofrece también sus grandezas en las páginas de la historia.

Grecia extendió sus conquistas por el Asia como antes Jerjes, Cambises, Ciro, Darío y otros las habían extendido por Asia y África. Los griegos llevaron por todas partes, con su afán comercial, aquellos elementos de la exquisita civilización griega que tanto con-



Desembarco de los árabes en España

trajeron a elevar en los pueblos el concepto de la bondad. Roma extendió sus conquistas por Europa, Asia y África, a cambio de sus depredaciones, de aquellas brutales exacciones de los pueblos vencidos, creó naciones dadas, llevó la vida del Derecho a todos los ámbitos del mundo que dominaba y dejó vestigios de una vida culta y laboriosa que no han prodigo borrar los siglos.

Las conquistas de los árabes fueron sanguinarias, causadas por un fanatismo despreciable, impidiéndose brutalmente al vencido invadir, sin embargo, bellas y suggestivas regiones cuando establecieron el culto al honor, las

costumbres caballerescas, su arte sublime, la inteligencia de sus industrias, el progreso de su agricultura y la ciencia de sus medios y químicos.

Las invasiones de los otomanos, turcos-manos, seldíjuidas y mongoles en el siglo XIII son la verdadera invasión horrorosa a sangre y fuego, la conquista brutal que lo destruye todo y que no renueva nada, que borra y no crea. La ferocidad de aquellos, pueblos indignos, baldón de la Humanidad, opuesto de la civilización, ha ensangrentado durante seis siglos los campos de Europa.

Las conquistas de los tártaros cuyas hazañas van acaudilladas por el feroz Gengis-Khan, iniciaron el periodo de las atrocidades en China y Persia; pero esas atrocidades culminaron en el tártaro conocido con el nombre de gran Tamerlán, Timur-Lang (Timur el Bojo), verdadero azote de los pueblos del Asia y de algunos europeos, incendiando las ciudades sin número, acondillador de muchie-

dumbros humanos, el fanático musulmán que
pus reunir para una sola batalla 800,000 tácta-
nos, el felón, que se volvió contra los mismos que le
ofrecían su dinero y sus ejércitos.

Las conquistas de Napoleón no fueron
realmente tales conquistas porque de ellas apre-
nas quedaron modificaciones en el mapa euro-
peo a cambio de los nuevos principios políticos que
los soldados de la ejército napoleónica llevaron
en las puntas de sus bayonetas. En realidad, ta-
cas conquistas se redujeron sólo a una gloria
militar que costó a Europa 25 años de guerras,
de lucha, lágrimas y desolación.

Las figuras de los conquistadores lle-
van un gran espacio en la Historia y
son dignas de estudiarse. Perro, rey del Epiro,
Alejandro Magno, el cartagines Aníbal, los roma-
nos Pompeyo, Julio César y Octavio Augusto son
figuras que elevan a los sencillos Nabucodonos-
or y Salmanasar; a los pueblos Dario, Ciro y
Cambises; son reyugantes las figuras de Gengis
Kan, Tamerlán y Bayaceto I, el arote de los que-



Julio César



Alejandro Magno

Grandes conquistadores de la antigüedad

blos del oriente europeo, y son odiosas, por su labor negativa, las figuras de Selim I y Amurates I.

Las figuras culminantes, las más suntuosas entre la falange de grandes y de pequeños conquistadores, son las de los Abderramanes I y II, onmiadas, califas cuarto y octavo, respectivamente, de Córdoba. Son los dos sabios que la ciencia saluda con respeto, son los dos colosos de la Edad media que dan a la conquista un sollo de civilización y de grandezza. ¡Táctica grande que el primero contonebriciera su historia, que la manchara con sus encalladas y tiranías para con los cristianos!

De las numerosas conquistas de los árabes en Damasco, Egipto, Persia, India y España
cuyo a ésta la gloria de ser la depositaria del espíritu caballeresco del conquistador sin ninguno de los defectos que contribuyeron a hacerlo abominable por sus desmanes en otros pueblos.

Los ejércitos que hollaban el suelo de los pueblos más débiles y concuplicaban la libertad ya no son ejércitos conquistadores; desapareció el soldado mercenario que comía tras el botín; hoy los soldados son soldados de la nación, soldados de la patria a la cual pagamos todos obligatoriamente y sin distinción el tributo de nuestra sangre; los soldados son soldados para la defensa del suelo patrio y para querer dar el honor de su pabellón.

Cal vez se reproducirá la historia de los conquistadores, pero es seguro que los pueblos fuertes formarán ligas y que el Derecho levantará una bandera infranqueable a las armas del conquistador.

El arte de la guerra se ha convertido en una ciencia muy complicada por la infinitud

de industrias que con ella tienen relación
y por su estrecha unión con la admi-
nistración pública de su estado, pero esta
ciencia de carácter general que inició
Espaniolas en sus batallas de Leuctras
y de Mantinea y luego Julio César en
sus Comentarios sobre la guerra civil y
las campañas de Francia (las Galias),
Alejandría, España y África, la elevaron
más temprano que describió la guerra del
Peloponeso, Jenofonte que hizo un estudio
interesante de la célebre Retirada de los Diez
mil, Pólio, Salustio, Tito Livio, Josefo, Fla-
vio, Zácto, Frontino, Plutarco, Amiano, Eliano,
Julio Africano y Vegeto en los tiempos an-
tiguos; después la estrategia militar ha
tenido sus definiidores, sus filósofos, sus crea-
dores en una multitud de hombres notables
entre los que desuellan Nicolás de Haya-
velo, Vauván, Gouraldo de Córdoba, marqués
de Santa Cruz y de Palmero, Federico II de Prusia, marqués de Cambray, etc.



Napoleón.

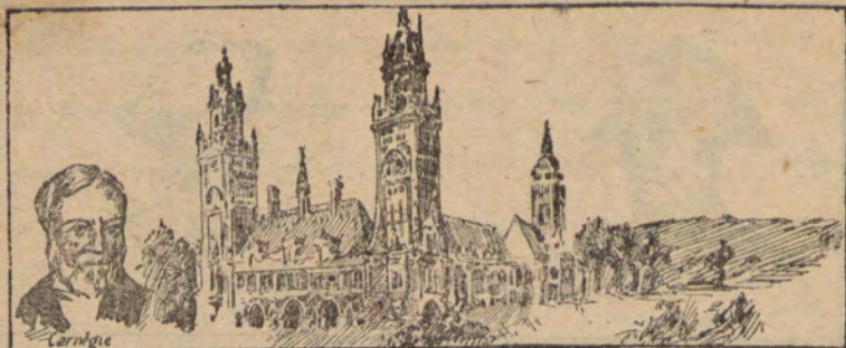


Federico de Prusia.

Conquistadores de la Edad moderna

Napoleón, Orléans, conde de Clarendon, Bismarck, Moltke, Santa Engracia de Mariana y otros.

Frente a esta legión de sabios que han descrito las visiones de la guerra, que han escrito preceptos para la matanza, reglas para la lucha y astucias para el vencimiento, otros hombres celebraron en La Haya (capital de Holanda) en 1898 y en 1909 dos Congresos llamados de la paz, idea generosa y altruista que, con aplausos y alabanzas de todo el mundo, llevó a la práctica el zar de Rusia Nicolás II, y a cuyas conferencias concurrieron representando a sus respectivas naciones



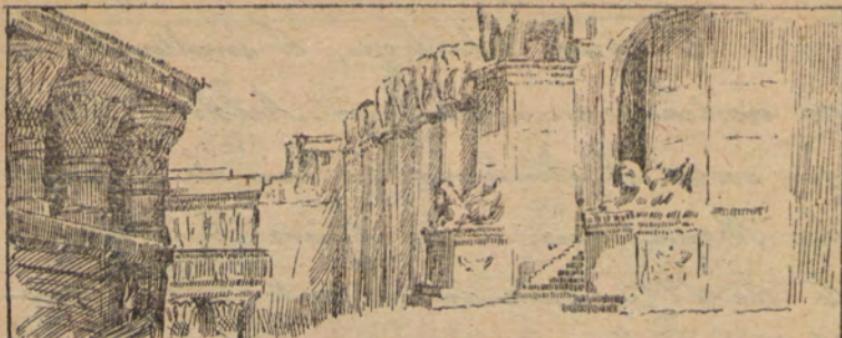
El Palacio de la Paz, en La Haya

el Sr. Villaumutia y D. Gabriel Maura, por España; Neldoff, por Rusia, Marshall, por Alemania, Mr. Bourgeois, por Francia, Beaumont, por los Países Bajos, Edward Grey por la Gran Bretaña, conde Zornicelli, por Italia; Porter, por los Estados Unidos y Deago, por la Argentina.

El tribunal de La Haya creó un comité permanente de arbitraje para evitar en todo lo posible los conflictos armados y estableció el derecho de la guerra, triste derecho! para que la lucha se humanizara y fueran menores los perjuicios morales y materiales.

Un gran filántropo, el multimillonario norteamericano mister Andrew Carnegie, costeó el sumptuoso Palacio de la Paz, de La Haya, que se inauguro el 28 de agosto de 1913, once meses antes de que estallara la guerra mundial que arrasó a tantas naciones.

El divino Jesuc nos dio la parábola famosa del sembrador, sublime lección que prevalecerá y por cuya recordación puede afirmarse que el Palacio de la Paz será siempre una esperanza y que los Congresos de 1898 y de 1909 son semillas que no han caido en medio del camino. ¡Ja llegará el día en que den su fruto!



Babilonia. Esplendores de la civilización antigua

X V

Alboris de la civilización.-El proceso de la civilización.-Primeros pueblos civilizados.-La verdadera cuna de la civilización.

El hombre fué creado por Dios para más altas fines que los puramente vegetativos sobre la superficie de la tierra y para realizarlos debió salir en seguida del estado de nulidad en que vivió al crearse las primeras familias.

No hay un indicio cierto por el que pue-

da determinarse cuándo comenzaron a iluminar la rida los albores de una civilización.

Remontándose a los primeros tiempos, a aquéllos en que la misma Crónología no puede distinguir las densas tinieblas de la noche oscura, es preciso buscar los nombres de Tubal-cain, de Túbal y Jabel para ver cómo se labraban los metales, como hay un principio de arquitectura a base de madera y piedra, como surge la mina para nacer del espíritu, cómo las costumbres enyuan a ajustarse a reglas que son como las precursoras de las leyes.

Es curioso consignar que las primeras noticias históricas que tenemos de aquellos tiempos primitivos esfumados en tradiciones borrosas no acusan la existencia de pueblos bárbaros y salvajes, antes al contrario, la alborada de las antiguas civilizaciones ilumina un cuadro de costumbres sorprendentes, costumbres que revelan bondad, afán de asociarse, inteligencia entre las



Las fogatas ahuyentan las fieras

tribus para alcanzar el fin de un progreso común

Se unen primero los hombres para defendarse de las acometidas de las fieras; cuando se descubre el modo de hacer fuego y se observa que las fogatas ahuyentan a los animales feroces, la defensa se limita al círculo de la familia en la puerta misma de la caverna; más tarde, cuando las necesidades obligan al pastoreo y a la vida trashumante, surgen nuevas manifestaciones en el empeño civilizador y se crean prodigios que desequilibrarán a todos los individuos y sientan las bases indestructibles de las naciones civiles.

No hay un dia ni una hora que no se señale la marcha de aquellos primeros pueblos con un nuevo progreso. Es todavía el tiempo obscuro y de la Cronología y vemos a Noé construir la gran nave que habia de ser como una representación de la Iglesia en el Diluvio universal. Los hermanos Lydia de Gedón, en la Toscana, no son los inventores de la navegación. En tiempo de Noé se reveló la ciencia del pilotaje y años más tarde, pero siempre mucho antes que los fenicios, las piraguas malayas señalaban muy obscuramente la gran etapa de la navegación en los mares.

A la edad de piedra se había bordado en el recuerdo de los hombres cuando, después de aquella tempestadada en los campos de Sinaar, surgió la fastuosa ciudad de Babilonia, summa de todas las grandezas de la antigüedad más remota.

Por todas partes, cuanto más se extendían y multiplicaban las familias que partieron de las orillas del Efrates, más se extendía la



Los hombres ejercieron dominio sobre los animales

alborada de la civilización

No podrá determinarse con seguridad con certitud cuál fué la primera civilización de los tiempos antiguos. Fué tal vez la India, en donde los hombres comenzaron por ejercer dominio sobre los animales, en donde se crearon ciudades de fabulosa arquitectura y de gran belleza, en donde hubo música y poesía. Acaso fué el Egipto la cuna de toda la civilización asiática, civilización dura, cruel, dominadora, más grande en sus manifestaciones externas, en sus Pirámides, esfinges, ciclos y estatuas monumentales que en el fondo moral que hace grandes a los pueblos.

Se habla de la civilización china como de algo que sobrepuso a la civilización moderna, exagerándose aquél progreso lejano hasta colocar la invención de la pólvora, del papel y de la imprenta en una época miles de años antes de la venida del Redentor y sin teniéndose en cuenta que la cronología china es lo menos ajustada a la verdad.

Es indudable, desde luego, que la cuna de la civilización se halla en Asia, como es también innegable que las noticias ciertas se refieren a los hebreos y caldeos, que Asura y la India ofrecen el espectáculo de toda una vida civil desarrollada en magníficas ciudades y que desde la cuna del Género Humano irradiaron en todas direcciones los rayos del sol de la civilización.

Es igualmente indudable que siguieron una marcha paralela en aquellas remotas edades las artes y las ciencias y, aunque la mayor suma de progresos corresponda a nuestros tiempos, nadie negará que las leyes

generales se sentaron entonces y que sin el esfuerzo de aquellas generaciones primitivas no podríamos convencernos de haber llegado a las altas cumbres de la civilidad que al amanecer en nuestros días. Cada día que pasa, la crítica de la Historia rendirá un tributo de justicia a los pueblos de la antigüedad. Ha de ser así porque no es posible negar que es la misma mano de Dios la que guió a la Humanidad en su infancia.





Entrada de Roger de Flor en Constantinopla

XVI

Los pueblos bárbaros.- Avances, retrocesos y eclipses de la civilización.- La civilización cristiana.

Así como en la naturaleza existen plantas vistosas de aromas mortíferos y de frutos venenosos, así también hay pueblos falsamente civilizados y otros, como los bárbaros, que aceptan de la civilización los progresos de orden material y no los morales y espirituales.

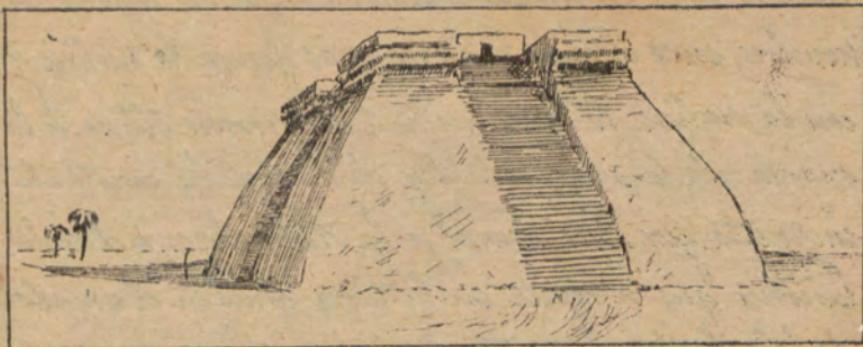
Los pueblos bárbaros actuales, como muchos de Asia y algunos de África, tuvieron civilización espléndida o vieron nacer sobre ellos rafagas de civili-

sación que no pudieron depositar ninguna señilla. La entrada de Roger de Flor en Constantina no sirvió para que el imperio de los Paleólogos aspirase los efluvios de la civilización occidental, de igual modo que los esplendores de Córdoba, de Damasco y de Bagdad no sirvieron para dulcificar la ferocidad y los instintos sanguinarios de aquellos pueblos formados por el fanatismo para la lucha, para la matanza y la conquista.

Méjico, según lo atestiguan su original arquitectura y sus tradiciones, tuvo también su civilización, como lo tuvo el Perú; pero ni el imperio de los Moctezumas en el Norte ni el de los incas en el Sur han dejado otros rastros que los de la barbarie, en sucesos horribles de sangre.

Así todas las del Asia fueron falsas civilizaciones que solo atendieron a lo externo, y por eso los imperios se derrumbaron con estrepito dejando en la devastación y en el derrumbamiento huellas de inútil grandezza y en la mente el amargo recuerdo de sus costumbres sanguinarias y de su barbarie ingénita.

La Historia del mundo es un flujo y reflujo de sucesos que, por su semejanza, parecen regresarse. Surgen pueblos, se forman, se elevan, brillan, combaten, se degeneran y sucumben casi siempre por corrup-



El teocali, en Méjico

ción en convulsiones internas o a los golpes formidables de un conquistador.

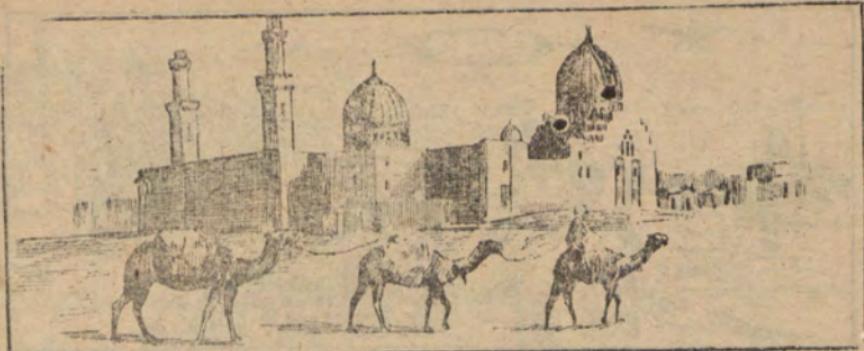
Los pueblos marchan, como los individuos, y cumplen una finalidad en la Historia, siguen los rumbos que les ha trazado la mano sabia de Dios. Avanzan en la senda de la civilización, se detienen, retroceden, avanzan más, llegan a un grado de esplendor magnífico y se inicia la decadencia, y unas veces esa civilización muere para siempre como las de Babilonia, Egipto, India, etc., o renace con insignificante potencialidad como la de Grecia o se reencarna en otro pueblo, como la de Roma en Italia o sufre un eclipse, como la civilización española, para levantarse luego con nuevo vigor sobre las ruinas de su pasada decadencia.

La jiletona de vida pone en peligro la vida

misma, como el exceso de intensidad en la luna ciega a los
hombres, como el cúmulo de riquezas genera la molicie y
con la molicie, la decadencia. Es el proceso eterno, es la
marea de la vida, es la ley de renovación constante
infinita: por Dios mismo a la Naturaleza, es el ciclo
histórico que se repite en la tierra como en el mundo
de lo infinito se repiten los ciclos siderales.

Han existido grandes genios que han sonado
con el ingenio universal: Alejandro Magno, Julio Cé-
sar, Napoleón, quisieron imponer con las armas las
civilizaciones respectivas de Grecia, de Roma, de Francia,
pero su empeño fue nocio, porque la civilización no es
julanta que fructifica en los campos regados con san-
gre. Por eso hay una sola civilización que ha al-
cannado caracteres de universalidad, que ha fun-
dido muchas razas y muchos pueblos en un común
sentimiento y en un amor mutuo, que ha elevado
el nivel moral de los pueblos, que no ha desdenado
las grandezas materiales, pero que ha preferido
la elevación del espíritu. Esta civilización es la civi-
lización cristiana, no localizada, no difundida por
la fuerza sino arrengada en sangre de mártires e ilu-
minada por la autorcha de los sibios.

Los sedicidos fueron detenidos en Occidente.



Las tumbas de los califas en Damasco

por la espada de Sobieski frente a los muros de Vienna; los árabes fueron también detenidos en los Campos Bata-
lánicos por la espada de Carlos Martel; pero aque-
llas negaciones de la civilización, a pesar de su
aparente progreso, no tenían la virtualidad de
nquel otro código de amor y de grandezza con que
el divino Jesus iluminó las intelligencias y las con-
ciencias para que toda civilidad se generase en el
amor y para que sus obras perdurasen. Las ci-
vilizaciones infundidas por las armas hallaron
siempre un dique; solamente la civilización
cristiana tiene expedido el camino del progreso
y solamente ella podrá hacer perdurar en la
vida todas las grandezzas humanas.



Un aspecto de la civilización moderna

XVII.

Carácter y aspectos de la civilización moderna.

No es cosa fácil sintetizar en la brevedad de unas páginas como las de este libro todo el estudio, en conjunto, de la civilización moderna. Sería para ello necesario seguir un curso de crítica y de filosofía para cada uno de los aspectos de la vida humana, estableciendo las debidas compara-

ciones con otros aspectos análogos de la vida en los pasados tiempos. Pero en cambio, no es tan difícil ya determinar el carácter que tiene la civilización de los tiempos actuales y señalar el aspecto general que ofrece la prodigiosa transformación operada en las costumbres y en la vida material de las sociedades.

Es en realidad toda la edad moderna, desde el siglo XV hasta hoy, la que opera la transformación lenta, pero constante, de toda la vida social. El desarrollo de todo el proceso civilizador contemporáneo arranca de los grandes inventos, de las grandes concepciones de los sabios, de los políticos y de la Iglesia para la formación de una Humanidad nueva, de una Humanidad que alcance, dentro de lo posible, la perfección que supone un perfecto equilibrio entre la inteligencia y la conciencia. De estas grandes concepciones se deduce con facilidad el carácter que pre-

tiende tener), y que ya en buena parte tiene, la civilización de nuestros tiempos que los pueblos sean buenos, morales, tolerantes, intelligentes, instruidos, cultos, amorosos, que todos sientan en el corazón la máxima evan- gélica del amor al prójimo, que haciendo ta- bla rasa de las diferencias de razas se pro- clame la unidad espiritual de todo el géne- ro humano; que la Historia no sirva pa- ra arrancar recuerdos, para buscar desquites, ni para proclamar supremacías, sino pa- ra alccionar a los hombres haciéndolos sal- var los escollos de la vida.

Pero el carácter que quisiéra llamarres el más distintivo de la civilización actual se halla en la universalización, de tal modo que ya no hay adelanto ni progreso alguno que no sea provechoso de todo el Género humano. Es una consecuencia de vivida, más aun, obligada de aquella predicación de los misioneros de Cristo que, a cam- bio de las palmas del martirio, han llevado



Grandes figuras de la civilización

la lanza al seno de todos los pueblos bárbaros; y salvajes de la tierra.

No es posible llevar la civilización en la punta de la espada. Dice un escrito ilustre del pasado siglo, José de Larra (Figaro), refiriéndose a la influencia de los pueblos fuertes sobre sus vecinos que "donde no llegan sus armas no llegarán sus letras; donde su espada no deje un rastro de sangre no imprimirá Pan y poco su pluma ni un carácter sólo, ni una frase, ni una letra". Esto ya no es verdad, como Pan y poco lo es que el progreso de las ideas ha de imponerse a cañonazos en despiadados pueblos ni avasallando muchedumbres.

bres. Todos los progresos modernos, los materiales y los espirituales, permiten obrar sobre las intelectuales sin ejercer tiranía de ningún género sobre las voluntades.

Por todas estas razones los aspectos de la civilización actual no tienen más diferencia de matiz que aquéllos que surgen de la mayor o menor suma de progresos aplicados al mejoramiento material de un pueblo. En el fondo, los pueblos son entre morales que se transforman por la influencia del cristianismo y de las leyes sociales. Han ido la cruz y el código a la Australia y a las numerosísimas islas del continente oceánico, a las regiones africanas que fueron la Cafria, la Botenticia, el Congo, el Sudán y la Abisinia, a las tribus semisalvajes de la América y a los crueles pueblos del Asia y demás sitios, surgir nuevos pueblos, transformarse la vida, modificarse los instintos y levantarse sumptuosas ciudades allí donde la chora primitiva



Guttemberg y la imprenta

mutiva era un algo perdido en la inmensidad de los bosques vírgenes y en el fondo de las más abruptas sierras o en la soledad de los linderos de los grandes desiertos.

El vapor y la electricidad con sus potentes aplicaciones, la imprenta con su influencia enorme en el desenvolvimiento cultural, la industria que disciplina millones de seres con la ley del Trabajo; el comercio que agrossima junt el interés y junt la necesidad a los pueblos más apartados y las Bellas Artes, que fijan en los sentimientos en una común aspiración a lo bello, no son sino totalidades del aspecto general de la civiliza-

ción moderna. El nero, la medula, el alma, la vida entera de esa civilización no se halla en la suma de progresos materiales, sino en la educación religiosa, social y política de los grandes rebaños humanos y en la influencia recíproca que experimentan estos pueblos cuando el conocimiento de sus responsabilidades ante Dios y ante la Historia les incite a arrancar, a cesar en la obra nefasta de su destrucción y a sumar todos sus esfuerzos para llegar más pronto a la obra de su completo perfeccionamiento.





Los reflectores eléctricos, rasgan la obscuridad de la noche

XVIII

Etapas del progreso.-Las grandes flotas.
Ferrocarriles y canales.-Los maravillosos progresos actuales.-Datos estadísticos.-El crecimiento de los pueblos.

El progreso realizado en el mundo a favor de la cultura y de la civilización es sencillamente maravilloso. Sigase el proceso de un adelanto cualquiera desde los tiempos primitivos hasta hoy y se adquirirá el conocimiento de que todo progreso material ha ido por etapas siempre brillantes, pero siempre penosas, desde su estado

rudimentario hasta su perfeccionamiento.

Fijémonos en la luz artificial. La rotación de dos leños secos dio una llama; el hombre tuvo fuego para la cocción de sus alimentos y fogata para iluminarse por la noche y para ahuyentarse a las fieras. Pasó el tiempo y la necesidad le hizo extraer la resina de los árboles; surgió la teca, más tarde se conoció el azufre; el aceite de oliva se transformó en combustible, siguióse el progreso y se conoció el petróleo; los carbones dieron el gas, las corrientes de agua y la combustión convertidas en fuerzas nos dieron el fluido eléctrico que relegó a último término la candileja de aceite, el quinqué de petróleo y las bujías de sebo, de cera y de estearina. ¿Quién no conoce el portentoso adelanto actual del alumbrado y quién no admirará los prodigios que realiza con sus conducciones asombrosas, con sus focos de miles de bujías, con sus pa-

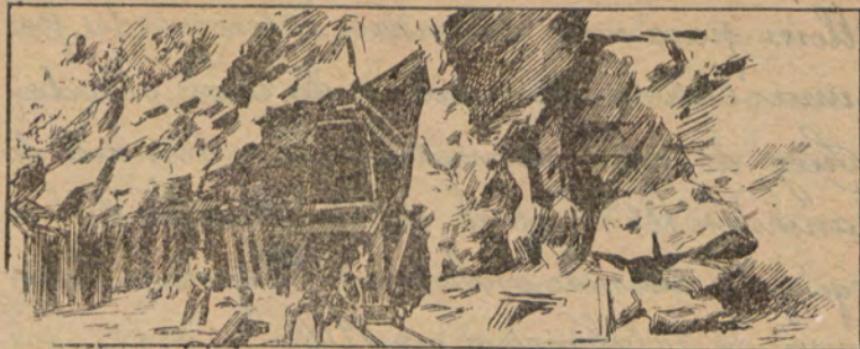
tentísimos reflectores quelanzan los rayos luminosos a grandes distancias, con sus cohetes luminosos, con sus lámparas incandescentes que permiten atravesar masas gaseosas combustibles y explosivas?

Lo que decimos de la luz conviene a todo: a la cerámica, al libro, al vestido, a la vivienda, al mobiliario, a los alimentos, a la navegación de todos los géneros, a las ciencias, a las leyes, a las costumbres, al más insignificante detalle de la vida de los hombres en la sociedad.

No bastando al hombre dominar al elefante, al camello, al reno al mulo, al caballo, al asno, a la llama, al buey, al perro para el trabajo agrícola, para el transporte y para la locomoción, buscó nuevas fuerzas en la mecánica e ideó potentísimos medios para la velocidad en la locomoción y para el arrastre de grandes masas en el transporte. Papin dió vida a Fulton y a Stephen: son. Desde el primer buque de ruedas hasta

los trasatlánticos colosales de 50,000 toneladas, desde la primera locomotora inglesa hasta la gigantesca Compound hay una serie inacabable de progresos que pasman. Surcan los mares muchísimos miles de embarcaciones transportando montañas de mercancías. Díriase que el mar es un paseo por donde corren los 15,000 buques de vela y de vapor de Inglaterra; los 4,500 de los Estados Unidos; los 3,800 de Alemania; los 2,700 de Noruega; los 2,400 de Japón; los 2,300 de Francia; los 2,000 de Italia; los 3,800 de Rusia; los 9000 de Holanda, Bélgica, España, Grecia, Suecia, Dinamarca y Austria. Estos buques convertidos en ciudades flotantes, como el Lusitania, llevan a bordo dos, tres y hasta cuatro mil personas y conducen de uno al otro confín del mundo mercancías por centenares de millones de toneladas.

La tierra está surcada de ferrocarriles en todas direcciones; el rayado de líneas de acero parece un tejido metálico en Alemania,



El túnel del Simplón durante su construcción

en donde hay 60,000 Kilómetros de vía férrea; en Francia, Bélgica, Inglaterra, Austria y Rusia por cuyas naciones corren diariamente más de 20,000 locomotoras en una red de más de 200,000 Kilómetros; la locomotora rauda ha penetrado en los desiertos, en las estepas y en las regiones heladas de la Siberia y del Canadá; se han perforado montañas enormes como San Gotardo, Simplón y Monte Blanco, en una longitud de muchos Kilómetros, para el paso de los trenes; se han construido túneles bajo el agua en los ríos Hudson y East, de Norteamérica; se han construido canales mara-

llosos para unir dos mares interceptados por una barrera de tierra y de rocas: el de Suez, de 170 Kilómetros de largo y 60 metros de ancho en 1869, el de Kiel, de 98 Kilómetros de largo y 100 metros de ancho, en 1895, y el de Panamá, de 90 Kilómetros, en 1914.

El telégrafo y los cables submarinos cuentan centenares de miles de Kilómetros en sus redes aéreas y en sus inmensas serpientes recubiertas de caucho; la comunicación entre los países más apartados de la tierra se verifica en pocos minutos; Edison y Graham Bell nos dieron el medio de hablarnos a más de mil Kilómetros de distancia; Hertz descubrió las ondas eléctricas de su nombre y Marconi se valió de ellas para crear la prodigiosa telegrafía sin hilos, invento que quiere completar el americano Fessender estableciendo la telegrafía radiográfica submarina.

Todos estos progresos de telegrafía, teléfonos, radiotelegrafía, locomoción terrestre y marítima, perforación de montañas y unión

de mares por medio de canales, tienen el complemento de los tranvías urbanos en todas las principales ciudades del mundo, debiendo citarse como modelos de gran servicio perfeccionado los de Nueva York, París y Barcelona. Son asombrosas las redes de tranvías eléctricos subterráneos de velocidad vertiginosa conocidos con el nombre de metropolitanos en París, Nueva York y principalmente en Londres. Y es prodigioso, in calculable ya hoy, el número de automóviles que corren por todas las calles, por todos los pueblos, por todos los caminos de todo el mundo.

España tenía en 1914 más de 10,500 automóviles; desde entonces el número se ha casi duplicado.

Otros dos progresos considerabilísimos ha traído la civilización a nuestros días. El icónico Montjuïc de mediados del siglo pasado y el submarino Peral, del



Los grandes inventores de la navegación aérea

último cuarto de dicho siglo, y para honor nuestro ambos hijos de España, fueron los elementos fundamentales del gran problema de la navegación submarina resuelto en nuestros días; ya hoy estos buques maravillosos tienen radios de acción de cuatro mil millas y transportan viajeros y mercancías de uno a otro continente. El rústico aerostato de los hermanos Montgolfier, después de muchas pruebas trágicas, se ha convertido en el colosal dirigible del conde de Zeppelin, de 200 metros de largo, que conduce por los aires cerca de

un centenar de personas y una carga considerable. La aviación se vale de miles de aeroplanos que surcan los aires con velocidades pasmosas de más de 200 kilómetros por hora.

La tierra está perforada en miles de puntos, las galerías subterráneas practicadas para la explotación de muchos miles de minas son portentos de ingeniería; y no lo son menos los puentes de Brooklyn en Nueva York, los colgantes de Londres, Génova, Bilbao, los puentes rusos del Vistula; el bellísimo de Alejandro III en París; los cientos de puentes atirráridos de América; los canales aéreos, entre los que descuellan como portento el Sifón de Tosa, en la provincia de Huesca; los puertos de Almendres, Manila, Habana, Nueva York, Londres, Hamburgo y otros, con sus muelles sólidos que desafían las furias más terribles del mar.

Y después de todo esto tenemos el crecimiento enorme de poblaciones, como la de Chicago,

que en 1830 contaba 2,000 almas y hoy cuenta un millón; Londres, París, Nueva York, Berlín y Buenos Aires que en un siglo han aumentado $6\frac{1}{2}$ millones, dos millones, tres millones y medio, dos millones y medio y medio de almas; estepas inmenas como las siberianas, donde han surgido poblaciones de treinta mil almas en un clima terrible cercano al polo del frío, que señala 66 grados bajo cero y en cuyas poblaciones de Tomsk, Omsk, Irkusth y otras el termómetro baja hasta la terrible cifra de treinta grados. Y después, más todavía: el continente africano explorado por Burke, Speke, Grant, Livingstone y Stanley, civilizado todo el sur, con una confederación asombrosa de pueblos ayer salvajes; añádase lo ocurrido en Oceanía, donde han surgido al golpe de la varita mágica de la civilización pueblos como el australiano, modelo de civismo, y ciudades tan soberbias y magníficas como Sidney, Victoria, Brisbane y Melbourne.

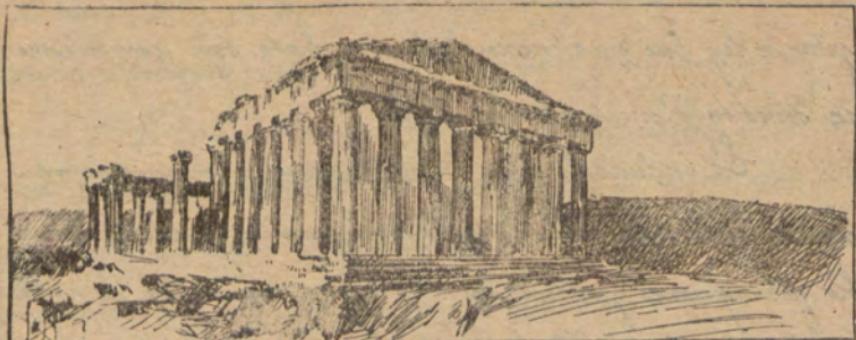
Siégo la civilización ha dado a la
humanidad otros portentos: ha potabiliza-
do las aguas infectas, ha extraído agua de
grandes profundidades, ha utilizado el
agua y el viento como motores; ha corregi-
do cultivos, ha extendido la producción,
a los eriales, a las estepas y a los desier-
tos, ha creado millones de objetos indus-
triales para que la vida sea fácil, cómoda
y regalada; ha estudiado la natura-
lezza fisiológica de todos los seres en
provecho del hombre; ha estudiado
las enfermedades y sus remedios; ha so-
prendido a la Naturaleza infinitos
secretos, ha creado, ha inventado, ha
modificado y en esa marcha incesante
por la senda del progreso jamás ver-
el límite del horizonte interceptado
por un barrera de obstáculos sin
que el genio portentoso del hombre
destruya aquellos obstáculos y entone
un nuevo canto de amor sublime al



Exploradores célebres

progreso, que es la evolución del deseo de saber que Dios grabó indeleblemente en todo el género humano?

Y así los hombres cambian sin cesar su vida, mejorándola en lo material, elevándola en lo espiritual, escribiendo cada día una página en el libro de su Historia, página de oro donde a la par que se cantan las grandezas del progreso, se entona un himno fervoroso a la majestad inmensa del Creador.



El Partenón de Atenas

XIX

La Ley en los pueblos antiguos. - La ley mosaica. - El Derecho romano. - Legisladores griegos.

El primer cuidado de los caudillos de los pueblos cuando las grandes agrupaciones de gentes fueron que disgregarse para ocupar el territorio de su pertenencia y constituir los poblados fue el de someter a todos a reglas comunes que prescribían el derecho y el deber de los individuos y de la colectividad, de donde nació la Ley.

¿Cuando y dónde nació la Ley escrita? No es posible conjutararlo siquiera. Los pueblos satisfacen sus necesidades apenas las sienten y la vida legal, la vida su-

jeta a ley fue una necesidad inmediata tan pronto como se constituyó una sociedad civil.

Es indudable que los sanhedrines o consejos de ancianos legislaron rudimentariamente, comunicando a su pueblo prescripciones y órdenes verbales que se transmitían de padres a hijos y que se modificaban a medida que se transformaba la vida social por sus progresos.

No debieron ser muy complejas las leyes primitivas de los primeros pueblos, pero si suficientes a regular la vida social en todos sus aspectos. Cuando se habla de aquellas lejanísimas sociedades, los historiadores pretenden conocer solamente algunas de las reglas que tenían la virtud y la eficacia de la ley escrita.

En realidad no hay una noticia cierta de este interesantísimo aspecto de la vida de los pueblos hasta que Moisés escribió el Pentateuco, o sea los cinco libros denominados Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Estos libros son la Historia del pueblo hebreo, Código civil y Código religioso, la obra más sabia y más completa de toda la antigüedad y la base más sólida en que se fundaron luego las legislaciones de los otros pueblos.

La ley mosaica es el punto de partida para la legislación de todo el mundo; allí se orientaron Budha, Brahma, y Mahoma para dar a sus Códigos el doble carácter

de religiosos, y de civiles. Confucio se apartó de esta orientación dando solamente matiz poético a sus libros filosófico-religiosos.

Por mucho tiempo fue ésta la inspiración de las leyes y tal fue la influencia de semejante orientación que llegó hasta la Edad media en la que los Concilios toledanos trataban no solo asuntos religiosos sino asuntos de la vida civil relacionados con la Iglesia.

El Corán, código de los mahometanos, era también código civil, pero la corriente progresiva de los pueblos hará dodo el primer quejicazo a la obra de Mahoma con la Constitución o carta política del pueblo persa.

Para formarse una idea de cómo han venido los pueblos a la vida legal hay que acudir necesariamente a tiempos más próximos que los de las antiquísimas nacionalidades de Asia y a lugares más próximos en donde ya es posible estudiar la obra de Licurgo, Drácon, Solón, y Pericles en Grecia y la de Justiniano en Roma.

Por todo el Oriente brilló la obra de los tiranos, de donde vinieron a Grecia las dictaduras. Tiranos y dictadores hicieron, sin embargo, avances notables en materia de legislación, sobre todo Esparta que creó un pueblo con alma nacional y sin calor en el hogar, es cierto, pero con grandes virtudes en el individuo y en la colectividad.

Es necesario llegar al Derecho romano para ad-

marcar la obra de la Humanidad en su vida administrativa y política y en todos los aspectos de la legislación. Hada se observó en aquella obra grandiosa de la constitución de un pueblo que absorbió tantas nacionalidades. Hubo legislación general para la metrópoli y para los ciudadanos y legislación especial para las colonias y para los esclavos; se regularon todos los derechos, el político, el de propiedad y los individuales, formándose así el derecho civil que aun hoy se denomina genéricamente Derecho romano. Esta gran obra legislativa culminó en tiempo de Flavio Anicio Magno, emperador, más conocido en la Historia con el nombre de Justiniano I, bajo cuya dirección se realizó la obra magna de compilar y unificar el Derecho, pues entonces se publicaron la Novelas o Leyes de Justiniano, el Código o colección de instituciones de los emperadores romanos, la Instituta para la enseñanza elemental del derecho y las Pandectas o Digesto, compilación de toda la legislación antigua.

La ley es siempre hija del tiempo, del lugar y de las circunstancias. Roma tuvo pocas leyes circunstanciales, como las leyes suntuarias para reprimir el lujo y la dilapidación. Atraigaron y sirvieron de planta, norma y ejemplo a los demás pueblos y por su extensión y generalidad se han adaptado a todos los pueblos de Europa.

Otras legislaciones hubo en la antigüedad que no



Una audiencia de los Césares romanos

pudieron perdurar. El Asia Menor y Egipto, China y la India fueron lugares de peregrinación para los sabios y legisladores de Occidente; pero aquellas leyes que sirvieron de estudio y de inspiración a los viajeros ilustres del mundo antiguo no han dejado, en poco ni en mucho, la brillantísima enseñanza que ha dejado la legislación romana.

La Grecia antigua, cuna de incontables sabios y ejemplos de la Humanidad, no ha podido legar su obra legislativa a los demás pueblos por el carácter particularista de aquellas leyes. Las de Drácon, de las que el orador griego Demóstenes dijo que eran "leyes escritas con sangre" fueron demasiado severas para que pudieran regir ni aun bajo el imperio de los tiranos, las de Licurgo, si bastaron a dar a Esparta un gobierno admirable ya convertir al pueblo espartano en un modelo de pueblos sanos y

viriles, tenían un sello personalísimo y una inspiración muy oriental para que se sobreviviesen; las de Solón, a pesar de formar una legislación completa de la más elevada moral, tampoco se sobrevivieron mucho por entregarse el pueblo ateniense a luchas intestinas y a frecuentes mutaciones en su vida política.

De toda la antigüedad, pues, sólo perdura la obra romana que forma la divisoria de las dos grandes edades en que se divide la Historia de las Leyes: antigua y moderna.

En pueblos apartados, en regiones, en comarcas, en localidades, aquí, allá, quedan vestigios de antiguas leyes; pero se ha hecho demasiado compleja la vida moderna para que el Derecho no abriese a la Ley y a los pueblos nuevos derroteros.





Los legisladores godos

XX

La legislación visigoda en España.- Los fueros de Aragón, Cataluña, Navarra, Vascongadas y Valencia.- La legislación en la vida moderna.

Sierra volvió a justificar referirse a la legislación de la antigüedad y no hacen mención siquiera muy someramente, del prosér. legislativo en España, pidiéran rios en leyes que sí en calidad sí en bondad sí en número tiene que enviarían a las de otros pueblos.

En España habían arraigado los

leyes de Roma de tal modo que el pue-
blo español era romano por romanos cuan-
do los visigodos vinieron a dar nuevo ma-
terial a nuestra nacionalidad.

Los visigodos nos dieron un cuerpo
de doctrina legal tan extenso que lo abar-
ca todo. A este respecto dice el sabio histo-
riador Ojeda en su Historia de España
y de las Repúblicas latín-americanas:

«La monarquía visigótica no fué
avara en leyes, pues laz había sobre multa
luz de armas; orden público, medicina, uso
de abejaz y de cerdos, aprovechamiento de aguas,
conservación de los montes, ríos, de comuni-
cación, viáticos para los empleados del Esta-
do y del Municipio, beneficencia y demás.»

De los treinta y tres reyes godos que tuvieron España durante los doscientos noventa
y siete años que duró la dominación visigo-
ta, los once siguientes fueron legisladores:
Federico, Fedoroico, Turio, Alarico, Fendis, Leo-
vigildo, Sisenando, Chindarinto, Recesvino

lo, Lurigo y Lúica). Su labor fue grandemente meritoria porque quisieron respetar las leyes hispano-romanas y que los hispanos a su vez se comprendieran con el espíritu visigodo que se manifestaba en las nuevas leyes.

Después de las Constituciones editadas de Leodoro y Leodoro se promulgó en Tolosa (Galia), el año 445, el Código de Lurico, con leyes para los godos y para los hispanorromanos. Este Código fue descubierto por los monjes benedictinos de San German y lleva el título de Lex Visigothorum.

Tres décadas después, en el año 506, se publicó el Código de Alarico llamado también Breviario de Alarico por haber sido elaborado principalmente en la obra del Rey de Alarico.

En el año 585 el rey Leovigildo consagró el principio de unidad legislativa en el Codex revisor.



Los Concilios de Toledo

Pero la obra legislativa más grande del periodo visigótico fue la promulgación del Fuero Juzgo (Forum Iudicium), obra que se atribuye al rey Recesvinto que tuvo la colaboración de San Brónislao y de los teólogos del octavo Concilio de Toledo. Este glorioso monumento de la legislación española contiene 526 leyes de las cuales son antiquas 316 y forman doce libros. Sus successores Erigio y Lejca revisaron este Código monumental y le añadieron algunas nuevas leyes.

El famoso Fuero Juzgo rigió más de mil años en León, Castilla, Aragón y

Cataluña), no dudante promulgarse muchas leyes en cada una de estos estados durante el largo periodo de la Reconquista.

Otro aspecto interesantísimo de la materia legislativa en España lo ofrecen los Fueros, ó sea, un conjunto de leyes, más o menos numerosas, variadas y armónicas, en cada una de las distintas regiones o reinos que dispusieron y crearon un Derecho local. Estos fueros ya no existen, pero el espíritu de sus leyes y en muchos casos la letra, sobre todo en cuestiones civiles que no afectan a la administración pública, adquieren toda su fuerza en las resoluciones y sentencias.

Los fueros de Aragón fueron una notable compilación de las antiguas leyes de Sobrarbe fechada en el año 1071, por los Corzos de Taca, siendo rey Sancho Ramírez Felipe II dio a los fueros aragoneses un golpe de muerte haciendo subir al cadalso Juan de Lomvada, Justicia Mayor de

Aragón, y Felipe V los abolió en 1701.
 Los fueros de Cataluña se contemplan en el Código de los Uralges, recopilados bajo el gobierno de Ramón Berenguer el Viejo. Como los fueros aragoneses, los catalanes contenían un magnífico cuerpo de doctrina legal que aún subsiste en buena parte, pues sólo fue abolida como en Aragón, quedó muy reducida a consecuencia del decreto de 16 de enero de 1116.

Otra legislación foral importantísima fué la de Navarra. Aquellos fueros se organizaron en un principio por diferentes monarcas aragoneses en los siglos XI y XII, siendo primero locales en muchas localidades y después generales en todo el reino de Navarra. Como consecuencia de la guerra civil de los siete años, Navarra perdió sus fueros en 1839, quedándose en el día una ligera sombra de las libertades forales en la facultad de establecer conciertos económicos con el Gobierno.

de la nación para el pago de los tributos.

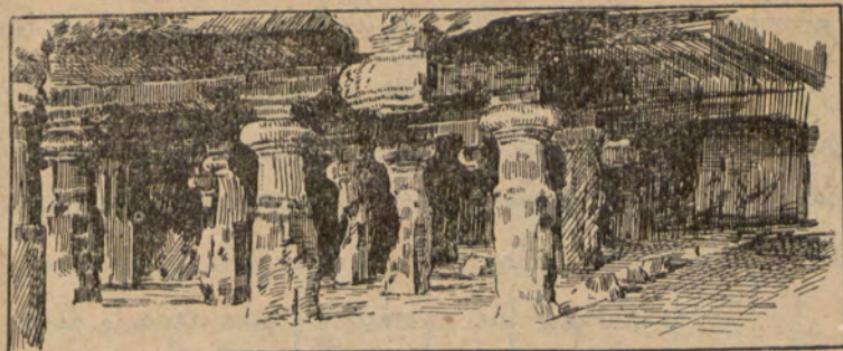
Los Principados Vascongados tuvieron igualmente sus fueros que dimanaban de la formación del señorío de Vizcaya en 1180. El admirable régimen foral vasco constituyó principalmente exenciones municipales de carácter económico y administrativo. Los fueros vascongados se abolieron en 1816.

Por último, los fueros de Valencia, otorgados por Jaime I en 1239, eran en lo judicial y en lo administrativo idénticos a los de Cataluña. Recibieron un golpe mortal a causa de la guerra de las Cemarrias en tiempo de Carlos I y fueron abolidos en el reinado de Felipe IV.

En España, como en casi todas las naciones de Europa y América, salvo en aquéllas formadas por confederaciones, como Alemania, Austria-Hungría, Suiza y Estados Unidos, existe una unidad legislativa que permite abordar conjuntamente ma-

chos problemas de carácter social que y el establecer un derecho de gentes casi por completo uniforme en todos los pueblos civilizados.

El concepto más elevado de la civilización se halla precisamente en el cuerpo de leyes que rigen a un pueblo. La vida moderna ofrece infinitad de aspectos en relación con el Derecho. Los derechos individuales tienen ya tal relación con los políticos que cambiándose el régimen de una nación cambia necesariamente el espíritu de un crecido número de leyes. Y por si esto no es suficiente, algunos inventos notables, como la navegación aérea y la navegación submarina, obra que modifican esencialmente muchas industrias y las expansiones coloniales exigen nuevas leyes en consonancia con un nuevo aspecto de la vida y del derecho. Los Congresos de la Paz, las ligas comerciales, las más, más guerras exigen continuamente cambios en la confección de las leyes. Son exigencias de la vida moderna que irán en aumento cuanto mayores sean los progresos de la Humanidad.



Civilización antigua.—Templo indio tallado en la roca

X XI

Los grandes pueblos antiguos.- Los grandes naciones de hoy.- Sus elementos de poderío.- Las pequeñas naciones.

De vez en cuando el género humano ha producido hombres extraños que han tenido el afán del dominio universal, sublime locura que ha costado a los pueblos torrentes de sangre. Alejandro Magno, Julio César y Napoleón soñaron en un imperio universal. Todo el mundo debía ser una sola Grecia o una sola Roma o una sola Francia. Los sueños no se realizaron, porque los imperios creados por el esfuerzo de las armas se derribaron, se redujeron a su

primitiva yeguinez, acaso por una ley histórica que, si admite la formación de grandes nacionalidades, no permite que los pueblos pequeños sean absorbidos totalmente ni que desaparezca el mosaico de tantas pequeñas naciones que representan la tradición, que son la cuna de las razas y el origen de las civilizaciones.

Ya de antiguo fué aspiración generalizada la de formar naciones grandes, pero siempre se encerró en tal aspiración el afán particular del conquistador de sobrepujara todas las grandezas humanas.

Los que no se movieron a impulsos de la soberbia y de la codicia pensaron, como se piensa hoy, que las naciones deben ser grandes para ser fuertes y deben ser fuertes para mantener el influjo de su civilización y la preponderancia de su raza.

En la antigiedad fueron grandes naciones Siria, Persia, la India, China, Egipto, Grecia y Roma. Todas dejaron huellas de su civilización y de su arte, todas dejaron el recuerdo de sus armas y de sus grandes hombres y algunas páginas inborrables de sus leyes y usos sociales. Pero aquellos imperios se derribaron y nacieron otros en la Edad media, terribles como el de Bizancio, avasalladores como el de los Seldíñidas o grandemente bienhechores y gloriosos como el de España que llevó con su espada un progreso y con su progreso la cruz del Cristianismo.

Muchos de los imperios antiguos desaparecieron para no volver más; otros nacieron transformados en nuevas naciones como China, con la perspectiva lejana de una segunda civilización que elige las grandezas de la primitiva. Pero ya no es posible la formación de nuevos imperios, como terrenos de aluvión, por el torrente devastador de una irrupción de bárbaros que lan, queman, destruyen, roban, saquean y degüellan. Es otra muy distinta la aspiración de los pueblos fuertes y son muy otros los procedimientos y los métodos de combate y dominación.

Las grandes naciones se forman hoy por ensanchamiento de sus fronteras naturales, por el esfuerzo de las armas o por las artes de la diplomacia, como Austria-Hungría y Rusia; o por la confederación de muchos estados y el crecimiento rápido de su población, como Alemania y los Estados Unidos; o por la multiplicación prodigiosa de su riqueza, como Italia; o por la extensión considerable del dominio colonial, como la Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia.

No son grandes naciones las que tienen una superficie vastísima como China. China, con 400 millones de habitantes, pesa en el plátano de la civilización menos que España, que tiene veinte. Bélgica, con pequeña superficie, Siria, con mucho menor extensión, son pueblos de nueve y de cinco millones de habitantes que en la marcha de la civilización



Civilización antigua.—Esfinge y Pirámides de Egipto

serían por sus progresos más que Rusia si ésta, con sus 150 millones de almas no se hubiese constituido en barrera para oponerse a la invasión de Europa por las hordas tartaras de allende los Urales y el Caspio.

El concepto de gran nación ya no es el de nación fuerte por sus armas ni por la cuantía de sus ejércitos. Para que una nación sea grande ha de reunir una suma importante de elementos de poderío. Si se tienen todos, la nación dichosa que los posea será la primera potencia del mundo.

Esos elementos de poderío son, por su orden: cultura, riqueza, densidad de población, comercio, ejército, marina y extensión superficial. En Europa, hasta hoy, se considera que hay solo seis grandes naciones o naciones de primer orden: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Austria-Hungría, Italia y Rusia, y dos de segundo orden: España y Bel-

gica. Gran Bretaña lo es por su enorme dominio colonial que la ha convertido en el imperio más vasto que ha existido en el mundo; además tiene el dominio de los mares ejercido por una armada de guerra de más de cuatro mil unidades de todos los géneros; Francia es gran potencia por su cultura, por su gran poderío colonial, el mayor después del inglés, por su arte, por su comercio, por su literatura y por sus 38 millones de habitantes; Alemania lo es por su extensión territorial, por sus 70 millones de habitantes, por sus industrias prodigiosas, por su cultura y por su ejército, el más poderoso que ha existido en el mundo, siendo la tercera nación por su dominio colonial; Austria-Hungría es gran nación por su superficie, población, industria y ejército; Rusia por su extensión, población y ejército; Italia por la densidad de su población, 40 millones de almas en 352000 Kilómetros cuadrados, por su gran riqueza industrial y comercial, por sus productos naturales, por su arte maravilloso, por sus monumentos, su cultura, su ejército y su dominio colonial.

Bélgica es la nación de población más densa y un verdadero portento de adelantos industriales, gran riqueza y artística y modelo de costumbres políticas; España, con sus veinte millones de almas, su riqueza enorme, con el dominio de su idioma, y el espíritu de la raza es una



Civilización antigua.—La gran muralla de la China

esperanza feliz para el porvenir de Europa.

En América los Estados Unidos lo llevan todo; su riqueza es fabulosa; sus 120 millones de almas forman una colonia immense de gente laboriosa; su poder militar coincide con el de las mejores naciones de Europa; su progreso es incansable. Siguen Brasil y la Argentina que suman juntos a poco todos los elementos de gran potencialidad.

Y en Asia sólo hay una gran nación, el Japón, fuerte por su población de 72 millones, por su ejército, por su marina y por su industria y comercio.

Entre las pequeñas naciones hay muchas que tienen todos los elementos de la potencialidad, pero ninguna que aspire a ser un coloso. Todas viven

siempre temerosa de ser abolidas por las naciones fuertes y gozaran solo también por la cultura y por la grandeza del Perú.

Las grandes naciones, para no destrozarse por el choque constante de sus intereses, quisieran mantener la existencia de todas las pequeñas naciones sobre las cuales rijesen su influencia comercial y política.





Grandes colonizadores españoles

XXII

La colonización.- Colonias en la Edad antigua y en la Edad media.- Pueblos colonizadores actualmente.- Diversos sistemas de colonización.

Cuando un pueblo se halla abrumado por el exceso de su población que rebasa los límites naturales de la densidad, cuando la producción del suelo es insuficiente para sostener su población, cuando la industria y el comercio necesitan expansiones que no se comprenden por el tráfico con otras naciones, surge la necesidad de adquirir por amendo.

conjura; protectorado o por las armas, tierras próximas o lejanas donde la expansión apetecida adquiera el desarrollo necesario a los fines de la vida nacional. El establecimiento que así se funda la tierra que así se adquiere o conquista se llama colonia y el país que coloniza se denomina metrópoli.

En todos los siglos ha sido la colonización una prueba del poderío de un pueblo, entendiendo aquí que el poderío no es exclusivamente necesariamente militar, sino de fuerza, de inteligencia o de riqueza.

En todo tiempo, desde la antiguedad hasta el día, ha existido afán colonizador y aun se diría mejor necesidad de colonizar.

Los primeros colonizadores de quienes se tiene noticia son los fenicios que fundaron por todo el litoral Mediterráneo numerosas colonias de carácter comercial. Siguieron los cartagineses que tanto poco rebasaron las playas mediterráneas y que injurieron su comercio por la fuerza de las armas, no alcan-

zando ciertamente simpatías ni por su carácter ni por sus procedimientos. Los griegos fueron completamente diferentes de los dos pueblos anteriores en su obra colonizadora.

Campeó rebasaron las riberas del Mediterráneo, pero en cambio fundaron muchas colonias y tan espléndidas y ricas que sumaron todos los elementos de grandezza de su metrópoli; su carácter dulce y su gran cultura hicieron de los griegos el pueblo colonizador por excelencia; la huella que dejaron fué tan profunda que no se ha borrado en muchas islas del Mediterráneo y sobre todo en la faja levantina española desde Gerona hasta Alicante.

La colonización romana fué la más robusta de la antigüedad. Roma, con la fuerza de sus armas y con la pléthora de sus productos, fué la primera en penetrar en el interior de los pueblos fundando las colonias de modos muy diferentes: enviando el exceso de su población bla-

na, la excrecencia de los bajos fondos sociales formando con ella las columnas fronte-uanas, los esclaros manumitidos, las color tes licenciadas por peligrosas y algunas re-yes falanges de patrios ambiciosos que más bien esquilmaron que colonizaron. Pese a todas estas circunstancias casi no puede contarse una colonia que no se convirtiera en provincia romana tanto por la irresistible atracción del poder romano como por la libre voluntad de los colonizados.

En la Edad media la colonización tuvo dos períodos: uno puramente comer-cial por las numerosas colonias que con tal carácter establecieron las Repúblicas de Génova, Pisa y Venecia, y otro conquistador, iniciado con los viajes, descubrimientos y conquistas de los españoles y portugueses en el siglo XVI, por los viajes y usurpa-ciones de los holandeses en el mismo si-glo y por las conquistas británicas iniciadas

en el siglo XVII y continuadas su desarrollo hasta el día, de tal modo que el poderío colonial inglés sobrepasa en grandezza y magnitud al poderío romano de la Edad antigua y al poderío español de la Edad moderna.

Con ser tan enorme la superficie de tierra firme en el mundo, quinientos diez millones de kilómetros cuadrados, solo existen cincuenta naciones independientes 21 en Europa, 21 en América, 5 en Asia y 3 en África. Casi de la tercera parte son tan pequeñas por su extensión territorial y algunas tan irrisoriamente diminutas que apenas pueden sumar todos los elementos de la potencialidad de un pueblo. Así no es de extrañar que haya solamente once potencias con poderío colonial, casi todas europeas, pues solo hay una asiática, el Japón, y otra americana, los Estados Unidos.

El Japón tiene colonias solamente en Asia, España, Belgica e Italia sola

mente en África; Portugal en África y Asia, Dinamarca en Europa y América, Holanda y Estados Unidos en Asia, América y Oceanía; Alemania en África, Asia y Oceanía; Francia en todo el mundo menos en Europa y la Gran Bretaña en las cinco partes del mundo. La de estas dos últimas naciones es una colonización enorme, de donde resulta una riqueza imponentable para las metrópolis.

Es digno de notarse que actualmente la colonización de los pueblos no causa guerras contra las metrópolis si se produce con los espíritus violentos obligados por la tiranía de la dominación. Ello es debido a las dolorosas lecciones de la experiencia que ha obligado a los hombres de gobiernos a estudiar diversos sistemas de colonización y ensayarlos discretamente.

Hasta ahora tres han sido esos sistemas coloniales. El administrativo consiste en desam-

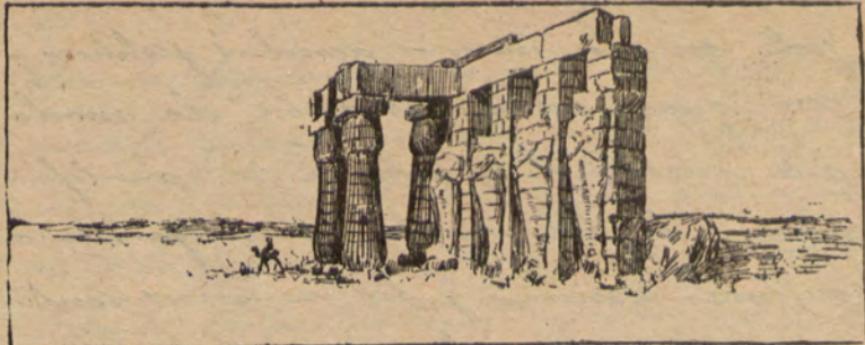
llar las fuentes de riqueza del país colonizado considerándolo como una provincia conquistada en la que el colonizado pierde su primitive personalidad. Este sistema colonizador ha dado siempre funestos frutos.

El segundo sistema de colonización es el liberal por el cual se llega al reconocimiento de la personalidad de la colonia, dejándola independiente en su vida administrativa siempre que los intereses no se opongan a los de la metrópoli, de la cual depende políticamente. Tal sistema se sigue hoy con todos aquellos pueblos que no han alcanzado la educación política necesaria para gobernarse por sí mismos a la sombra de un poderoso protectorado.

El tercer sistema es el asimilador que consiste en transformar la colonia en una sombra de la metró-

juli con los mismos derechos políticos y con igual administración, de modo que metrópoli y colonia se identifiquen de tal modo que tengan una cultura común y los mismos sentimientos nacionales.

Por segurí estos dos sistemas han conseguido tener Inglaterra un imperio colonial de 29 y medio millones de Kilómetros cuadrados con 394 millones de habitantes y Francia 14 y medios millones de Kilómetros cuadrados con 100 millones de habitantes.



Ruinas de Tebas

XXIII

Las grandes ciudades de la antigüedad.- Las maravillas del mundo antiguo.- Las ciudades en la Edad media.- Puntitoso crecimiento urbano en la Edad moderna.

La civilización ha creado en todos los tiempos grandes núcleos de población. Solamente así puede concebirse que se realicen portentosas obras que requieren un derroche fabuloso de riquezas y de energías.

Los grandes imperios de la antigüedad tuvieron sus grandes ciudades, y aunque algunos historiadores se atreven a dar por cierto que Babilonia, la gran ciudad siria, contaba más de tres millones de almas y Roma más de doce, no podemos admitir que aquellas ciudades famosas albergasen contingentes humanos tan considerables.

Ciertamente son noticias fantásticas las que se dan de la mayor ciudad antigua del mundo, de Babilonia: cien kilómetros cuadrados de superficie, una muralla de 80 kilómetros de longitud con 100 puertas y 250 torres, además de unos jardines considerabilísimos.

A parte las exageraciones de la fantasía, es innegable que los pueblos de la antigüedad vivieron núcleos considerables de población agrupados en espléndidas ciudades. Babilonia fué una ciudad muy populosa, seguramente la más poblada de todas las de la Edad antigua; en Siria existieron Palmira, cuyas ruinas

aun se excavan y admirar, y Jerusalén, cuyo circuito media más de 7 kilómetros; en Persia, Persépolis, en Egipto, Tebas, Herópolis, Berenice, Alejandría que contó más de 900,000 almas, y Menfis, en cuyo recinto se albergaron 700,000 habitantes.

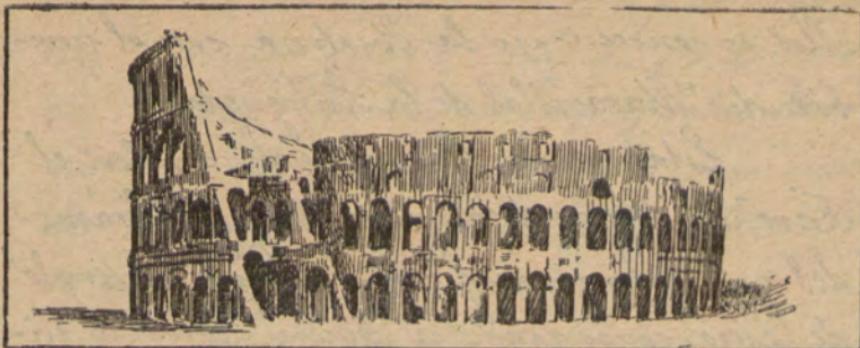
Con el desarrollo de las grandes ciudades coincidió la construcción de soberbios monumentos, como el templo de Belo en Babilonia; en Alejandría la Mezquita de las mil columnas, las agujas de Cleopatra, el Serapeón o templo de Serapis y el famoso faro de 110 metros de altura, una de las siete maravillas del mundo antiguo; en Jerusalén el célebre templo de Salomon; en Atenas, la Steriópolis, el Partenón, el templo de Júpiter y la torre octogonal; en Roma, el Coliseo, el Foro y las columnas de Trajano y de Antonino; en España, la torre de Hércules, en la Coruña.

En la India, en Egipto, en Méjico, en Persia, se conservan todavía muchas construcciones que son verdaderos monumentos de lejanísimas épocas. Algunos de

Ellas se conocen en la Historia con el nombre de "Maravillas de la Antigüedad."

Estas maravillas son siete, a saber: el Faro de Alejandría, ya citado; las Pirámides y la Esfinge de Gizeh, en Egipto; el templo de Efeso, consagrado a Diana Artemisa, erigido sobre 128 columnas; los jardines colgantes de Babilonia; el Coloso de Rodas, en la isla de este nombre, colossal estatua de bronce de 33 metros de altura, cuya construcción duró diez años; el Júpiter Olímpico, obra del cinel maravilloso de Fidias, en Grecia, y la tumba de Mauselao, consagrada a la memoria de su esposo por Artemisa, reina de Lidia.

Durante la Edad media los grandes núcleos de población los forma el pueblo islamita en Constantinopla, Bagdad, Córdoba y algunas otras poblaciones. La documentación monumental que se deja para otras generaciones venideras es árabe y gótica principalmente. La Europa se siembra de castillos levantados atrevidamente en agujas montañosas, pi-



El Coliseo de Roma

cos elevados y cercas escarpados; en el llano y en el valle todas las manifestaciones del arte arquitectónico multiplican sus más bellos ejemplares en alcázares, castillos y catedrales. Y si bien en general no hay afán por constituir grupos muy densos de población, es entodoces cuando empieza a manifestarse el crecimiento de poblaciones como Londres, París, Amberes, Berlín, Viena, Norcou, Andrinópolis, Madrid, Venecia, Lisboa y otras poblaciones europeas.

El desarrollo urbano alcanzado en la antigüedad y en la Edad media es una insignificancia si se comparan con el desarrollo de las grandes ciudades

desde hace siglo² y medio² y muy par-
ticularmente desde los comienzos del si-
glo pasado. Poblaciones que en el año 1800
no eran sino pequeñas colonias estable-
cidas por los ingleses en la Australia son
hoy grandes, bellas y sumptuosas ciudades,
como Sidney, Portobane, Melbourne, Ade-
laida y Victoria.

Este crecimiento asombroso de los
pueblos, ese surgimiento maravilloso de
ciudades donde no existía ni una cho-
za ha tenido proporciones colosales en
América, en donde lo maravilloso e in-
concebible tendría caracteres de leyenda
si no fuese una realidad palpable de
nuestros días. No hay nada que sobrepu-
je a lo realizado en Chicago, que comen-
zó por un fortín a principios de siglo pa-
sado, tuvo 1800 habitantes en 1834 y hoy
rebasa el número de dos millones y me-
dio de almas en una ciudad espléndi-
da que ocupa 466 Kilómetros cuadra-
dos de superficie.

Se tiene por el más asombroso del

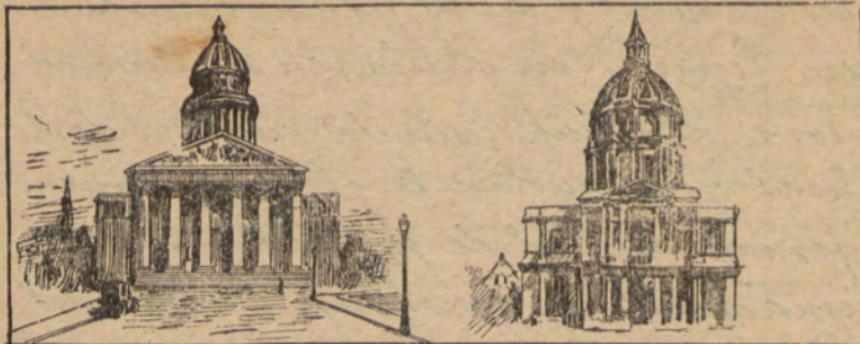
mundo el crecimiento de Londres durante los últimos cien años. Su población actual, de siete millones y medio de almas, es superior a la de muchas pequeñas naciones. Hay que representarse la enormidad de 1792 kilómetros cuadrados cubiertos de edificios, circunstancia que ha consagrado la frase de que "Londres es una provincia cubierta de casas."

El número de pueblos que han surgido en una centuria a favor de una colonia industrial, de una ensenada convertida en puerto o de un yacimiento mineral suma en todo el mundo algunos miles. Hay naciones como Suiza, comarcas como algunas del norte y del mediodía de Francia y regiones como la catalana y la de las Vascongadas en donde montes y valles ofrecen una siembra prodigiosa de blancos caseríos, de lindos chalets y de magníficos castillos y palacios.

Pero en cambio, punto al ejemplar siemprev consolador de las comarcas bien pobladas, se ofrece el tristísimo de

las llanuras y de los páramos desolados en España, en Rusia, en América del Norte. Los mil seiscientos millones de almas que pueblan el globo, aunque formen núcleos de población muy considerables y constituyan ciudades muy populares, no son suficientes a poblar toda la superficie de la tierra, la cual necesitaría descongestionar las grandes ciudades para esparcirse la gente por el campo o exigiría un crecimiento tal que la población fuese tres veces mayor que la que actualmente arrojan las estadísticas, esto es, 3'53 habitantes por kilómetro cuadrado?





La tumba de Napoleón y los Inválidos en París

XXIV

Las grandes ciudades de nuestros días.
Poblaciones monstruosas.- Poblaciones de más de un millón, de un millón y de medio millón.- Desarrollamientos notables.

Puede formarse, gracias a los estudios de modernas, una idea exacta de lo que son las grandes ciudades contemporáneas. Ya hemos dicho que es Londres la mayor ciudad del mundo, que cuenta veinte y medio millones de habitantes, siguen a esta numerosa población Nueva York con qua-

tro y medio millones en la cuenca superficial de 823 kilómetros cuadrados; París con tres millones en una extensión de 378 kilómetros cuadrados; Chango y Pekín con dos millones y medio, Berlín con dos millones, en una superficie de 63 kilómetros cuadrados; Viena con cerca de dos millones en una extensión de 172 kilómetros cuadrados. Y después de semejantes aglomeraciones de primer orden cuéntanse con más de un millón de habitantes, Constantinopla en Turquía, Patrogrado y Macao en China, Budapest en Hungría, Hamburgo en Alemania, Filadelfia en los Estados Unidos, Buenos Aires en la República Argentina, Calcuta, Madras y Bombay en el Indoestán, Tokio en el Japón, y Kanton, Cantón, Tien-tsin y Han-kow en China. En punto, veintidós ciudades que juntas suman una población mayor que las

de Francia o que la de Italia.
 El número de ciudades que cuentan medio millón o más de habitantes, sin llegar a un millón es aproximadamente de 35: Barcelona y Madrid en España; Lyon y Marsella en Francia; Bruselas en Bélgica; Roma, Milán y Nápoles en Italia; Odessa en Rússia; Glasgow, Birmingham, Mánchester y Liverpool en Inglaterra; Munich, Dresde, Leipzig, Berlín y Colonia en Alemania; Bucarest en el Rumania; Osaka en el Japón, Shanghai, Tsinchow, Ning-Po, Hong-Kong, Taiwán y Tsin-tao en China; El Cairo en Egipto; la capital de Méjico y Baltimore, San Francisco, San Luis, Cleveland, Detroit, Buffalo y Pittsburgh en los Estados Unidos. Esas 35 ciudades juntas suman una población mayor que la de toda España.

El número de poblaciones de más de cien mil almas es bastante comodo: en China pasa de cincuenta, en Inglaterra y Estados Unidos de 20 cada una, en Alemania treinta y una, en Austria seis, España seis. Valencia, Sevilla, Málaga, Badajoz y Zaragoza, en Rusia, Italia, Gran Bretaña, Francia, Grecia, Indostán, Estados Unidos y Japón este numero de poblaciones es muy elevado y de muchísima consideración. El numero de las que tienen más de veinte mil habitantes. Por lo que se refiere a España, las regiones que tienen más uidos de tal densidad son Cataluña, Andalucía, Valencia y Asturias.

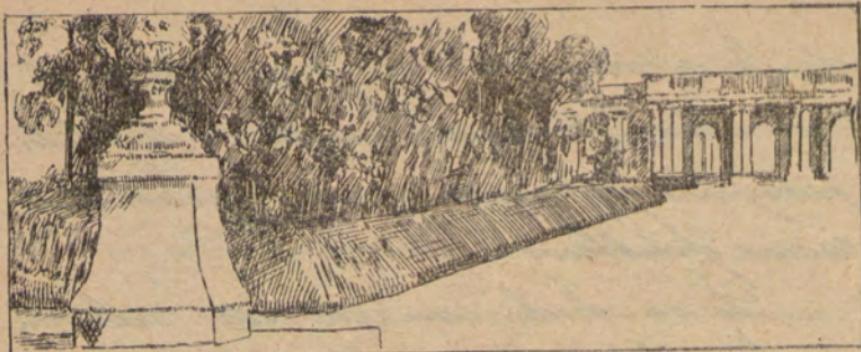
Se calcula que cerca de ochocientos millones de habitantes, o sea la mitad aproximadamente de la población total del globo, habitan

en poblaciones de más de diez mil almas y la otra mitad forma la población rural en pequeños pueblos. La distribución resulta, desde luego, muy desigual, y ha provocado seriamente a muchos estudiantes que han estudiado la cuestión con gran detallamiento, señalando como causas principales la peculiaar en que vive la población rural de todo el mundo por la desigual distribución de las tierras, la necesidad de agrupar grandes masas de brozos en los centros industriales y la irresistible atracción que la vida de la ciudad, siempre más fastuosa y alegre que la rural, ejerce en el ánimo de los campesinos.

Tres cosas caracterizan las grandes ciudades de nuestros días: belleza u ornato, higiene y comodidad o vida fácil. Estas tres circunstancias han determina-

do la construcción de grandes edificios, soberbios monumentos, espléndidos parques y paseos y admirables servicios públicos.

Si se hubieran de citar solamente los edificios y monumentos principales de las más importantes ciudades del mundo se necesitarían para ello gruesos volúmenes. Una sola ciudad, París, por ejemplo, encierra notabilidades en número prodigioso: el palacio del Louvre, la Conciergerie, el Hotel de Ville, la Ópera, el palacio de Justicia, el del Tratado, el del Eliseo, la columna de Julio, las estatuas de Mrasburgo y de la República, el obelisco de Luxor en la plaza de la Concordia, el Arco del Triunfo, las estaciones de San Lazar y Orsay, la Ñogalera, los Invalidos, la Sorbona, los jardines Nuevo, de Alejandro y de la Concordia, el Odéon, la puerta de San Martín,



Los Jardines de Versalles

tin, el parque Moncayo, el Jardín de Plantas, los de Guadalupe, los Campos Chicos, el bosque de Retiro, los jardines de Versalles, etc., etc.

Roma, la ciudad eterna de los Papas y de los Caíres, no encierra menos construcciones notables que cualquiera otra de las más ricas ciudades monumentales. Deben citarse con preferencia sus puentes de Sant'Angelo y Ponte-in-Pesa, los palacios de San Pedro y del Popolo, los acueductos de Acqua Paola y Acqua Vergine, las catacumbas; los palacios del

Luzinal, de Farneso y de Monte
Pío; el Hospital de Santo Gómez;
la Universidad Gregoriana; las jardines
del Monte Pincio, los anfiteatros
del Foro y del Circo; las columnas
de Trajano y de Constantino y otros
monumentos.

En Londres merecen especial men-
ción la plaza de Copenhague, los puentes
de Lambeth y Charing, la fachada de
Whitehall, San Jaime y Buckingham,
la Torre de Londres, la Bobea, la Alca-
za, la catedral de San Pablo, el Parlame-
to, la abadía de Westminster, la Uni-
versidad, los monumentos de Waterloo, Na-
son, York y Wellington, los museos de
Kensington, el Real Botánico y el de
Kew, el Hyde Park, etc.

Madrid, bello y espléndido, rindi-
da en jardines, monumentos y construccio-
nes con las más hermosas ciudades del
mundo. Deben citarse los jardines del

Buen Retiro, los parques del Prado, de Paseo, de la Castellana y del Hipódromo, las estatuas de Colón, de El Cid, Juana la Loca, de Don Juan de Austria, de Cervantes, de Felipe V y las cuarenta y cuatro de la plaza de Oriente, el Palacio Real, el de María de Molina, el de Buonavista, y el de la Sociedad Equestre, los palacios de los Ministerios de Gobernación e Instrucción Pública, el Banco de España, el teatro Real; la Academia de San Fernando, la Universidad Central, el Viaducto de Segovia, la Biblioteca nacional, etc.

Si no hay rincón del mundo, ya no hay población importante donde falte algún monumento antiguo, alguna notable construcción moderna o alguna de esas obras notables que por lo atrevidas o por lo sumptuosas sean dignas de que la conozca toda la Humanidad.

Nápoles, Milán, Florencia, Venecia, y Génova en Italia, Sevilla, Granada, Toledo y Zaragoza en España, Zaragoza, Tolosa, Carcasona, y Orleans en Francia, Fráncfort, Colonia, Hamburgo y Leynig en Alemania, Petersburgo, Cumba, Constantinopla y multitud de ciudades más de Europa de África y de Asia cuentan infinitud de joyas de arte antiguas y construcciones monumentales que hablan constantemente de la brillantez del ingenio humano, de las prodigiosas energías del hombre y del gusto artístico de los pueblos.



La estatua de la Libertad, en Nueva York

XXV

Las siete maravillas del mundo moderno.- Obras grandiosas y atrevidas del ingenio humano.- Proyectos realizables.

En oposición a las llamadas siete maravillas del mundo antiguo, ya citadas en un capítulo anterior, nuestros contemporáneos presentan otras siete maravillas del mundo moderno, reveladoras del gigantesco esfuerzo realizado por los hombres o del grado de sublimidad que alcanza su sentimiento. Esas siete maravillas son:

"La estatua de la Libertad," obra de Bartholdi, colosal estatua de 46 metros de altura levantada sobre un pie calvo de 25 metros, regalo que Francia hizo a los Estados Unidos en prueba de fraternidad. Es una matrona de cobre macizo, en cuyo brazo derecho lleva una antorcha encendida. Se colocó en 1886 a la entrada del puerto de Nueva York.

El canal de Suez, obra de Fernan de Lesseps, construido desde 1859 a 1869. Mide una longitud de 162 Kilómetros y une los mares Rojo y Mediterráneo.

La torre de Eiffel, la más alta del mundo, pues cuenta 300 metros de altura. Es una obra maravillosa que se levanta junto al Sena, frente al palacio del Trocadero, un prodigioso tejido metálico que revela el avance gigantesco de la metalurgia.

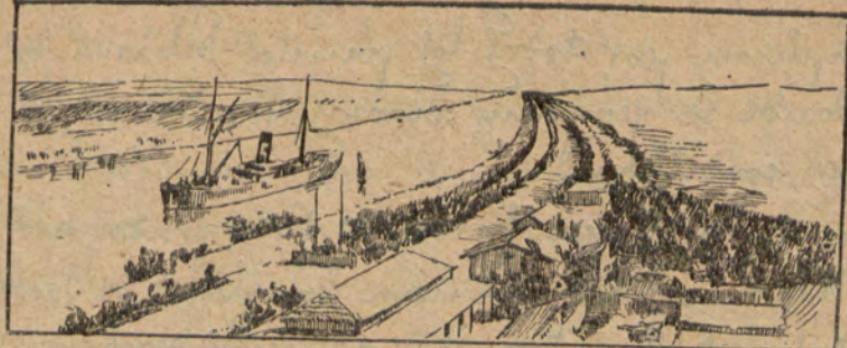
"El Moisés" de Miguel Ángel, gloriosa obra del círculo de Miguel Buonarroti; el artista egregio que llevó él solo seten-

ta años de esplendor de la pintura y
de la escultura italiana.

La iglesia de San Pedro en Roma
llamada la reina de las catedrales, es el
mayor templo del mundo, de unas di-
mensiones colosales. La cúpula central
tiene un diámetro de 42 metros y una
altura de 138. Es un verdadero Museo
de esculturas y guarda las tumbas de los
Papas.

La tumba de Napoleón, en los In-
válidos, París. Es un soberbio cenotafio de
 mármol rodeado de doce estatuas de
 la Victoria.

El parque de Versalles, obra pla-
neada por Le Nôtre en tiempo de Luis
XIV y ejecutada y terminada en su rei-
nado y en los de sus sucesores. Es un con-
junto mágico de bellezas que supera en
mucho al Prater de Viena, al Unter den
Linden (llamada de los Tilos) de Berlín,
al Retiro de Madrid y a los parques y pa-
seos de París y de Londres. Lo más gran-
ioso de aquél parque es la alameda



Canal de Suez

central, de maravillosa perspectiva, bordada de fuentes, parterres, chalets, estanques, estanques, puentes, cascadas, macizos multicolores, alamedas con suelo arenoso que parece alfombra de oro, bosques frondosos, y por todas partes tupida vegetación moteada de bellísimas construcciones.

Algunas de estas maravillas han sido sobrepujadas por otras de distinto género y desde luego más grandiosas. Tales son los túneles practicados en los Alpes, considerables taladros de aquél macizo enorme y gigantesco por el fondo de cuyas entrañas corren con velocidad pasmo-

sa las locomotoras. ¡Los taladros se multiplican por todos los puntos del mundo donde se erguen airozas y atrevidas las cordilleras!

La linea ferrea de Petrogrado a Wladivostock, en una longitud de 50000 Kilometros, a traves de las mas desoladas regiones de la tierra, pasando los trechos por el Baikal helado como por tierra firme. Despues el ferrocarril interoceánico que va desde Nueva York a San Francisco de California, uniendo con una cinta de hierro los mares Atlántico y Pacífico, en un recorrido peligroso de tremenda cortadura salvada por altissimos puentes montados atrevidamente sobre una red de andamiajes inverosímiles. Luego el ferrocarril de las Indias, uniendo unos cayos con otros, como si hubiese tendida una linea sobre el mar.

Ademas del canal de Suez hay otros dos no menos portentosos que este el de Kiel que une los mares Báltico

y del Norte y el de Panamá que une los mares Atlántico y Pacífico.

No son obra menor maravillosa las llamadas poéticamente serpientes gigantes, los cables submarinos, que llevan la palabra humana de uno a otro confín del mundo, a través de los océanos.

El sifón de Tosa en Huesca, con sus tubos de cemento y palastro, los de mayor diámetro del mundo; el puente de Brooklyn en Nueva York, los ferrocarriles aéreos de Londres y de Nueva York, los metropolitanos de estas dos grandes ciudades y de París, el puente de Vizcaya en Bilbao, el funicular que sube por las faldas del Vesubio hasta cerca del cráter del volcán y otras muchísimas obras cuya grandezza parece empequeñecerse por la misma abundancia de obras grandiosas que hay esparcidas por todo el mundo.

Pero los hombres consideran que lo hecho hasta ahora no es bastante, sin duda, para dar fe de lo mucho

que puede prometerse del ingenio humano, de sus arrestos, energía y valentía. De vez en cuando se lauran proyectos estupendos que son calificados inmediatamente de insensateces, locuras, quimeras, sin acordarse de que las grandes realidades de hoy fueron en un ayer no lejano vagos sueños de imaginaciones talenturientas.

Los globos de Montgolfier fueron el preliminar de los enormes dirigibles de Zeppelin, con dirección fija; el ictíneo de Monturiol fué el germen de los grandes submarinos actuales de cien metros de eslora y de mil toneladas de capacidad; el telegrafo de fogatas fué el primer paso para el heliografo de nuestros días; el primer vapor de ruedas de 600 toneladas, que surcó las aguas del Hudson, sólo fué como el precursor del gran Waterland de 60000; la primera locomotora de Stephenson fué un ingente que sirvió de modelo para las tremendas Compound americanas.



El Moisés, de Miguel Angel

que resoplan y alientan como alentaría un gigantesco Atlante de carne y hueso.

Lo que se proyecta para el porvenir no es menos maravilloso que todo lo realizado hasta hoy. ¿Quién sabe si el desierto de Sahara no se convertirá nuevamente en mar a costa del nivel de todos los mares del mundo y como consecuencia no desaparecerán algunos de tan escaso fondo como el Báltico? Si se han construido los ferrocarriles trasandino, transiberiano e interoceánico, ¿por qué será locura entender que otras dos líneas ferreas, el

transahariano trasatlántico por el centro y el parasahariano por el oeste atravesen 4000 Kilómetros de desierto africano?

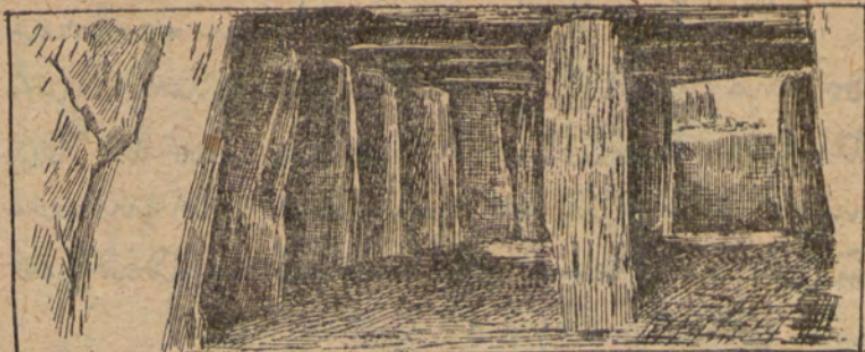
Locura fué el proyecto de unir subterráneamente Francia con Inglaterra por medio de un túnel de 34 Kilómetros de longitud a una profundidad de 54 metros, y sin embargo, este proyecto monstruoso presentado en 1867 comenzó a practicarse en 1875, suspendiéndose las obras siete años más tarde por temor de Inglaterra, cuando ya iban construidos algunos Kilómetros. De continuaría este proyecto algún día?

Cuando se ha hecho tanto y tan maravilloso, derribar montañas, robarle al mar grandes extensiones en puntos donde el oleaje es imponente perpetuamente, y por qué ha de ser locura unir las costas inglesa y francesa con un puente de 33 Kilómetros de longitud, levantado sobre 72 arcos, como proponían Herzen y Schneider?

En la Química se han realizado maravillas y en la Ingeniería prodigiosos. ¿Por qué no ha de esperar la Humanidad que las quimeras y los ensueños de hoy sean venturosa realidades en un plazo más o menos lejano?

La sana razón nos dice claramente cuáles son los límites a donde podría llegar la inteligencia humana. Todo sabemos que la vida y la muerte, son de Dios y que la Naturaleza tiene leyes que serán por siempre inviolables.





La cueva de Menga en Antequera

XXVI

Las Bellas Artes. - Proceso del origen de la Arquitectura. - Primitivas construcciones y primeros monumentos.

Son Bellas Artes aquellas que el hombre concibió para recreo de sus sentidos y goce精神 del espíritu. Las Bellas Artes son así: Arquitectura, Escultura, Pintura, Música y Literatura. No es en realidad interesante señalar el orden cronológico de su aparición ni sería fácil bucear en las profundidades obscurísimas de la prehistoria para fijar un dato que sirviera de punto de partida.

Sin embargo, puede asegurarse que la primera de las Bellas Artes tiene la Arquitectura por ser la única que tuvo su origen en las necesidades de la vida material.

La primera vivienda surgió con la primera familia humana. Esta vivienda fue la gruta natural, la caverna formada al argar en un arrumbamiento de tierra y rocas. Esas grutas o cavernas naturales sufrieron modificaciones cuando el hombre las compartió en su interior, las dio luces por medio de orificios y las resguardó exteriormente por medio de ramas y hojarasca.

Esta caverna modificada es el primer paso hacia la Arquitectura, pero no es la primera obra arquitectónica. Transcurrió mucho tiempo antes de que los hombres combinaran la tierra, las piedras y el ramaje para construir las chozas primitivas que habían de formar aldeas o pueblos. Fue largísimo el periodo de los silos o habitaciones subterráneas, de los cuales hoy aun gran profusión en Sabillas (Zaragoza), Calatayud, Guadix, Granada y otros puntos de España.

Desde la gruta, caverna o silo hasta el nacimiento enorme de Trenta mil hay un proceso arquitectónico inmenso que abarca la historia de la

Hominidad en un espacio de más de cincuenta siglos.

Las primeras construcciones de que se tiene noticia son los palajitos o viviendas lacustres, levantadas en los lagos sobre grandes pilotajes de piedra y armadas con maderos y ramas. Es verosímil que así fuese por la necesidad de huir de las fieras. De lo que fueron los pueblos lacustres hay en Suiza restos o testimonios documentales en los lagos de Ginebra, Nençatel, Cons. Lanza, Zurich y otros y de lo que son aun algo queda en el interior de África y en el lago de Maracaibo (Venezuela).

El verdadero monumento arquitectónico primitivo es el dolmen, de la época megalítica, o sea de aquella que señala el paso, la transición y el enlace de la edad de piedra con la edad de los metales.

Sobre el dolmen una piedra colocada horizontalmente a guisa de tablero sobre varas verticales clavadas en tierra, separadas entre sí o bien unidas con un allanjo compacto de piedrecillas y de tierra. Hay arqueólogos que llaman los dolmenes por monumentos celticos, altares o mesas de sacrificio del culto pagano;

Pero casi todos comienzan en que fueron verdaderos tumulos o monumentos funerarios, pues servian para guardar los cadáveres de los parentes o dudosos.

Por regla general, los dolmenes se recubrían o revestían de tierra con lo cual tomaban el carácter de criptas. En España se ven algunos en Galicia, Granada, Gerona, y Baleares.

Los demás monumentos de la época megalítica fueron el menhir dolmen, cuyo tablero descansa sobre un lado en tierra; el trilito, de dos piedras verticales y una horizontal, primer monumento conmemorativo; la galeria cubierta o serie continuada de dolmenes, el menhir o piedra vertical que dio origen a los monolitos; la ringlera o fila de menhires, de las que hay algunos miles en Farnac (Francia); los cromlecs o menhires dispuestos en forma circular, elíptica o poligonal, los cuales sirvieron de templo; y los tumulos o grandes montículos formados de tierra y piedra.

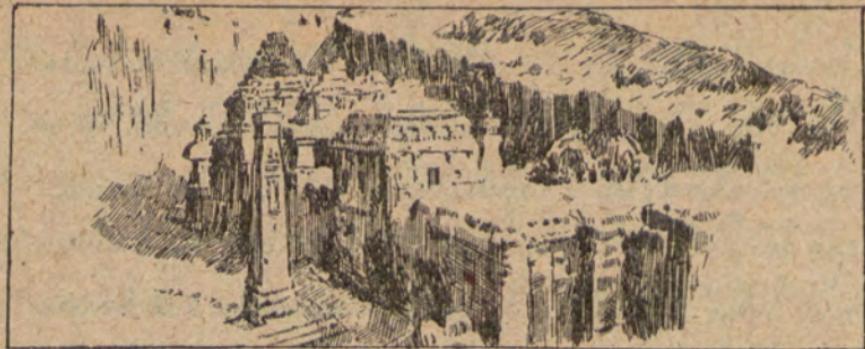
La divisoria entre los períodos históricos y los de la prehistoria la constituyen las construcciones a las que son tipos monumentales las mudadas de for-

ma de barro con la quilla al aire; los mayates o
diosas pétreas; los talayots o viviendas pétreas en forma
de cono truncado; los megalitos, o conos de piedra levan-
tados sobre plataformas circulares de alguna eleva-
ción, y los dioses o cromlecs gigantescos. Toda la ar-
quitectura ciclopea culmina en un notable monu-
mento arquitectónico, en el Templo del Alto Donce,
en los Vosgos, de un notable parecido a los Templos
griegos por su basamento, columnas y capitel. Como
se llegó a tal grado de adelantamiento es difícil pre-
ciserlo. Los celtygos, el pueblo más antiguo de Europa,
habían traido de Asia esa arquitectura ciclopea que
fue no menos rudimentaria que la megalítica o céltica.

Más tarde, cuando se formaron los pueblos y se ini-
ciaron las civilizaciones, la arquitectura tomó el carác-
ter que quisó imponerle cada pueblo y se sujetó a
reglas que contribuyeron al hermoseamiento de las con-
strucciones y a su creciente perfección. Surgió todo lo
grande, todo lo monumental dentro de la vivienda
elevada a la categoría de palacio y dentro de la
construcción recordatoria de los sucesos pasados se llegó
hasta el monumento grandioso que debían admirar los

júreas edades. Es inconcebible que los círculos se hallaran tan avanzados en aquellas remotas edades en que no existían la Arquitectura, pero ¿quién negaría que las Bellas Artes y muy especialmente la Arquitectura lograron un grado de adelantamiento que causa asombro y que produjeron monumentos que difícilmente reproducirían hoy los hombres con los medios de aquellas apartadas épocas?

Bien cierto es que la Antigüedad tiene su Arte como que se ha establecido una división de pueblos en relación con ese mismo Arte. Así, pues, se estudia separadamente la Arquitectura de los pueblos antiguos indo, egipcio, asirio, caldeo, persa, fenicio, hebreo y chino, agrupándola bajo la denominación de arte antiguo de Oriente, para diferenciarla del arte clásico de Occidente, el gran arte que comprende los pueblos etrusco, griego y romano.



Arquitectura india.—Ruinas de Kailaza

XXVII

Monumentos arquitectónicos de la India, Asiria, Caldea, Persia y Egipto.—La antigua Arquitectura americana.—Arte etrusco.—Grecia y Roma.

No es tarea fácil efectuar un recorrido histórico a través de la Arquitectura de todos los tiempos y de todos los pueblos e igualmente difícil es fijar comparaciones entre las obras maestras y señalar a la consideración del lector cuáles son los ejemplares principales de cada orden, de cada estilo y de cada tiempo?

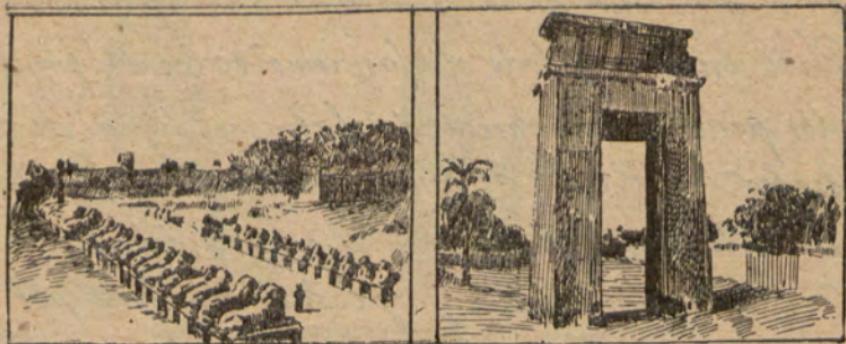
La más antigua de todas parece ser la arquitectura india, grandiosa desde su origen, con tres fases históricas que corresponden a los monumentos trogloditas, a los monolitos y a las pagodas piramidales. Los monumentos más notables de cada una de estas épocas son, respectivamente, el templo subterráneo de Indra, en Ellora, el templo de Kailasa en el Hindostán y el de Chalambrón en la costa de Coromandel. La característica de la arquitectura india son los gopuras o pabellones, algunos de los cuales cuentan hasta diez y seis pisos.

Del arte asirio y caldeo de aquella arquitectura que produjo creaciones tan enormes como las de Nineve y Babilonia, sólo quedan raimos informes y monstruosas en los cañones de Mesopotamia como las del templo de Belo, que han servido a los arqueólogos para deducir y reconstruir la forma de la edificación.

La arquitectura persa, tan rica en colorido como discutida por los arqueólogos, ofrece tipos notables de construcción en monumentos como el sepulcro de Dario, en el que muchos creen ver reminiscencias de la arquitectura griega y egipcia, las mezquitas de Isfahan, el Pabellón del Trono en Teherán,

teran y la sala hipóstila de Sejus, en Petrópolis.

Como como los indios, acaso más, los egipcios tuvieron una arquitectura de monumentos colorados, de sello propio, aunque se pretende que el arte egipcio es una derivación del asirio. Los menos versados en arquitectura conocen las famosas pirámides de Cheops de Chephren y de Mencuria, la primera de las cuales tiene 138 metros de altura, y la famosa esfinge de Gizeh, de 17 metros de alta. Los cuatro períodos menfita, tebano, saita y griego de la arquitectura egipcia se caracterizan por diferencias esenciales bien señaladas en los respectivos monumentos, ricos de ornamentación, severos, grandiosos, imponentes. Las ocho estatuas colosales de Ramsés II en el templo de Isambul pudieron realmente amedrentar el espíritu de los fanáticos del tiempo de los faraones; pero en cambio deleita por su belleza el templo de Luxor, uno de cuyos obeliscos o monolitos se ergue majestuoso en el centro de la plaza de la Concordia, en París, a donde fue llevado en 1836. Con la influencia griega la arquitectura egipcia no perdió en grandiosidad, pero ganó más aún en seriedad y en belleza, como el templo de Edfú. Los motivos ornamentales del arte egipcio se han universaliza-



Arquitectura egipcia. — Esfinges. — Propileo de templo de Karnack

do tanto que hoy los conocen todos los que alcanzan ligeras nociones de las artes decorativas.

La segunda agrupación arquitectónica de la antigüedad es aquella en que culminan los splendores del arte y comprende las arquitecturas etrusca, griega y romana.

La terrible devastación de los romanos al penetrar en la Etruria no permitió que las futuras generaciones pudiesen admirar las construcciones del arte etrusco que fue poco monumental, pero que ofreció las torres más resistentes que se han conocido en el mundo. El classicismo occidental tiene su origen en la Etruria; los etruscos se vengaron de los romanos imponiéndoles su arte de tal modo que apenas hay arqueólogo que no vea la influencia etrusca

en el desarrollo de las artes suntuarias de Roma. Sin embargo, todo el clasicismo occidental forma dos períodos, desapareciendo el etrusco después de haber dado vida al romano, sirviendo de puente entre la arquitectura oriental y la occidental.

La arquitectura griega lo aborda todo por su grandezza. Comienza por aparecer el orden dorico, sigue el jónico y se cierra el ciclo con el corintio; todo ello sufre la sugerencia del orientalismo, pero crea el tipo griego, todo armonía, severidad y belleza.

La incuria, el tiempo, las invaciones, la desaparición de los objetos nos ha dejado escasas piezas arquitectónicas del orden dorico que prevaleció en los templos y en las acrópolis; solo se hallan vestigios, restos, fragmentos, ruinas que se reconstruyen por todo Áthenas. Sobre todo ello se erige el Partenón, cuyas ruinas han servido para obtener reproducciones tan grandiosas y tan maravillosas como el templo de la Magdalena, en París.

Europa, en su parte meridional, está sombrada de construcciones romanas, especialmente Italia, España y Francia. Del explendor arquitectónico de los ordenes compuesto y toscano quedan notables muestras. Los monumentos



Colosos de Memnon en Medinet Alui (antigua Tebas)

son innumerables en edificios, arcos, calzadas, circos, puentes y acueductos. En España conservamos los puentes de Alcántara y Mérida, el acueducto de Segovia, restos de templos en Barcelona, Talavera y Sagunto, el arco y el sepulcro de los Escipiones en Zaragoza y otros monumentos. Roma cuenta su Coliseo, las termas de Caracalla, la vía Appia, el arco de Trajano, el Foro, la columna de Adriano, y otros. En Francia culmina el templo de Nîmes.

Columnas, arcos, escalinatas, arcos nados, todo es severo, todo es grande en la arquitectura romana, todo subsiste a través del tiempo y de las invasiones, de las guerras, de la corrupción del gusto y de la sucesión de nuevas arquitecturas.



Estilo bizantino. — Santa Sofía, en Constantinopla

XXVIII

El arte bizantino.- La arquitectura árabe.- Estilos mudéjar y morisco.- Estilo románico.- Arquitectura ejival.- El Renacimiento.- Renacimiento moderno.

La Arquitectura en las edades media y moderna de la Historia tomó nuevos aspectos a favor de la formación de nuevos pueblos, y de la invasión de otros lejanos que aportaban otros elementos a la obra de la civilización.

Entre esos aspectos arquitec-

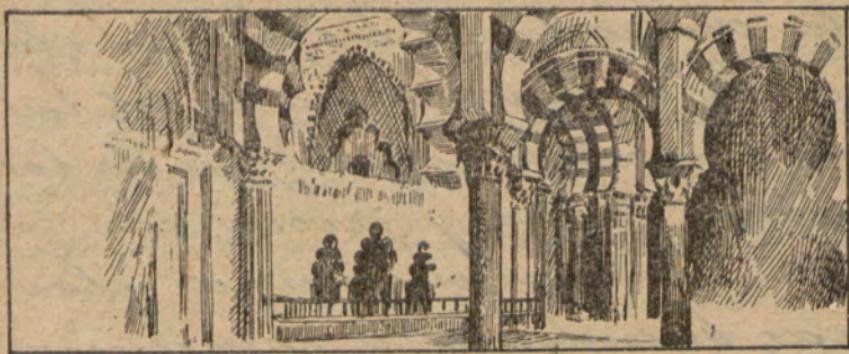
tómicos desciuellan el bizantino, el árabe y el ojival. Viene luego el primer Renacimiento, con la degeneración subsiguiente de los estilos barroco, plateresco y churreresco.

Con ser grandioso el arte antiguo, el Renacimiento le sobrepasa a veces en grandiosidad, no es clásico, pero es monumental y sugestivo. El tipo bizantino por excelencia es la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla, edificada por Justiniano sobre las ruinas de la Santa Sofía romana que levantó Constantino. Es la arquitectura de las grandes cúpulas, de las altísimas columnas, de los capiteles extraños, de las ventanas parecadas y de la ornamentación geométrica. Santa Sofía, grandiosa, alegre de luz, tiene otro

tipo que en la iglesia de San Marcos, de Venecia, y en la iglesia del Santo Sepulcro, de Jerusalén.

La arquitectura árabe, de la que tantas riquezas tiene España, no fué sino el resultado de la combinación de las arquitecturas persa y románica con motivos decorativos de griegos, romanos, asirios y egipcios. Substituyendo los mosaicos persas por azulejos y llegando a límites inconcebibles en el dibujo crearon el arabesco, en cuyo inimitable dibujo no hallaron rival.

El estilo románico fué un tipo intermedio entre la decadencia del arte bizantino y la apariencia del arte gótico. Duró cerca de ocho siglos, se aplicó a la construcción de torres e



Estilo árabe. — Mezquita de Córdoba

iglesias y creó pocos tipos de belleza singular, entre los que debe contarse la torre inclinada de Pisa.

La Arquitectura que constituye la gloria de la Edad media es la oval, mal llamada gótica, pues apareció, no se sabe si en Francia o en Alemania, mucho después de haber sido arrancados los godos por los árabes. Es la arquitectura grandiosa y atrevida por excelencia, la de los arcos agudos, la de los arbotan-

tes apoyados en los botareles, la de los ventanales pareados, la de los grandes rosetones, la de los atrios bellos y severos, con todas las reminiscencias clásicas, bizantinas y románicas, que dieron origen a este arte que cuenta por miles los castillos, las iglesias y las catedrales de majestuosa grandiosidad. Los tres períodos del arte ojival, robusto, gentil y florido, abarcan un periodo de quinientos años, desde mediados del siglo XI a mediados del siglo XVI. Ese medio evo de dominio ha bastado para crear bellezas considerables, entre las que deben contarse las catedrales de León (robusta), Burgos (gentil) y Sevilla (florida), las de Barcelona, Salamanca, Toledo, La Seo de

Zaragoza; las de Friburgo, Colonia, Chartres, Rouen, Notre Dame de París, Siena y una infinidad de edificios civiles entre los que sobresale la Lonja de la seda en Valencia.

Cansados de la arquitectura gótica, los artistas italianos crearon un nuevo estilo que se llamó del Renacimiento, precedido del estilo florentino que duró poco y creó la espléndida catedral de Florencia. La excesiva sobriedad del adorno y la sujeción del gusto a los órdenes clásicos creó poco después el estilo grecorromano. El Renacimiento dio construcciones tan notables como San Lorenzo del Escorial, la iglesia de San Pedro en Roma, la iglesia de San Francisco en Rimini, el palacio de Carlos V en Granada, la Universidad de Alcalá de Henares, la catedral de San Pablo en



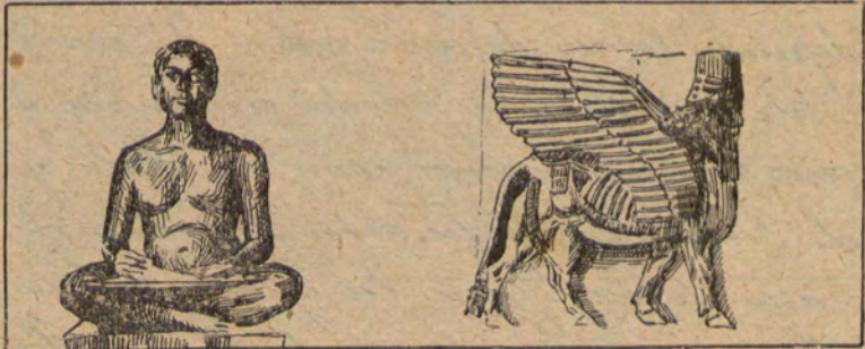
Estilo renacimiento.—Monasterio de El Escorial (Madrid).

Sondres y otras muchas.
De la sobriedad de la ornamentación se pasó al extremo que-
to, al recargo, creándose en Italia el
estilo barroco y en España el chur-
ruqueresco, ambos como una dege-
neración del lindo estilo plateresco
que fue el de transición entre
el arte ojival y el estilo grecorromano.

El Renacimiento moderno que
por su especial carácter huye de
las decadencias arquitectónicas de pa-
sados siglos, ha sido llamado neo-
griego, pero en realidad no está

definido; toma de cada orden, de cada estilo, aquello que pueda combinarse y crea magnificencias como la Bolsa y el Palacio de Justicia en Bruselas; el teatro de la Ópera, la iglesia de San Agustín y la estación de Lyon en París; el palacio de la Equitativa, la Casa de Correos, el Banco de España y el Ministerio de Instrucción pública en Madrid; el palacio de la Música Catalana, el Palacio de Justicia, el templo de la Sagrada Familia y el Hospital de San Pablo en Barcelona.

Toría inacabable el canto a las grandes humanas bajo el aspecto arquitectónico si fuese a particularizarse lo que aun no se ha dicho de los estilos noruego, uirio, holandes, uirio, turco, etc., porque la arquitectura local tiene también sus grandezas, su carácter, su historia, sus obras maestras. El mundo está salpicado profusamente de belloraz que pregongan la inagotable fecundidad del ingenio humano.



Escultura antigua. — Arte egipcio.— Arte asirio

XXIX

Concepto de la Escultura.—Origen del arte escultórico.—La escultura en los pueblos antiguos.—Obras notables en cada uno.

Después de la Arquitectura corresponde en las artes plásticas la mayor importancia a la Escultura, el arte mágico de reproducir la figura modelando, vaciando, tallando, fundiendo o esculpiendo en toda suerte de materiales, barro, piedras en general y especialmente los mármoles, marfil, madera, metales de diferentes clases y aun huesos de frutas y de animales.

Es la Escultura un complemento ornamental

de la Arquitectura y la esencia y el génesis de las artes decorativas y corresponden a ella infinitad de obras: los frisos decorativos de los remates en las construcciones, la estatuaria, la orfebrería y la cerámica. Comprende la realidad y la fantasía, esto es, la reproducción de los seres y objetos de la naturaleza y la concreción de todas las idealidades en formas imaginarias.

Realmente no es de un interés supremo averiguar si efectivamente la Escultura nació en la genial ocurrencia de la hija de Ribatades, alfarero de Sycione, que contorneó la sombra de su prometido Polemón en una pared, llenando después con barro la figura; si esta invención del alto relieve fué o no anterior a las primeras estatuas de mármol modeladas por Melas de Chias, si fué posterior al vaciado en bronce de los moldes de Theodoros de Samos. Lo positivo es que la escultura nació en los primeros pueblos de la antigüedad, cuando la familia salió de la caverna y se edificó para levantar las construcciones, de metal y de piedra al aire libre, en plena naturaleza.

Un recorrido muy a la ligera a través de los pueblos dará una idea un tanto aproximada del proceso que ha seguido la Escultura en su desarrollo hasta llegar al grado de esplendor en que hoy la conocemos.

Egipto antiguo tuvo su civilización; como esco-

siguiente tuvo su escultura que se dividió en cuatro períodos: menfita, tebano, saita y griego. Allí privó lo gigantesco que culminó en las celebres Pirámides, en la esfinge de Gizch, en la Hermosa y en los gigantes de Isambul, uniformes, sin elegancia, aquellos Ramsés descomunales, severos y grotescos que no hablan al alma y que plásticamente considerados, mueven a risa. La estatuaria egipcia se halla representada por magníficos ejemplares que aun se conservan, como la estatua de Ramké, el escriba arrodillado, el escriba sentado que se conserva en el Museo del Louvre, la estatua de jorfiado de Psamético que se guarda en el Museo del Cairo y muchas piezas de arte decorativo de gran gusto y de un mérito relevante de que acrece la estatuaria.

La Escultura en la Caldea fué en realidad un arte confuso del que se conservan estatuas y bajorrelieves en los Museos del Louvre y Británico.

En Asia el arte escultórico concedió la mayor importancia al bajorrelieve, notable por la ejecución juvenil e incorrecto por la figura. Se particularizó el estudio del movimiento en los animales y se dejó volar la fantasía creando los monumentales toros alados con cabeza humana que ornaban las puertas de los palacios. En

el Museo del Louvre se guardan, entre otros muchos, los bajorrelieves de Kouyunjik (Una cacería) y el Festín de Assurbanipal.

Persia sufrió la influencia egipcia y asiria. La obra más antigua es un retrato de Ciro en bajo-relieve. Hay en el Louvre, de París, obras escultóricas admirables llevadas allí de las inmediaciones de Persépolis.

En la India el arte escultórico en sus aspectos decorativo y ornamental fué en alto grado suggestivo por el conjunto; pero la estatuaria, pese al mérito de la ejecución, dio ejemplares que hoy tomamos por grotescos, como Budha en chelillas y otros terribles, como los dioses monstruosos de tres cabezas. Fué demasiado prodiga en estatuas yacentes de Budha, inexpresivas, y tan monumentales que hubo algunas, como la de Bangkok, que media 50 metros de larga. El arte indio se extendió por China y llevó su influencia e inspiraciones al Japón.

Antes que influyera el arte indio con sus Budhas colosales, China tenía su escultura propia de carácter religioso, pues las tumbas y templos se adornaban con gran diversidad de esculturas. Después se multiplicaron los relieves representando cere-

monjas de los monjes budhistas. Bajo la influencia greco-india el arte escultórico chino antiguo se reprodujo adquiriendo perfección y belleza de un gran gusto artístico.

En el Japón tuvo siempre la Escultura un carácter marcadamente nacional, aunque sufrió el influjo coreano, chino, indio, y griego. El arte japonés se elevó mucho en la estatuaria religiosa y se extendió grandemente por la rama decorativa. Lo monstruoso y grande, como una colossal estatua de Budha, de treinta metros de altura, es de origen indio.

Por lo expuesto se ve que en toda la Escultura antigua hay un secreto enlace y un cambio muy fuerte de orientaciones e influencias por lo que se refiere a la estatuaria, pero diferencias muy hondas en los motivos decorativos y ornamentales como complementarios de la Arquitectura.



Rodin.



Miguel Angel



Fidias

Los grandes "genios" de la Escultura

X X X

La Escultura en Grecia.- El renacimiento italiano.- Escuela española.- Escultura contemporánea.

Sobre el arcaísmo tan prodigo en Artemisas se levantó el que en un principio habría de ser insignificante y después colosal arte griego, cuyo más antiguo representante fué Melas a quien siguió Atenógenes, ambos creadores de las escuelas de Samos y de Diquina y Oicleone. Las primicias del arte griego fueron imágenes talladas torcamente.

Pronto se desarrolló aquel arte que habría de immortalizarse. A la torca talla siguieron los relevos de

apreciable mérito. Buena prueba de ello es el frontón de Ludovisi, que se conserva en el Museo nacional de Roma.

El estilo fino y la grandezza se revelan en el Discobolo de Miron y en la Amazona herida, de Policleto. Aquí empiezan las grandes figuras, los genios soberanos del arte, hasta que se llega a Fidias, dejando muy atrás el mérito de Kuanachos, el autor del Apolo Fidacio, en bronce, que había de ser copiado en otros muchos Apolos, uno de los cuales, el Apolo pionino se conserva en el Louvre.

Fidias está en la cumbre del arte griego; creó una escuela, el clasicismo con numerosos y notables discípulos, brillantes como Peonio y Colotes y magníficos como Alcamenes.

Une grandiosa la obra de Escopas, de Paros, según se revela por los restos de una cuadriga encontrada en unas excavaciones, por sus frisos, por sus leones, por sus estatuas de Artemisa y de Mausoleo y sobre todo por su escultura La victoria de Samotracia. Después de Escopas, la figura del gran Praxiteles, el ático, cierra el gran ciclo de la escultura clásica con su Apolo Sauroctono y Hermes con Dionisio niño, precursor, por sus líneas, de aquella Venus de Cnido que habrá de copiarse hasta la saciedad y siempre bellamente.

El gran Límpo, aquel genio de cuya cincel salieron modeladas 1500 estatuas, desvirtuó el arte clásico llevándolo hacia el retrato escultórico del que fue tipo soberano el retrato de Alejandro Magno.

grecia fué absorbida por Roma y convertida en provincia romana; entonces perdió su personalidad, sus artistas pasaron a Roma, desapareció el genio artístico helénico y ya no ha vuelto nunca más a renacer, sirviendo sólo de inspiración, ejemplo, modelo y enseñanza en todos los pueblos y en todos los tiempos.

La escultura de la Edad media no es, realmente, otra que la del Renacimiento que se inició en Italia, extendiéndose luego por los demás pueblos latinos. Hubo una legión incontable de buenos escultores hasta que se llegó a la sublime trinidad artística formada por Leonardo de Vinci, Miguel Ángel Buonarroti y Benvenuto Cellini.

Desde los comienzos del Renacimiento se vio la influencia cristiana en el desarrollo de las nuevas escuelas florentina y napolitana que se desligaron resueltamente de la trascendencia y que se caracterizaron por su severidad, belleza, estudio, vigor y atrevimiento.

Las obras de los tres colosos se hallan espaciadas por todo el mundo. Citaremos algunas: Perejo, de Benvenuto Cellini; San Jerónimo y Niño Jesús, de Leonardo de Vinci, y entre las innumerables de Miguel Ángel, La Virgen y el Niño, la Piedad, Cabecera de fauno, San Juan, las tumbas de Lorenzo de Médicis y de Julio II, Crísto (en el Escorial), Ninfa de Fontainebleau (en el Louvre), Cupido dormido, que esculpió a



Escultores españoles célebres

la edad de 20 años, y Baco, que le consagró en su fama inuperable.

Con Juan Bologna, francés de origen, el Renacimiento italiano concibió su decadencia. Produjo, sin embargo, bellas obras, como Mercurio y Rapto de las sabinas.

España fundó su escuela escultórica en Andalucía y Castilla, obra notable por su gravedad, sencillez y grandiosidad, inspirada por la Iglesia que impuso un sello particular a toda la ejecución artística. Fue algo mística, muy seria, inimitable en la expresión sublime de los rostros y con carácter marcadamente romano-gótico. Sembra de bellas obras las catedrales, las iglesias y los monasterios, y entre mil artistas notables alcanzaron extraordinaria renombre Berruguete, Cano, Roldán, Ordoñez, Becerra, Montañés, el gallego Gregorio Hernández y otros. Entre las muchas

obras notabilísimas de nuestros escultores deben citarse con pre-
ferencia El entierro de Cristo de Beurra; El Cristo de Mon-
tañés, y la Virgen del Rosario y la Concepción, de Cano.

El neoclasicismo convivió realmente con el veneziano Cano
va y sus discípulos Ferrari, Bartolini, Finelli, Fadolini, y otros; fue
realista y renació al propio tiempo las formas clásicas. España se
halla representada magníficamente en esta etapa contemporánea,
continuadora del Renacimiento, pues entre otros muchísimos se
consideran notables Bellver, Suñol, Nobas, Luerol, Benlliure, Llili-
monq, Sisillo, Alcoverro, Carbonell, Blay, Campeny, Inurri y otros.

¿Quién podrá citar la enorme cantidad de bellas obras que
se deben a la escultura contemporánea si los escultores forman fa-
langas en los países latinos, en los Estados Unidos, en Alemania
Inglaterra y Holanda?

A Canova se debe Peso veneciano; a Blanch, su hermo-
sa Victoria que pone una nota de romanticismo entre el clasi-
cismo y el arte moderno; a su discípulo Kiss, la Amarona, obra de
un gran genio; a Dubois Pigalle, Charitas, a Carpeaux, La
danza; a Barbiella, Canción de amor, grupo encantador y magnifi-
co; a Vallmitjana, La tradición y Cristo yacente; a Bellver, El
ángel caído; a Medina, Eurídice; a Alcoverro, Marte; a Sisillo
La primera contienda; a Nobas Jorero moribundo; a Benlliure,
estatua de prueba; a Campeny Cuerpo a cuerpo; a Llim-
ona Bienquer el grande.



Grandes genios de la Pintura

XXXI

La Pintura.-Caldeos, asirios, medos, fenicios y hebreos.-Resumen histórico de la Pintura en Grecia y en Roma.-Arte bizantino.

La Pintura comparte con la Arquitectura, Escultura, Música y Literatura, el encanto que las Bellas Artes ejercen sobre el espíritu del hombre. Arte plástica y arte óptica, la Pintura intuye el conocimiento de lo bello y es, como la Música, manifestación sublime del genio; pero en sentido inverso, pues mientras ésta crea siempre, en el arte pictórico se copia la Naturaleza en sus infinitos matices y modalidades.

Ocupa la Pintura el tercer lugar en las artes pictóricas, no por menor noble, sino por el proceso de su ejecución y desarrollo. No es posible señalar preferencias ni ordenadas manifestación del arte tiene su característica, su fisonomía inconfundible, su espíritu, su alma, su existencia particular, no menos ni más bella que sus hermanas.

Por eso la Pintura es también arte antiguo cuyo origen se pierde en la nebulosidad de los tiempos más remotos. Se manifestó entre los pueblos salvajes con carácter rudimentario como se manifiesta entre los civilizados como expresión sublime del arte. Y no hay pueblo que en Pintura no tenga su historia, que no haya creado una escuela o que no haya seguido la senda que le han trazado los genios de otros pueblos.

Para los caldos y avisos, este arte pictórico se manuscrito como decorativo en los azulejos policromos, los medallones juntaron en estuco y en ladrillos vidriados. La pintura mural egipcia fué monocroma en un principio; después conoció hasta diez y seis colores, pero no llegó a conseguir el alto nivel que alcanzaron la Arquitectura y la Escultura.

Los indios fueron quidos y sencillos en la Pintura, abusando de los frescos en la decoración de los muros, los dimos ocaron la miniatura y fueron inimitables en su dibujo de fantasía que si quisiera pudieron aventajar los árabes en el color y en la ejecución. Los jayoneses siguieron a su gran-

maestro Hokusai que enseñó como nació a coquear la Naturaleza en una brillantísima coloración.

La Pintura entre los fenicios alcanzó muy excesivo valor pictórico, pues no traspasó el campo industrial de la cerámica y de los esmaltes, entre los hebreos fué casi desconocida, aunque hay algunos críticos que sostienen lo contrario, atribuyéndoles a los judíos una cultura artística de la que no quedan pruebas en nuestros días.

Para hablar de la Pintura en la antigüedad es indiscutible contraerse a Grecia, verdadera cuna del arte sublime del colorido y de la figura; todo lo anterior pidece a su lado, no es ni siquiera el precursor. Cambia también la Pintura en Grecia períodos nebulosos, borrosos, como los tiempos legendarios y los heroicos, tornando en los primeros la rudeza, la nômera, la simplicidad que pudieron comunicarle las influencias de Siria, de Chipre y de Egipto, y en los segundos el adelanto positivo de la cerámica realizada por la aparición de la figura humana en sus dibujos.

La época histórica de la Pintura en Grecia comienza en el siglo V antes de Jesucristo, en el siglo llamado de Pericles. La Pintura pasa desde el muro y desde el vaso al lienzo, mejor dicho, a la tabla, y aun que no son, en verdad, grandes obras las de este comienzo de la gloria helénica, se hacen notar como artistas de gran talento Polignoto de Tarso que decoró el

templo de Teseo, en un estilo algo rígido que recordaba el arcaísmo primitivo; Leucis de Heradea, artista en quien pudo más su amor a la inspiración de los jónicos que la competencia de su rival Panhano de Egeo, también de la escuela jónica, que procuró dar amplitud y riqueza de colorido a las figuras.

Sycione formó escuela y contó muchos pintores célebres como Esmante, Pausias, Aristides, Lisipo, Pamphilo, Melanthro, Aricias y otros. La escuela de Sycione es la gran escuela dórica que inicia el esplendor de la pintura griega, la cual tuvo su mayor esplendor en la escuela alexandrina y en el que los críticos han llamado divino Apolo, superior a todos sus antecesores y contemporáneos, el gran pintor de Alejandro Magno, el de la figura justamente cognada, el que señaló el relieve de la pintura por la perfección del claro obscuro, el maestro de Perseo y el compañero de Acheliodoro de Nicofanes y de Protogenes de Rodas, el gran competidor que declaró noblemente ser inferior al que conceptuó como su maestro.

Después de Apolo comenzó la decadencia de la Pintura griega, cuando los procedimientos y los materiales se perfeccionaban. Ello fue debido según los críticos al afán immoderado de la cosa.

no dejando nada a la facultad encadora que tantas maravillas dio siglos más tarde en las escuelas Itálica y Esquanda.

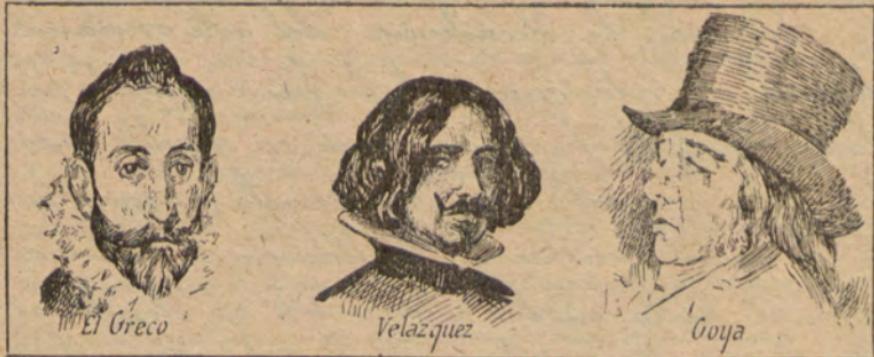
La muerte de Grecia da vida al arte en Roma, pero Roma tiene también sus manifestaciones fructíferas propias en sus orígenes etruscos. La pintura etrusca se distingue por el conjunto abigarrado de los colores y por la sencillez de las figuras, dentro de unos asuntos groseros de exterminio y muerte.

El arte romano dio importancia a las pinturas murales, alegres, frescas, llenas de gracia y atractivo porque representaban la vida cómoda y regalada. Los descubrimientos realizados en las ruinas de Pompeya y Herculano hacen pensar a los críticos que los romanos se limitaban a copiar las pinturas más notables de los griegos.

Se concepturnan obras notabilísimas del arte romano la casa de Lira, la casa dorada de Neron y las bodas de Aldobrandini, las cuales se conservan en Roma. Esta última se guarda en el Museo del Vaticano y es tenida por la colección más notable de la antigüedad.

Los frescos de la casa dorada de Neron son obra de inspiración, según parece, al gran artista Rafael.

Iniciada la decadencia del arte romano decaídos de esta época de los frescos insurales, produce un brillante resurgimiento en el estilo bizantino, salto formidable desde la escuela pagana hasta la escuela cristiana. El tránsito de una a otra se halla en las catacumbas, en donde las pinturas, a pesar de su torquedad, reflejan bien el sentimiento de la época, dando a los rostros expresión mística y de sufrimiento. La iglesia de Santa Sofía en Constantinopla y la basílica de Santa Inés en Roma conservan notables muestras de lo que fué el arte bizantino, todavía incorrecto en la forma a pesar de los progresos de la Pintura en los períodos precedentes.



Pintores españoles célebres

XXXII

Precursoras del Renacimiento.-El Renacimiento italiano.-Sus grandes maestros.-Grandes obras.-Otras escuelas.-Historia de la Pintura en España hasta nuestros días.

Hay un periodo de seis siglos, del IX al XV, en que se programa paulatinamente la venida del gran Renacimiento del arte pictórico, y en ese periodo se desarrollan la pintura gótica y la pintura latino-bizantina y se inicia el periodo primitivo del Renacimiento.

Coincidiendo con el desarrollo arquitectónico del arte ejival, la Pintura toma grandes vueltas y después de los exuberantes bizantinos y del estilo

grecorromano las iglesias cubrieron de frescos sus muros
y bóvedas, siendo aun débiles las líneas del dibujo e im-
perfecto el estilo. Poco a poco mejoró la Pintura y co-
menzó la primera época de gloria para los pue-
tros españoles de Cataluña, Castilla y Aragón, los
cuales latiniendo el bizantinismo, suyendo de la
fluencia flamenca de Van Eyck y su sucesio-
ne, en absoluto a la escuela italiana que habiendo
creado el Renacimiento, fundaron la escuela nacional,
escribiéndose entonces los nombres famados de Julián
Pérez, Rodrigo Esteban, Arnaldo, Calvos, Bonasa,
Dalmatiu y otros y sobre todo el de Alfonso Berruguete.

En el siglo XIII comenzó en Pintura el Renaci-
miento italiano que tanto había de influir en
los esplendoros del arte pictórico, atibuyéndose a Cin-
malucí, cosa muy dudosa, la gloria de haber creado
el nuevo arte, pero es innegable que fuó maestro
de Giotto, el verdadero iniciador del Renacimien-
to en el siglo XIV.

No es posible hacer aquí una exposición histórica
y ordenada de la marcha progresiva de la Pintura a pen-
te de este momento. Aquíore el arte tanta grandeza,
sugieren figuras tan coloradas, se producen tantas mara-
villas en el lienzo, se crean tantas y tan variadas es-
cuelas, influye de tal modo la otra pictórica en

la marcha de la civilización, se amontonan tales hechos, se extiende de tal modo por todo el mundo la influencia del arte y son tan grandes y tan opuestas y contradictorias las juicios que aun en el día manez a los críticos aquella balumba de grandezas que no hay medio de juntarlas para donde se componen que se producen las transformaciones de las escuelas. Es lo que desde el siglo XIV, y durante el transcurso de los siglos XV y XVI, el Renacimiento produce las escuelas italiana, flamenca, alemana, española y francesa, en cada una de las cuales hay un escuelo de pintores ilustres y una producción maravillosa que ha enriquecido los Museos de todo el mundo.

Los tres grandes maestros de la escuela toscana o florentina en el siglo XVI son aquellos tres principios gloriosos del arte que se llamaron Leonardo da Vinci, Miguel Ángel y Rafael, nombres gloriosos que verán encolados sueltos al mundo entero.

De Vinci se guarda como joyas de preciosidad en el La sagrada Cena, el famoso cuadro de Madonna Sisa del Gondolo, llamado el Resucitante La Gioconda, La Virgen de las Rosas, La Virgen con el rogaro de Santa Ana, los retratos

de Luis Porrúa y de Beatriz de Cotte, La Virgen, San Juan y el Crucificado y otros muchísimos más que se conservan en los Museos del Louvre, de Madrid, de Florencia, Nápoles, Roma, Milán, Londres y otras ciudades.

De la obra innumera de Miguel Ángel quedan resarcillas en los frescos de la Capilla Sixtina. Miguel Ángel desarrolló con incomparable perfección escenas del Génesis Dios haciendo brotar la luz en las tinieblas, Creación de los mundos, Separación de la tierra y de los aguas, Cocación de Adán y de Eva, La caída, El sacrificio de Abel, Deluvio y otras muchísimas. Pero entre todos los frescos de Miguel Ángel sobresale por su grandiosidad El juicio final, obra que se admira con justicia por todo el mundo.

En gran Rafael de Urbino, más conocido por Rafael, pintó a los 17 años el cuadro San Nicolás de Tolentino, causando el asombro de su maestro el Pougin. En el Louvre se guardan Acava Familia, San Miguel con el Ángel de las tinieblas vencido y arrojado a sus pies, La bella jardineera, La abadonaña y otros; en Madrid El Camino de Sicilia, La Virgen del Pez, La Peña, etc.; en Nápoles, La Virgen; en Londres, Santa Catalina de

Alejandría; en Roma, Petrarca. El Descendimiento y La Transfiguración, cuadro este último considerado como la obra más perfecta conocida en la Pintura. La fecundidad prodigiosa de Rafael dejó muestras de su genio en los Museos de Florencia, Bolonia, Parma y de otras muchas poblaciones. A Rafael se le ha llamado el Homero del Arte.

Desde estos tres colores en la Pintura todo es grande; no hay decadencia ni puede haber más que las creadas en el Renacimiento, todo se deriva de aquél resurgimiento poderoso y de aquella consagración del arte clásico y sublime.

Siguen las grandes figuras en procesión interminable y siguen los grandes cuadros llenando los Museos de todo el mundo.

En Italia, Andrea Mantegna (el Parto) pinta el Entierro de Cristo el Cerrano es proclamado como el primer colorista del mundo y deja para admiración de los gentes el Martyrio de San Pedro el dominico, la Victoria de Léronte y otros muchos cuadros, Pablo Uccello, el Verones Jacopo Robusti, el Tintoretto, Guido Reni, el Dominiquino, Ribera, Giordano y otros muchos mencionan la gloria que sus grandes maestros dieron a todos los auxiliares del Renacimiento.

La escuela flamenca dio al arte los nombres de Van Eyck, Elision, Bontz, Van der Weyden, Memling, y las tres coloradas figuras de Rubens que nos dejó el admirable Descentimiento, de Van Dick que nos legó Jesús crucificado, y de Brueghel, de quienes admiramos Aprendiendo la música.

En la escuela alemana sobresale Alberto Durero, en la holandesa el gran Rembrandt, el de los efectos mágicos de luz, en la francesa, Poussin; David el clásico, Vernet, Robert, Géricault, Delacroix y otros muchísimos.

La escuela española ha tenido como la italiana sello propio, inconfundible, así en los asuntos miticos y religiosos como en el retrato, en el género, en la forma humana de las figuras, en el color siempre adecuado a la luz brillante de su cielo turquizado. Sus grandes maestros tal vez se dejaron influenciar algo por el Renacimiento italiano, pero siempre dejaron el sello de su personalidad en todas sus obras.

No puede desconocerse la genialidad de aquella pleyade de artistas que formaron Pedro Berruguete, Antoni del Vivar con su Cece-Hec, Fernando Gallego, con su Decapitación del Bautista, Juan Fernandez Navarrete llamado el Tiziano español, Juan Pantoja de la

traje, el retratista, Llorente Coello, Juan Pacheco de Castro llamado el pintor de la corte sevillana; Luis de Vergas, Pedro Baeza y Vaca, Alfonso Vazquez, Moredano, Morales y Pablo Gismedo, los precursores de la gran época
española que se inicia con Pacheco, todos ellos
sonstas de la escuela sevillana; Vicente de Fozano, llamado Juan de Fozano, valenciano, a quien se lo designó
como el Rafael español; Bidalte, cuya Loreto
se admira en el Museo de Valencia.

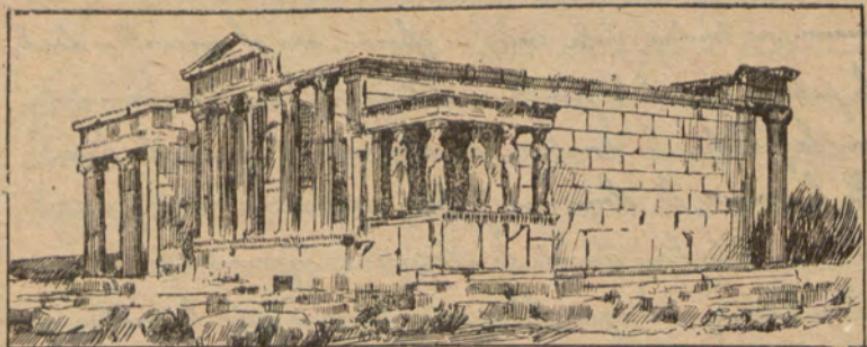
Son luego los siglos XVII y XVIII los del gran arte
español, cuyo introductor es el siglo XVI es el Greco
(Dominico Theotocópuli) que pintó El apostol de Eusto,
El Padre Eterno sosteniendo a su Hijo y otros cuadros
famosos; siguele Diego Velázquez, con su gran cuadro
La Cava y se llega a la magnífica escuela sevillana
con Zurbarán, autor de La Virgen y el Niño; Mi-
juelo, el divino, que compuso El bautismo de Cristo
Señor, La Purísima Concepción, Santa Isabel de
Hungria, San António de Padua y otros mucha
cuadros hasta el número de 100, de los cuales 47 se
conservan en el Museo de Madrid; Velázquez for-
mó la escuela sevillana madrileña y el disci-
pulo de Herrera levantase como la más alta
personalidad plástica que tiene España y dejó
al mundo cuadros sobrios de composición y.

color, como Los bocachos, El aguador de Sevilla, La Adoración de los Reyes, Reunión de hidalgos, La vendimia de Brada, (conocido por el cuadro de las lanas), Coronación de la Virgen, Retrato de Felipe II, Las monjas, Las hilandoras y otros muchos que se guardan en los Museos y principalmente en el nacional de Madrid; Alonso Cano forma la escuela granadina, conservándose en el Museo de Madrid el soberbio cuadro San Juan evangelista escribiendo el Apocalipsis.

Cuando llega la decadencia todavía tiene España una figura extraordinaria en Francisco Goya Lucientes, aragonés, el retratista de las clases populares, el de los paisajes inimitables de la catedral del Pilar en Zaragoza, el autor de El jinete de lora, La vendimia, Las monjas en el balcón, Retrato de doña María Luisa, y de otros muchísimos cuadros más, geniales, ricos de color y detalle, inimitables.

En el gran resurgimiento del arte moderno tenemos a Velázquez, que pintó ochos mil cuadros, Alonso, Federico Madrazo, Luis Miseral, Goya, Murillo, Otero y otros muchísimos, siendo de admirar los cuadros Desembarco de los peregrinos y Los Comuneros de Fisbert,

La Campana de Huesca y la Batalla de
Bailén de Basado del Alcalá, Enterramiento
en la Moncloa, de Palmario, La Cruz de Ma-
yo de Ferrant, Muerte de Lucrecia y Testa-
miento de Isabel la Católica, de Rosales, La
Virgen y Los domadores de serpientes, de Bo-
tany, La destrucción de Sagunto, de Domingo.
La salida de viudas de Madrid, Entierro de
Pan Loromos, de Vela, Un amor en Venecia,
de Martín Ríos, Exvoto, de Socolla, Da-
junción de la coruña, de Villegas, Muerte de
Elegueta, de Sierra, Recaudación de Gramada,
de Pradilla El príncipe de Viana de Mo-
reno Carbonero, La enamorada de Diós,
de Casto Plasencia; la Lección de Calceu-
mo, de Bellverre, El amor de la humi-
bre, de Riusiñol, Esque de ejecución, de Mí-
gell y otros muchos cuadros que a con-
tenares, a miles, copiados por palacios
y museos en Europa y América, pasego
van en alta voz que en España no
conoce el arte de la Pintura, que se
mantiene siempre grande y que, pre-
se a su modestia y humildad, es
siempre glorioso



El Erecteo en Atenas

XXXIII

Proceso de la formación de la Literatura.
Los buenos libros.- La mala literatura.- Juicios de grandes hombres sobre los buenos libros.

La verdadera espiritualidad que levanta a los hombres sobre las nubes de la vida, que los eleva a los espacios superiores, que los sume en estados deliciosos, que los desliga de la materialidad, que insa las lejanías del horizonte insondables en que se confunden la vida y la muerte, es el pensamiento, más allá, más grande, más sublime que todas las expresiones del Arte por que es la concepción, el genio de sus numerosas manifestaciones, su formación, su modelador.

Ese pensamiento que es el signo de la racionalidad hu-

mano no tendría vida, valor ni oficcia, sin el maravilloso don de la palabra concedido por Dios al hombre. Y con el pensamiento y con la palabra los hombres han compuesto el discurso, la frase bella, la oratoria, la elocuencia y han cantado en ritmos y en ritmos también han descrito la Naturaleza, superando en sus cantos al canto siempre mágico del ruiseñor, elevado entre la umbra y en el silencio de la noche.

Podrían desaparecer todas las joyas artísticas de todos los Museos del mundo; podría una catástrofe umiosa reducir a polvo todas las bellezas de la Arquitectura, podrían arruinar decor todos los instrumentos musicales de la tierra; la Humanidad se resignaría a vivir sin música, sin cantos, sin cuadros, sin estatuas, sin monumentos; pero no podría jamás concibir la existencia sin pensamientos, sin la materialización de esos mismos pensamientos, sin la vida común de las grandes ideas que templan, educan y elevan el espíritu. Esto que fue necesidad urgente, tan inmediata como las necesidades del organismo, creó la Literatura en todas las sociedades del mundo antiguo, dando forma y vida a la leyenda, a la tradición, a las narraciones del hogar, verdaderos fundadores del teatro primero, de la historia y de la novela de ayer.

Se cantó a la Naturaleza y surgió la Poesía dulce, cadente, sonora, nueva música sin notas; se concretó el pensamiento para comunicarlo con lingüera, con claridad, con vigor y energía y surgió el discurso, la oratoria, que alcanzó el grado de elocuencia cuando supo enardecer las frases, arrancar lágrimas a los

ojos y vibrar las cuerdas del sentimiento en todos los oídos.

¿Quién será capaz de puntualizar el origen de cada una de las manifestaciones de la Literatura? Antes que Tirtio inflamase a los espartanos con discursos candentes, ya el hermano de Moisés había hecho sentir el mágico influjo de su palabra en los campamentos del desierto y mucho antes que fueran los viejos patriarcas ante diluvianos habían magnetizado con la palabra a sus oyentes. Demóstenes, Cicerón, Catón, Catilina, Tertio, los grandes tribunos de nuestros tiempos, tuvieron sus precursores en aquellas lejanías remotas de la Historia en que surgió todo, en que se creó todo, en que nació toda

La serie incontable de inventos y descubrimientos que el género humano realizó en aquellos primeros siglos para mejorar la vida prestó ayuda inmediata a la Literatura y el pensamiento pudo materializarse, inmortalizarse, pasando de la piedra a la tabla, de ésta al papiro, del papiro al rollo de pergamino, del pergamino al papel y al libro. Así, aquellas estrofas que el viejo Homero de la épica heroica cantó por los pueblos de Grecia, han podido llegar a nuestros días a través de más de dos mil años.

Para nosotros ya la Literatura está domiciliada en el libro; en él se condensa todo el pensamiento humano y por él se universalizan las ideas y se extienden por todos los pueblos a favor de todos los idiomas, convertidos en patrimonio común de todos los hombres. Ha llegado a ser la necesidad espiritual por excelencia y a él se le han consagrado los más grandes y las más bellas frases.



El gran Homero cantando sus poemas

No hay gran autor, no hay mentalidad célebre que no haya consagrado a las letras y al libro alguna frase digna de evocarse.

Bacorón dijo que las letras son alimento de la juventud, y recreo de la vejez, asyendor en la proximidad y consuelo en la desgracia, y siempre compañeras del hombre en la soledad, en los viajes y en el retiro.

Petrarca hizo un largo elogio del libro en frases tan sentidas que ellas han dado vida a infinidad de sentencias, maximas y aforismos. Para Francesco Petrarca, genio inmortal de la Literatura italiana, "los libros eran amigos de todas las edades y de todos los países que le enseñaban a vivir y a morir".

Todas las grandes frases dedicadas al libro quedan condensadas en una sola que se ha elevado al grado de aforismo. "El libro es el mejor alimento y el mejor amigo".

Pero no toda la Literatura es buena, las amapolas que con su tono ríos manchan la alfombra dorada de los tulipanes ya

maduros, no son trigo, son solamente una preciosa nota de otoño que alegra la vista, hay belluzca que no es trigo; hay cítrana y carbón que abogan el trigo y lo desmedran, y así también hay perejil y aculea, rosas y adelfas, plantas venenosas que encierran mortíferos venenos, mitras y espumas que jumchan y hacen sangrar, un manzanillo que comida con la inmensa sombra de su copa mata con sus efluvios venenosos. En Literatura, por lo mismo que se impinge en el corazón y en el cerebro, hay una necesidad insensata de separar la cítrana del trigo, lo sano de lo dañoso; hay que procurarse contra las sugerencias del colorido con que se presentan los venenos del alma. Por eso recomendaba Balmes que en la lectura se cuidase bien de dos cosas: de escoger bien los libros y de leerlos bien.

Diderot decía que sólo conocía un libro que pudiera enseñar a una mujer a ser una herma y respetuosa, buena mujer y digna madre, y que ese libro era el Catecismo.

Poncia decía que no era preciso tener muchos libros, sino tener los buenos; para Lavatier no es libro bueno el que no estimula los sentimientos generosos, para La Bruyère un libro es bueno y hecho de mano maestra cuando su lectura levanta el espíritu e inspira sentimientos nobles y valerosos.

Por fortuna, la Iglesia tiene la Congregación del Indice para evitar que circulen los libros contrarios a la fe y a las leyes de casi todos los países se prohíbe sancionalmente la publicación de obras, por muy literarias que sean, que puedan causar daño en la moral del individuo y en las costumbres del pueblo.



Los grandes maestros de la Literatura

XXXIV

Recorrido histórico de la Literatura en España.- Obras notables.- La Literatura en Inglaterra, Alemania, Italia, Francia, Portugal, Estados Unidos y pueblos hispano-americanos

Se necesitarían muchas páginas para enumerar, siquiera fuese ligeramente, las obras literarias que han enriquecido el mundo desde el siglo XII en que alboraron los nuevos idiomas y se levantan las nuevas literaturas sobre las glorias del antiguo clasicismo hasta nuestros días, en que los literatos notables forman ejércitos. Para comprender en pocas líneas esa inmensa relación daremos una ligera idea del movimiento literario por nacionalidades, comenzando, como es justo, por la nuestra, tal vez la más brillante de todas en la Historia de la Literatura).

La primera noticia literaria que puede darse de España después que cesó la influencia romana se remonta a la aparición del primer Cronicón en tiempos del rey Alfonso III; anterior al nujano Gonzalo Berceo, primer poeta español, es el Mío Cid, poema castellano. Después de Berceo, de quien se conservaron doce obras poéticas, brillan las Cántigas, escritas por D. Alfonso el Sabio, monarca cuya obra literaria fué extensísima y abarcó la Poesía, el Derecho y la Historia.

Desde Juan Ruiz, arzobispo de Hita y príncipe de los poetas castellanos de la Edad Media, hasta Fernando de Rojas, literato en quien comienza el periodo clásico español, hay una legión de autores y poetas, algunos que alcanzaron renombre, como Pedro López de Ayala, Juan Alonso de Paena, Enrique de Villeda, el Arzobispo de Salavera, Alfonso de Madrigal (el Fóstado), Pérez de Guzmán, el príncipe de Viana, Hernando del Pulgar, Antonio de Nebrija, el marqués de Santillana, Juan de Mena y el famoso autor de Las Goyas, Jorge Manrique.

El primer periodo de nuestra literatura clásica abarca los siglos XVI y XVII, comprende el "Siglo de Oro" de nuestras Letras y escribe los nombres gloriosos de una legión de filósofos, teólogos, humanistas, historiadores, novelistas y sabios. En la Poesía se han escrito en oro los nombres de Orcilla, Zoraida de Vega, Góngora, Buenaventura, Rodrigo Caro, Boscán, Garcilaso de la Vega, Herrera, Baltasar de Alcázar, Rioja, Troy, Luis de León, Villegas, Bartolomé y Luperco Argensola, príncipe de Bujilachos y Jáuregui. Fueron excelentes dramaturgos Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Rojas, Moreto y Alarcón. Brillaron en la novela Cervantes, Hurtado de Mendoza, Matías Alemán, Barbadillo y otros; son notables Historiadores Florían de Ocampo, Garibay, Herrera, Coloma, Melo, Hurtado de Mendoza, Padre Mariana, Solis, Zurita, Las Casas, Monzalva y otros.

Después, en el siglo XVIII, hay una legión que incluye semejantes, tras un breve periodo de decadencia y el siglo XIX reverdece los lan-

reles del siglo XVI. Así tenemos listas interminables de poetas como Meléndez Valdés, Jovellanos, Moratín, Nicasio Gallego, Triarte, Samaniego, Quintana, Espriñeda, Zorrilla, Becquer, Jacinto Verdaguer, Núñez de Arce, Campoamor, etc.; dramaturgos y comediantes como Pamón de la Cruz, Moratín, Martínez de la Rosa, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Tamayo Daus, Serra, Ichegaray, Ayala, duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Jacinto Benavente, Hermanos Guimerá y otros; novelistas como el Padre Isla, Brueba, Fernández y González, Alarcón, Péreda y otros; historiadores como el conde de Toreno, Modesto Lafuente, Antonio Cánovas del Castillo, Práala, Amador de los Ríos, Milà y Fontanals, Menéndez Pelayo, etc.; oradores como Argüelles, Muñoz Tornero, Alcalá Galiano, González Bravo, Aparicio y Guijarro, Oñazaga, Ríos Rosas, Nocedal, Olivero, Martos, Castelar, Pi y Margall, Salmerón y otros muchos; y entre hombres de ciencias didácticos, filósofos, cronistas, todos escritores, destacan con marcado relieve los nombres de Covarrubias, Nuremberg, Saavedra Fajardo, Pedro Tejijo, Campomanes, Macanaz, Luján, Cea Bermúdez, Terrenas, Vista, Masdeu, Florente, Messenio Romano, Gayangos, Balme, Octamendi, Ramón y Cajal, Joaquim Costa, etc., etc.

Si la serie de nombres y lustres de nuestra literatura es interminable, más lo es la relación de obras que han alcanzado universal renombre. En la imposibilidad de citar todas las más notables, mencionaremos solamente algunas que conviene se hallen en la memoria de todos los ciudadanos celosos de las glorias patrias:

Tratado de la victoria sobre si mismo, de Melchor Cano; Guérman de Alfarache, de Mateo Alemán; La Araucana, de Alonso Brilla; La Celestina, de Fernando de Rojas; Vida del Lazarillo de Tormes, de Hurtado de Mendoza; El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, del gran Cervantes; Vidas de españoles célebres, de Quintana; La Atlántida y Canigó, de Verdaguer; El escándalo y Memorias de un testigo de la guerra de África, de Alarcón; Tanto por ciento, de Ayala; Historia de los trovadores, de Milà y Fontanals; Antología, de Menéndez Pelayo; El criterio, de Balme;

Historia de las guerras civiles, de D. Antonio Piralas, etc., etc.

La literatura inglesa ha dado nombres ilustres y obras admirables. En el niño hay en España que no haya leído con deleite Robinson Crusoe, de Defoe, y Viajes de Gulliver, de Swift. En español medianamente instruido no conoce Los Puritanos, de Hobroy, Ivanhoe, Waverley y Brinton Edward, novelas populares del tétrico Walter Scott. Menos populares, pero tan universales como éstos, son Shakespeare, el autor de Otelo, Hamlet, Romeo y Julieta, el más grande dramaturgo de la Edad moderna; Bacon, el principio de la prosa; Milton, el autor de El Paraíso Perdido; Carlyle, Macaulay, Sheridan, Stern, Falck-Keray (autor de La feria de las vanidades), Dickens, el cuentista inagotable, Richardson, autor de Pamela, y otros muchos.

Alemania es el país que tiene por alma literaria la literatura de los trovadores. Es el pueblo de las leyendas, de las canciones, de las baladas, de la filosofía atrevida. Tiene autores y obras notables. Leibnitz, el filósofo universal, autor de Ensayos sobre el entendimiento humano; Lessing, fundador del Teatro alemán; Klopstock, autor de La Merienda; Hoffmann, el extravagante autor de los Cuentos fantásticos; Röder, el novelista curioso; Heine, el gran poeta y filósofo; Kant, el filósofo de fama universal; Hauptmann, Bourger, Oberer, Schiller, el gran romántico autor de Los Bandidos y de una importante suma de obras dramáticas inspiradas en la Historia; Keller, Kerner, Benjan y otros muchos.

Francia es el plantel immenseo de la Literatura; la fuente que jamás se seca, la inspiración inagotable y cognoscente, el país donde los genios han formado por legiones; la lista de literatos y de obras literarias es allí interminable. Nos limitaremos aquí a dar una relación brevísima de lo más saliente desde el siglo XVI hasta nuestros días.

En la oratoria sagrada brillan Bossuet y Massillon; en la prosa, Descartes, Pascal y La Bruyère; en la poesía, Boileau,



Lope de Vega



Cervantes



Bécquer

Literatos españoles célebres.

Racine, Corneille, Molière, La Fontaine, Malliérbe, etc.; en el periodo revolucionario, Beaumarchais y madame Staél y los grandes oradores de la Revolución Danton, Mirabeau, Robespierre, Vergniaud Desmoulins tristemente trágicos; en la época romántica Lamartine, Victor Hugo, Musset, Stendhal y Mérimée; en el periodo realista Bernard, Renan, Saint-Baile, Daudet, Balzac, Flaubert, Montaigne, Maupassant, Sardou y otros numerosos más.

Portugal tiene a Vasco de Góis, a quien se atribuye la famosa obra Amadís de Gaula; al gran Luis de Camões, el poeta nacional autor de Las Lusiadas y al historiador Bento Braga.

América, con su historia de pueblo joven, no puede ofrecer literatura clásica ni escuela propia, pero comienza a tener movimiento literario de alguna importancia.

En los Estados Unidos hay ya una legión de hombres notables en las Letras: Edgar Allan Poe, autor de El Cuervo y de Cuentos grotescos, Timógenes Cooper, gran novelista; Emerson, moralista eminentemente filósofo; Irving, que escribió historia, viajes y novelas; Hawthorne, autor de La carta roja, novela filosófica, y Mistress Beecher, cuya novela famosísima La cabana de Torn, se hizo popular en todo el mundo y fue llevada al teatro.

Méjico tiene a Juan de Dios Pera, Castellanos, Acuña, etc., como poetas, y a José de Gutiérrez, Riva Palacio, Bontreras y muchos otros como novelistas.

Poetas cubanos notables son Heredia, Valdés, Zambrana, etc..

En el Ecuador son notables Olmedo y León Mesa.

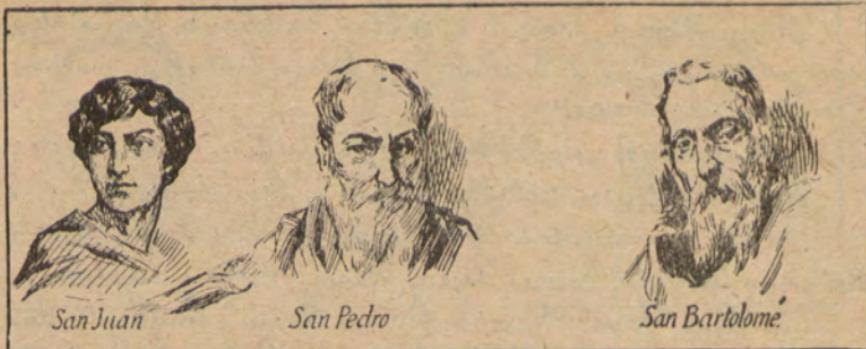
En Colombia cuenta la literatura con autores tan apreciables como Arboleda, Cáceres, Tejera, Isaac Sáenz, Ayala, etc.

En Chile, Caval, Escartín, Barros Arana, Sanfuentes, Andrés Bello (de origen venezolano), Walker, Bilbao y Medina. En Bolivia, Gómez, Miró Quesada, O'Connor, Villalobos, Kramer, Barrios y Ramallo.

En la Argentina, Hernández, Martínez, Andrada, Hidalgo, Obligado y el famoso Rubén Darío, poetas; Balcarce, Garmendia y Osantos, novelistas; Rosa Guerra y Juan Manso, dramaturgos; el doctor Túro, Mitre, Parniente, Mansilla y Delirio Rojas, historiadores.

Son también literatos notables los historiadores uruguayos Rodó, Acevedo, Magariños y Demaría; los historiadores venezolanos Baralt y Rojas; los colombinos Plaza, Caicedo y Uribe y los dramaturgos bolivianos Caballero, Aguirre, Laura Anzúategui y Vaca Gurrián.

La joven América progresó rápidamente en todo y poco a poco va creando su literatura con color propio, en ambiente distinto al europeo, aunque sin formar escuela todavía.



Los grandes Evangelistas

XXXV

Literatura bíblica.- Literatura griega.- Literatura romana.- Literatura árabe.- Algunas obras literarias notables de estos períodos de la literatura

La primera manifestación literaria del mundo es la literatura llamada bíblica, contenida en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Es la más antigua, de carácter religioso y social, compendio de Historia y de Moral y gran inspiradora de la literatura cristiana.

Las obras del Antiguo Testamento, de carácter histórico, son el Pentateuco de Moisés (Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio), el libro de Josué, el de los Jueces, los cuatro

de los Reyes, los dos Patriarcas, los dos de los Macabeos y las biografías de Ezdras y Nel·emias, Tobias, Judith y Ester; las obras de carácter moral son el libro de Job, el de los Proverbios, el Eclesiástes, el de la Sabiduría y el Eclesiástico; las oratorias son las obras de los Profetas, mayores y menores, y las poéticas son el libro de Ruth, el Gálatas o Gálatos de David, el Cantar de los Cantares de Salomón y los Éxvios de Jeremias.

El Nuevo Testamento tiene libros históricos como los Cuatro Evangelios y los Hechos Apóstolicos, libros didácticos y morales como las Cartas de San Pablo, las de San Pedro, S. Juan, S. Jaime, S. Judas y libros poéticos como El Apocalipsis de S. Juan.

En la Edad antigua son realmente grandes la Literatura griega y la Literatura romana. Grecia divide su historia literaria en cinco épocas llamadas mística, heroica, incierta, clásica y alejandrina. La primera es la de los cánticos religiosos e himnos triunfales. La segunda es la de Homero, el viejo y ciego cantor de la Híada y la Odisea, poemas épicos de universal renombre, compuestos hace más de dos mil ochocientos años. En la época incierta los rafudos que cantaban la genealogía de los héroes griegos dejaron el paso al gran Esopo, el fabulista, al bético Círteo, al filósofo Solón y al gran Anacreonte, padre de la poesía anacreónica, alegre, ligera y festiva.

Pero la Literatura griega no alcanzó su esplendor hasta la época clásica en que brillan con todos los esplendores de la gloria tales de Milteto, Platón (discípulo del gran Sócrates) con sus Diálogos platónicos, Aristóteles, con sus Problemas y sus numerosos libros científicos;

Hippocrates, el gran médico, con su Alforística; Herodoto, llamado el "Padre de la Historia", con sus nueve libros conocidos por Las Nueve Musas; Euclides con su Historia de la Guerra del Peloponés y Jenofonte, el profundo y lecundo historiador, político, militar y filósofo, rival enciclopédico de Aristóteles el sabio universal de su época.

Los oradores de la época clásica fueron los sofistas por excepción, Protígoras, Gorgias, Demóstenes y Esquilo, raros talentos que supieron aplicar dos razonamiento, contrarios a una sola tesis; los poetas líricos, Simoniades y Pindaro, el príncipe de la lírica griega cuyas odas le han conservado la fama hasta nuestros días; en el teatro brillaron como primero de los trágicos Esquilo, autor de Prometeo encadenado y de otras ochenta obras dramáticas; Sofocles, el autor de más de cien tragedias, cuyo Edipo rey es todavía obra maestra; Eurípides, autor de Alceste, de Hipólito y de Medea; Aristófanes y Menandro, cultivadores de la comedia.

No decayó el brillo de la Literatura griega ni aun en la última de sus épocas, en la alejandrina, cuando ya estaba próxima su absorción por Roma. Tuvo entonces a Teofasto y Eucteto y como filósofos y críticos, a Estrabón, Arquímedes, Galeno, Tolomeo y Euclides que escribieron notables obras de Gramática, Matemáticas, Geografía y Medicina; a Polibio, Plutarco, Flavio, Josefo, Diodoro de Sicilia y Dionisio de Halicarnaso, a quienes la Historia debe obras tan bellas como Vidas paralelas de Plutarco.

Si es grande y hermoso todo lo que la antigua Roma legó al mundo en recuerdos históricos y en materia de Derecho más

grande aim y mas digno de conservarse es el bagaje literario que nos ha transmitido, aunque Roma sintiese en algunas ocasiones un profundo desprecio hacia la Poesía.

Es verdaderamente formidable el numero y la calidad de los literatos que dio Roma durante los ocho siglos de su existencia. Los primeros en alcanzar renombre como oradores fueron Catón el Censor y los Gracos; en su época, la primera de la Literatura romana, aparecen los primeros Códigos del Derecho y los Diálogos cómicos o farras atelanas.

Plauto y Torencio levantaron el teatro romano con sus comedias y son en realidad las figuras principales de toda la segunda época de la Historia de la Literatura romana cuya edad de oro forma la tercera época desde Cicerón, 80 años antes de Jesucristo, hasta Seneca, 60 años después de la venida del Mesías.

En esa gran época destacan Virgilio, el poeta épico y bucolico, con su Eneida, sus Elogios y sus Georgicas, Horacio con sus Odas, Tibulo con sus elegias y Luvio Seneca con sus tragedias y obras filosóficas; su padre Seneca, hizo célebres sus Controversias, Catulo mereció ser llamado el primer poeta lírico de Roma; Galutio, historiador, escribió la Guerra de Ingurta y La Conjuración de Catilina; Marco Tulio Cicerón fue el gigante de la oratoria, cuyos discursos, obras retóricas, políticas, filosóficas, epístolas y diálogos forman una suma enorme de trabajo; Julio César que impuso carácter a su siglo, llamado siglo de Augusto, escribió sus célebres Commentarios; Elio Piso, historiador, que escribió Las Décadas en 112 volúmenes; el gran Vitruvio, aun hoy maestro de los arquitectos, y junto a estos una legión de hombres notables entre los que brillan algunos

españoles como el pedagogo Quintiliano, Columela, labrador, y Pomponio Mela geógrafo, autores los tres de obras literarias dignas de encomio.

La ultima época de la literatura romana la lloran los poetas aragoneses Prudencio y Marco Valerio Marcial, los andaluces Lucano e Itálico, los dos Plinios Viejo y Joven, el historiador cordobés Floro, los historiadores Quinto Cicerio y Tácito, los epigramáticos Juvenal y Ausonio y los apologetas cristianos San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio el Magno, San Ildefonso de Sevilla, San Cipriano, Prospero de Aquitania y Bertuliano, celebrado autor de Apología.

Ni antes de Grecia y Roma en los pueblos de Asia, ni después en Europa hasta los albores del Renacimiento esto es, en un periodo de cinco siglos, del VII al XII, hay literatura que abillante la Historia de los pueblos, salvo la obra de los árabes, entre los que hubo poetas como Aben Farach, de Jaén, y Aben Zaidim, de Córdoba; filósofos como Avempace y como Avempace, de Zaragoza y didácticos como el historiador Aben Habib, de Granada, y el fecundísimo Aben Harran que escribió más de 1.00 volúmenes de ciencias y artes.



Ilustres literatas españolas

XXXVI

La mujer en la Literatura.-Literatas españolas de la Edad moderna.-Grandes literatas americanas.-Literatas francesas.

Sería injusticia notoria cerrar los capítulos consagrados a la Literatura sin ocuparse de las glorias femeninas. Es cierto que muy de tarde en tarde brilla el genio de la mujer en el campo de la ciencia, pero no lo es menos que su brillante imaginación le ha valido en nuestros días ocupar un puesto muy honroso en la obra del engrandecimiento humano.

Después de haber escrito páginas subli-

mes de abnegación y de heroísmo en la historia de las tribulaciones y de los sacrificios humanos, la mujer quiere escribir las igualmente en la historia de los progresos y de la cultura. Es ya oradora en el foro, como abogada; es médica, es empleada, es maestra ya en todas las naciones; pero desde la profunda santa Teresa de nuestra edad moderna hasta hoy se revela también como escritora.

Las mujeres españolas han concursado brillantemente al esplendor de las Letras, borrando así la leyenda de incultura con que se ha vilipendiado siempre a la mujer en nuestra patria. Los nombres de santa Teresa de Jesús, Sor María Jesús de Agreda, Beatriz Galindo (La Latina), Jués de la Cruz y Oliva Sabuco forman en la Edad moderna, desde el siglo de oro, una magnífica constelación no tan numerosa, pero si tan importante, como la que en la época contemporánea forman la sin par Concepción Arenal cuyos Estudios penitenciarios alcanzaron gran resonancia; Cecilia Böhl de Faber, más conocida con el pseudónimo masculino de Fernán Caballero, autora de La Gaviota y Dendas pagadas, novelas de gran belleza; Joaquina Balmaseda, periodista, poetisa y novelista que escribió La madre de familia; Carolina Coronado que

escritó dramas, novelas y poesías de gran mérito; María del Pilar Simés de Marco, cuya Ley de Dios emociona a las niñas para quienes escribió la mejor de sus obras; Emilia Pardo Bazán, gloria de las letras españolas en nuestros días, novelista fecunda y literata que compite en valía con los más ilustres hombres de pluma de nuestro tiempo, Concha Espina de Terna, eminentemente literata, Julia de Aisen, Angéla Grassi, baronesa de Wilson, María de Echarri y otras. Aunque cubana de nacimiento, se considera como una legítima gloria española a Gertrudis Gómez de Avellaneda, autora de la tragedia Baltasar, de la novela Gatimocín y de un gran número de poesías, novelas y obras de teatro.

Cubanas son también Luisa Pérez de Lambrana, rival de la Avellaneda, que se distinguió en la Poesía desde la edad de zatorce años, y Eva Caritel, periodista.

Los países latinos de América empiezan a ser prodigios en brillantes figuras literarias femeninas. La Poesía y la novela tienen allí cuidadoso cultivo y así lo demuestran las argentinas Juana M. Zorrilli, cuyas descripciones son un modelo de fidelidad y a cuya pluma se deben novelas, narraciones y poe-



Carmen Sylva



Emilia Pardo Bazán



Concha Espina

Literatas españolas y extranjeras

sias en abundancia, y Juana Horro de Noronha; las bolivianas Lucinda Isaura de Campero, Hercilia Fernández, Natalia Palacios, y María Josefa de Mijia, autora de La Naga; las peruanas Aurora Cáceres, Mercedes Cabello y Carolina Freire, la genial poeta que ya a los catorce años de edad había escrito su primera comedia; las chilenas Lasteria Larriva, Rosario Orrego y Mercedes María del Solar, la primera y más grande de las poetas chilenas; la mexicana Ester Zapia, gran cantora de su patria; la salvadoreña Antonia Gálindo y la colombiana Soledad Acosta, una de las mujeres de más condición que se han conocido en América.

Apenas hay nación europea que no tenga en Literatura el nombre abrillantado de alguna literata contemporánea; pero es forzoso convenir en que, ex-

capturando los nombres de Victoria Colonna en Italia; de Anna Radcliff en Inglaterra, de la reina de Rumania que firmó con el pseudónimo de Carmen Silva, de María Bierné en Bélgica y la Baronesa de Sutner, en Austria, casi todos carecen de aquel abultado relieve que les da fama universal. Sin embargo, hay que hacer una excepción en favor de Francia que tiene algunos nombres de gran fama, como los de Madame Séverine, autora de Hacia la luz y Madame Dieulafoy, a quien debemos los españoles una serie de obras muy notables relacionadas con las cosas de nuestra patria, según puede juzgarse por sus libros El Teatro Español, Aragón y Valencia, Santa Teresa y algunos otros.

Además de estas dos notables literatas Francia cuenta entre sus escritoras contemporáneas los nombres de María Lévi, Gabriela Revel, Julia Allard (esposa de Landet) Julieta Adam, Lucía F. Carre Goyan, Margarita Eymery, más conocida por "Rachilde", Rosemunda Gerard, Lucía de la Rue, Margarita Audoux, Judith Gautier (hija del gran novelista de su nombre) Colette Ivor, Claudia Féval, Juana Dorrius, Juana Loiseau, Berta Le Barillier y otras muchas que han alcanzado verdadera popularidad en la nación vecina.

Estas escritoras, así como las españolas, americanas y algunas otras europeas, lo han invadido todo: la Filosofía, la Historia, el Teatro, la Poesía, escribiendo dramas, comedias, novelas, cuentos, artículos políticos y cuestiones sociales con gran acierto y patentizando siempre que en la mayoría de los casos pueden competir en cultura general con el hombre y algunas veces en profundidad científica, como sucedió en Francia con madame Curie, la cual, por aclamación del pueblo francés, ocupó en la Universidad de la Sorbona la cátedra de Química que había ocupado su marido. Y de cuando en cuando, como sucede con las escritoras americanas, la condición de éstas es tan extraordinaria que a veces supera a la de los hombres más eruditos.



Danzas guerreras]

XXXVII

La Música. - Su inventor. - Leyendas sobre el origen de la Música. - El canto. - Proceso histórico del desarrollo de la Música. - Músicos antiguos. - Influencia de la Música. - La Música y la Medicina.

La Humanidad sintió desde los comienzos de su vida la necesidad de espiritualizarse, esto es, de apartar el espíritu de todo lo que significaba cuidados de la vida material. De esa necesidad nacieron las Bellas Artes; la Música, la Pintura, el Dibujo, la Escultura y la Poesía.

Idealizar la vida, elevarla sobre el pesar de las miserias humanas, concebir un arte sin más inspiración que el sentimiento y ayudándose de la imaginación, dar formas tangibles y expresión a esa idealidad es algo sublime que no puede comprenderse si no es haciendo la afirmación de que el espíritu humano es un efluvio, un reflejo, un algo semejante al espíritu de Dios.

La Naturaleza tiene sus ruidos, sus rumores trágicos y espantables en las tempestades y en los desgarramientos; tiene susurros y murmullos arrulladores en las auras y en las brasas, tiene el encanto de las notas en el parloteo de las aves, trinos, melodías y algarabías pajariles. Pero en la Naturaleza no hay música, no hay combinación artificiosa de sonidos; esto ha debido idearlo el hombre dando manifestaciones sensibles a su inspiración. Se estaría escuchando los gorjeos del filquero y los trinos incongruentes del ruiseñor, ¿Por qué no había también de crear una música para su recreo?

La Música es tan antigua como la Humanidad. Se asegura que fue Túbal, uno de los hijos de Caín, quien inventó la flauta, el primer instrumento musical que apareció en el mundo, según el testimonio

de todos los historiadores. Pero si convienen en esto, ya no concordan más, porque las leyendas lejanísimas pierden en fundamentos cuanto ganan en belleza y fantasía. Como es consiguiente, todos los pueblos antiguos se atribuyen la invención de la música; los griegos la atribuían a Cadmo, el inventor universal de todos los progresos, y al dios Apolo; los egipcios a Osiris; los hebreos a Jubal.

El origen de la música está embellecido con fantásticas leyendas. En Grecia, donde todo gira en torno de los millares de dioses mitológicos, atribuían a Orfeo el don de amansar con su lira los tigres y los leones, mientras su canto hacia detener el curso de los ríos y agitarse las ramas de los árboles. Aufión, tocando su lira, construía los muros de Tebas, las piedras se colocaban por sí mismas al compás de las notas.

Según otra leyenda india, las uibres son atraídas por la música y fecundan los arrozales de Bengala; las notas se traducen en llamas y éstas consumen al cantor.

Las vagas o melodías de la India y de la China ejercían tanta influencia en aquellos pueblos que se llegó a considerar la música como



Los grandes genios de la Música

un elemento de gobierno.

El canto fué anterior a la música instrumental. Antes que Pan idease la flauta de su nombre y Minerva la flauta de muchos tubos, los griegos sabían cantar a coro dulces melodías y energicos himnos de guerra. Jamilis y Phales de Mileto perfeccionaron en Grecia la música instrumental.

¿Quién sabe el proceso que siguió el arte musical? Fue el griego Terpandro, del tiempo de Licurgo, quien inventó las reglas de la música y debió ser también el primer compositor porque la Historia refiere que con sus melodías sofocó una rebelión.

Platón y Pitágoras se ocuparon extensamente del arte musical; ya en su tiempo este arte alcanzaba gran perfección y daba buen número de compositores.

En el pueblo hebreo la música tuvo extraordinaria importancia; las legiones que acudieron Moisés en el desierto y José en Canaán cantaban salmos y ejecutaron composiciones musicales en el paso del Jordán y en los sitios de Jericó y de Ibaí. Los romanos comenzaron a sentir grandes entusiasmos por la música en tiempo del emperador Augusto. Ya en aquella época todos los pueblos tenían sus cantos, música suave, melodiosa, dulce, enervante en la vida de la paz: salvaje, energica, ruda, estridente en tiempo de guerra, un canto que resonaba en gritos agudos que retumbaban entre montes, como el irinich guerrero de los eskimos, o que resbalaba por las llanuras como el aullido de los espartanos al entrar en combate.

Es indudable que la música ejerció gran influencia en la antigüedad como la ejerce ahora sobre los pueblos y sobre los individuos.

Furio, el cojo, el raquítico que escapó milagrosamente al despenamiento en el juzgado, el simpático ciudadano maestro de niños, fué enviado por Atanas como general de los lacedemonios y con su canto inflamó el espíritu de los soldados conduciéndolos a la victoria.

Furio, flautista de Alejandro Magno, ejeci-



Músicos y compositores célebres

taba o calmaba con sus melodías al gran conquistador; Empédocles tocando un lira evitó un homocidio; Pitágoras, con su música, calmó a un iracundo que empuñaba un arma dispuesto a matar a su enemigo; Stradella se salvó de una venganza gracias al encanto de su música, en la batalla de Quebec, en 1760, los escoceses que habían abandonado las filas volvieron por su honor cuando oyeron el aire nacional tocado por las cornamusas de sus regimientos; los cristianos de las catacumbas se animaban al sacrificio entonando tiernas y místicas canciones; el célebre Farnehi calmaba con sus tiernos cantos los accesos de hipocondria de Felipe V.

El efecto del canto y de la música es glorioso en las multitudes y en los ejércitos; la His-

toria cita muchísimos ejemplos, sobre todo durante las guerras napoleónicas. Los cantos militares de Fíreos, más patrióticos que guerreros, conducían infaliblemente a la victoria. Los griegos no sabían entrar en combate sin entonar el Péan, himno guerrero en honor de Marte.

Los hombres han sabido sacar gran partido de la influencia que inquegablemente ejerce la música sobre el individuo, convirtiendo el arte divino de Orfeo y Anfión en tratamiento terapéutico para la curación de muchas enfermedades del espíritu porque la música obra sobre la imaginación y sobre el sistema nervioso. Sobre todo, la música se convirtió en recurso, ya desde la antigüedad para curar las enajenaciones mentales. El gran médico Celso, del tiempo de Augusto, se hizo célebre por el tratamiento musical, como igualmente adquirió fama por lo mismo otro médico notable, Celio Iureliano. Se han referido muchos y muy notables casos de curación de la locura por medio de la música.

Autores muy serios de la antigüedad,

como Homero, Galeno, Teofrasto, Aulo Gélio y otros creían que con la música se curaban la ciática, el reuma, la peste, la gota, etc.; en la Edad media hubo sabios y médicos como Kirches, Desault y otros que afirmaban, con la fe del convencido, que la música curaba la tisis, la peste, la gota, la hidrofobia y mordeduras de animales venenosos.

Aunque mantengan la veracidad del hecho personas serias, las gentes ilustradas no admiten la superstición de esas originales curaciones.





Los domadores de serpientes

XXXVIII

Influencia de la Música en los animales. - Origen de las músicas militares. - Instrumentos musicales. - Regeneración del arte musical. - Músicos ilustres. - La Ópera. - Rariedades musicales. - Músicos y cantantes célebres. - Músicos y recónditos.

No es una expresión vacía de sentido lo de que "la Música amansa las fieras". Está plenamente comprobado que la música y en general toda sonoridad acorde o desacorde influye de un modo visible en muchísimos animales.

Los perros sufren otros dolores en el timpano al percibir los sonidos de algunos instrumentos como el corno, el violín, etc. Se han dado casos de que estos sonidos les produjeron la muerte. El gato maulla mientras dura una tocata musical; es frecuente, sin embargo, verlo acer-

cerse al piano y parar sobre el teclado cuando se acaba una pieza musical. La música gusta a las fieras, por regla general, pero en cambio las asustan ciertos ruidos o sonidos. El león se asusta del canto del gallo y gusta del redoble de los tambores, en cambio este redoble produce un efecto desastroso en los tigres, que se desatan mutuamente; el elefante se asusta del gruñido de un cerdo y de un trompetazo y oye impasible el rugido de un león; los leopardos saltan sobresaltados si oyen una palmada; los aves de rapina se asustan de los sonidos estridentes y por eso en Pekín las palomas llevan en sus alas ligeros silbatos de bambú que, con el vuelo, producen ruidos agudos y muchas veces musicales, son animales amantesísimos de la música el caballo que sabe marchar a compás de las notas, los ratones y los conejos de Indias que se acercan a los hombres sin temerles cuando oyen la música; en general los insectos y más que otros algunos la araña que llega a posarse junto al músico y amasaobre él; los lagartos se extasián oyendo una fiesta musical; los pájaros guardan un silencio extraordinario en tanto dura un concierto y promueven algarabía tremenda en cuanto cesa; los reptiles ofidios se adormecen tanto que se ha llegado a crear en Asia y África el oficio de encantadores de serpientes; un gramófono tocado en una selva en el silencio de la noche produce un terror indescriptible entre las fieras, y en cambio cuando los animales permanecen juntos cuando se llaman entre los ruidos de una gran batalla.

Conocida la influencia que la música ejerce sobre los animales, se sacó de tal descubrimiento el mayor partido posible y se ha llegado hasta el extremo de dar conciertos experimentales a los animales (como el famoso del día diez jardines del año sexto de la Revolución francesa).



Concierto dado por una banda militar

en el Jardín Botánico de París) con gran resultado.

Youngnados estos datos sólo a título de curiosidad, volvamos a la influencia que la música ejerce en el hombre. Desde antiguo se observó que los estados del espíritu humanos variaron por la sugerión de la música. El hombre siente nostalgia y tristeza, una alegría retorznal o una exaltación de sus ardores bélicos según que la música sea dulce y languida, iracunda y revoltosa o bravia y aspera. De tal observación arranca el origen de los cantos populares, de las composiciones orquestales y de las músicas militares o guerreras.

Según la tradición, Semón-Pulio dividio el pueblo en centurias, dos de las cuales se componían de tambores de instrumentos y de estos tambores se enviaron músicos a las diferentes ciudades en que se dividía el ejército. He aquí sencillamente expuesto el origen verdadero de las primeras músicas militares. Esta organización musical-militar tuvo como antecedentes las bandas de trompetas de los hebreos y los himnos de guerra que cantaban antes de lanzarse al combate. Los griegos habían tenido ya el canto de la Perica, canto y danza en la que armados los

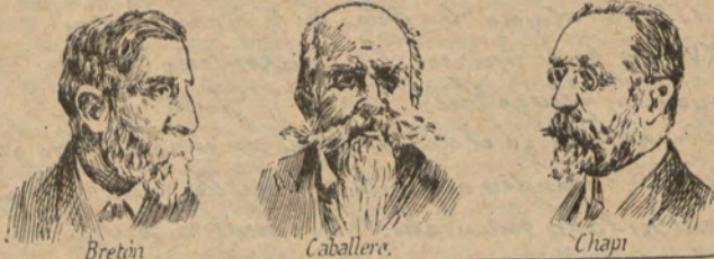
jóvenes verificaban al son de la música todas las evoluciones del combate. En Esparta, según las leyes de Licurgo, todos los niños desde los siete años en adelante debían cantar y bailar danzas guerreras.

Los instrumentos primitivos que se emplearon en las músicas militares fueron las flautas, liras, laúdes y trompetas. Los griegos usaron preferentemente las flautas; los romanos las trompetas. Los tambores no aparecieron hasta el fin del imperio romano.

Durante la Edad media se emplearon como instrumentos de las músicas militares las campanas y las campanillas, los tambores, las trompetas, los fijanos, los tamboriles suizos, las bocinas, cuernos, gritos y clarines.

Más tarde, en el siglo XVI, aparecieron los cimbals o platillos; en el siglo XVIII el bombo, importado de Oriente, tal vez de China, en donde la música era siempre ruidosa y cascabelera. Las primeras bandas de música militares con la organización e instrumental con que hoy las conocemos fueron alemanas y luego las copiaron en Portugal, Francia y Rusia. Hoy las bandas de música militares son numerosísimas y notables por regla general.

La música moderna no ha llegado al grado de perfección que alcanza sin el auxilio del canto y sin un proceso originario demasiado largo. Fue San Ambrosio quien inventó el canto claro en el siglo IV. En aquellos siglos de duro quererar y de temendas convulsiones sociales, la Música se refugió en la Iglesia, tomando gran vuelo la música sagrada. Fuera de los templos sólo podía oírse algún canto guerrero que espeluznaba porque era signo y anuncio de matanzas. En el siglo XI nació verdaderamente la música moderna, gracias a la invención de la escala musical.



Músicos españoles célebres

realizada por el monje benedictino Guido de Arezzo.

Comenzó entonces una nueva era musical que ofreció al arte muchas vicisitudes, llegando poco a poco, a una lamentable decadencia. Gracias a Francia y a Inglaterra comenzó a regenerarse el arte musical, distinguiéndose en esta labor Dupre, Dufay, Rosta y otros. Luego llegó el arte musical de Italia, dulce, suave, majestuoso, multiplicándose los compositores entre los que fueron notables Scarlatti, Farini y Tartini. En el siglo XVIII brillaron en Italia Bergolene, Paisello y Cimarosa, y en Alemania, con el gran resurgimiento musical, Bach, Haydn y Mozart, y en Inglaterra, Haendel.

Pero es, sobre todo, el siglo XIX el gran siglo de la Música; siglo durante el cual se han escrito los nombres más ilustres: los de Rossini, Donizetti, Bellini, Verdi y Giacubini en Italia, los de Gounod, Thomas, David, Bizet y Dubois en Francia, los de Beethoven, Weber, Meyerbeer y Wagner en Alemania; los de Arrieta, Doctor, Soler y Paravicini en España y el famoso de Paderewski en Polonia.

La Ópera, que había tenido su origen en Italia hacia el año 1600, alcanzó su máximo desarrollo en el gran siglo

gracias a los músicos que acabamos de citar. No alcanzó fama hasta el año 1590; los italianos Jacopo Peri en 1594 y Vicchi en 1597 introdujeron las arias en la ópera. Despues, en el siglo XVIII, la perfeccionaron los compositores Scarlatti, primero, y luego Bulli, Hasse y Gluck.

Hoy alcanza ya el arte de Orfeo un maravilloso grado de perfección, llegando al punto de crear las más extravagantes excentricidades musicales. Se toca música correctísima con gallos, liebres, campanas y campanillas, teclas de cristal, botellas, etc.; pero las dos razas mayores que registra clara musical son sin duda la de 1778 y la de 1836.

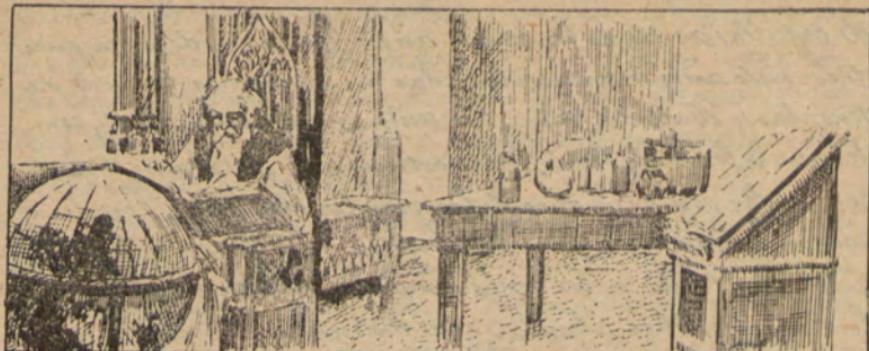
La música compuesta por el italiano Sarti en 1778 es, sin duda, lo más original que se conoce. Para conmemorar la toma de una ciudad se ejecutó un Te Deum a cañonazos. Los cañones, de grande y de pequeño calibre, se disparaban en un patio a compás de ciertos pasajes musicales. En 1836, en Krasnoj-Selo, las masas corales ejecutaron cantos cuya introducción la formaron 120 cañonazos, marcándose el compás con disparos de cañón verdaderamente ritmicos.

El arte musical ha escrito numerosos gloriosos como los de todos los compositores que hemos citado; cantantes como el gran Bamberlick, Gayarré, Rita Rufe, Camuso y Adelina Patti; violinistas como Sarasate, Guelbenzu y Tortorey y pianistas como Rubinstein.

En ninguna de las Bellas Artes se han revelado genios tan numerosos, tan fecundos y sobre todo tan precoces como en la Musical. La Historia ha escrito con asombro los nombres de estas portentosas precocidades. Orlando Lasso, de Mons, hizo su célebre pieza de canto antiguo de los doce años; Bulli tocaba de un modo muy notable la guitarra siendo aun muy niño; Richard de la Lande, parisien, aprendió el violín sin maestro antes de los quince años, y además el clavicordio, el bajo y algunos otros instrumentos; Campora, provenzal, fue maestro

de casillas antes de los veinte años; Pameau, de Dijon, antes de los siete años interpretaba todas las partituras que se le presentaban; Haendel, sajón, era músico a los ocho años y compositor a los diez; Bach, todavía muy niño, tocaba en el clavicordio las composiciones de los grandes maestros; Pergolesse, romano, era ya un gran compositor a los trece años; Haydn, austriaco, tocaba a los cinco años y compuso una misa a los tres; Winter, alemán, era violinista a los ocho años; Mozart tocaba y componía a los cuatro años y a los seis se le consideraba un gran músico; Kreutzer, versalles, era músico a los cinco años y a los trece obtuvo una cuorona osaciana en un concierto; Beethoven era un gran violinista a los ocho años; Paganini lo fue a los seis; Meyerbeer, Berlino, fue pianista a los cuatro años; Mendelssohn era compositor a los ocho años, y en España, en nuestros días, tenemos al gran Pepeito Carrila que a la edad de cinco años daba ya conciertos estabísimos de piano, a Juan Alment que los daba a los siete años y a Laguita Madrid que los daba a los once, habiendo corrido ya todos los Palacios de Música de la América del Norte antes de haber cumplido la edad de diez y siete años.

El arte de la Música es el arte divino por excelencia, el arte universal de todos los pueblos, de todos los hombres, el que ha proporcionado a la Humanidad mayores consuelos, mayores alegrías, y el que más contribuye a pesar de todo en las grandezas de la vida humana porque es también el que toca más fuertemente todas las fibras del sentimiento, el que con más fuertes espasmos y extremo cincuenta conmueve nuestra delicada sensibilidad.



La ciencia se refugió en los conventos

XXXIX

Las Ciencias.- La Ciencia en la antigüedad.- Hombres de ciencia, ingenios.- La Ciencia en la Edad media y en la Edad moderna.

Una de las expresiones mas completas de la inteligencia humana es la Ciencia, y es de las más completas porque requiere, para dedicarse a ella con fruto, un juicio claro, razonador y comprensivo. Además, la Ciencia no depende del hombre de ciencia, como la ley no depende tampoco del legislador que la establece y la dicta. La ciencia es sola una e inmutable, existe por sí misma y se llega a ella por los caminos del estudio y de la investigación relacionando todas sus manifes-

facciones. Por esto entendiendo lo anterior, los grandes filósofos de la antigüedad comprendieron las Ciencias bajo la denominación de Filosofía Natural.

Las ciencias se dividen en dos grandes grupos: ciencias divinas y ciencias humanas; y subdivididas éstas en cinco grupos, a saber: Físicas, Matemáticas, Metafísicas, Lógicas y Morales.

El origen de las Ciencias se remonta a los tiempos más antiguos, emperando con el hombre de las cavernas que aprende a cavar foscamente las pieles para resguardarse del frío, a construir armas de piedra para defendese, y más tarde a levantar sus viviendas más comodas que las cavernas y que las grutas naturales. Todo ello, al parecer, de carácter muy industrial y utilitario, pero en el fondo sujeto a principios de ciencia muy rudimentarios.

Más adelante, pero dentro de ese período casi desconocido del hombre, los primeros rudimentos científicos van evolucionando a ondas de la inteligencia humana: el hombre ya cuece el fuego frotando ramas secas o golpeando el estalivo y la yesca. Tal descubrimiento, como muchos otros, no fué tal vez debido al raciocinio, sino a la casualidad; pero también otras veces la curiosidad, aun en inteligencias poco despiertas o cultivadas, la curiosidad del hombre dio origen al descubrimiento.

En las sociedades formadas primitivamente las Ciencias tuvieron cierto carácter privativo, pues las usufruían los sacerdotes de las primeras religiones.



Grandes sabios de la antigüedad

La primera civilización en que las Ciencias pasan a ser conocidas por todos es la griega, en donde los filósofos incluyen en la llamada Filosofía todos los principios de ésta, el Derecho, la Teología, la Metafísica y ademáis todas las Ciencias. Por eso el filósofo no era sólo un pensador, sino un sabio, un hombre que arrancaba sus secretos a las leyes de la Naturaleza. Así, pues, entonces, cuando las Ciencias, aunque sin orden ni concierto, pasaron al vulgo y fué también entonces cuando alcanzaron cierto grado de elevación las Matemáticas y la Física.

De la ciencia griega quedan todavía hoy notables reminiscencias. Prueba de ello son los descubrimientos de Arquímedes, filósofo griego que nos legó su famoso Principio y el jornillo o elevador de agua, aparato precursor de las bombas hidráulicas, si no por la forma, por la idea que representa. A este sabio se le deben también algunos progresos de la Astronomía. Otro sabio de la

antigüedad, cuyos estudios son base de los actuales, es Euclides, maestro de Sócrates, que enunció el conocido Postulado. Este descubrimiento es la base de la Geometría hoy admitida y que por eso se llama euclídea.

Otros hombres de ciencia de la Grecia antigua, que han dejado importantes descubrimientos, son:

Pitágoras, astrónomo, geómetra, filósofo, teólogo y naturalista. Según se ve, poseía extensos conocimientos. Se distinguió especialmente en las Matemáticas y en la Astronomía. Demostró que "el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma del cuadrado de los catetos", estableció la teoría de los ipsojerímetros para hallar la longitud de la circunferencia y halló y demostró leyes respecto al movimiento de los astros, siendo uno de los primeros astrónomos que supusieron tal como es en realidad el sistema solar y precediendo con esta teoría a Copérnico que la reprodujo en Italia posteriormente.

Empédocles, filósofo y naturalista que pereció al realizar una excursión científica al cráter del Etna. Dejó muchas obras de mérito.

Léntipo y Heraclito que sentaron la teoría de la división del cuerpo y de la materia en átomos, sobre cuya teoría se basa la Química.

Además de los ya citados, se distinguieron en las Ciencias Hipócrates, gran médico, cuyas obras fueron durante largo tiempo el fundamento de la Medicina; Démocrito, astrónomo que

sento el principio, sin el auxilio del telescopio, aún desconocido, de que la Vía Láctea era una gran reunión de estrellas; Phales de Mileto, que demostró muchos teoremas geométricos descubiertos por él; hizo grandes estudios en trigonometría y en Astronomía, explicando las causas de los eclipses e igualmente los solsticios y los equinoccios; Anaximandro, que inventó los mapas geográficos y los signos del Zodiaco; Platón, que inventó una buena parte de las Matemáticas y el análisis geométrico y descubrió y demostró muchas propiedades de aquéllas; Vitelo, que ideó el uso de las letras del alfabeto en los cálculos matemáticos. A estos sabios siguió otro número considerable de naturalistas, médicos, astrónomos, y matemáticos a cada uno de los cuales debió algo la civilización de la Grecia antigua.

Es de notar que de allí partieron todas las ideas y teorías que, en todos los ramos de la Ciencia, fueron base para darle un carácter más general y para el desarrollo que había de alcanzar en parte de la Edad media y en la Edad contemporánea. Otros países como Roma, Persia y Egipto hicieron grandes progresos en las Ciencias, pero, igual que en las Bellas Artes, dependieron de Grecia: y evolucionaron según los adelantos de ésta. Por esto, los grandes inventos y descubrimientos antiguos son casi todos de los griegos o de sus discípulos.

Sin embargo, como ya hemos dicho al principio, estaban confundidas las Ciencias y la Filosofía hasta que Aristóteles dio el ejemplo de considerarlas como cosa distinta una y otras, es-



Arquímedes

Cicerón

Galileo

Los grandes sabios de la Humanidad

scribiendo muchos tratados de las diferentes ciencias, especializándolas. A partir de este momento evolucionaron más rápidamente todos los conocimientos.

Luego se produjo un gran paréntesis en la marcha progresiva de las Ciencias después de la decadencia del Imperio griego. Los romanos conservaron la Ciencia adquirida por los griegos, pero la mantuvieron estacionada. Sobreviene la ruina del Imperio romano y con la Edad media, cuyos comienzos son de lucha, de destrucción y de barbarie, la Ciencia se refugia en la Iglesia, siendo generalmente los frailes los que la conservan y aumentan en el transcurso de algunos siglos.

Durante la Edad media, no obstante, se verifican muchos descubrimientos en Química, Física, Mecánica y Matemáticas: inventándose la pólvora y las armas de fuego; verificándose muchos experimentos que dan lugar a la demostración de

leyes químicas e ideándose la teoría de los logaritmos.

En la Edad media se distinguen Leonardo da Vinci, el pintor, mecánico, arquitecto, matemático, físico y químico que ideó el primer aeroplano que, aunque sin motor ni resultados prácticos, se hallaba conocido como los actuales, basándose para su construcción en el vuelo de las aves; Newton, gran matemático, que descubrió las leyes de la gravedad e hizo interesantes estudios sobre el péndulo; Galileo, que demostró la rotación de la Tierra, y otros muchos que citaremos más adelante, al enumerar los principales inventos, y que dieron con sus estudios un empuje formidable a las ciencias.

En los siglos XVI y XVII comienza el verdadero esplendor de todas las ciencias, haciendo muchos inventos que alteran profundamente la vida humana; tales son la electricidad y sus aplicaciones, el vapor, el microscopio y el telescopio, la circulación de la sangre, el gas del alumbrado, los globos y aeroplanos, el ferrocarril, el automóvil, la navegación submarina, la telegrafía sin hilos, la telefonía, etc., etc.



La Industria

XL

La industria.- Inventores célebres.- Grandes inventos y sus más inmediatas aplicaciones industriales.

Ocasionalmente hay un invento motivado por los progresos de la Ciencia que no tenga inmediatas aplicaciones industriales, muy especialmente si los inventos derivan de los estudios físicos químicos. Tales aplicaciones influyen de una manera inmediata en la vida, modificándola, mejorándola siempre.

Tal sucedió con la fotografía, que creó una industria que no existía, y con las máquinas de vapor que, aplicadas a la navegación, operaron en ésta una gran revolución, acortando las distancias por la mayor velocidad y dando a los barcos la propia-

dad de moverse por sí mismo sin depender de los vientos. Igual puede decirse de la pólvora, de los explosivos en general, de la electricidad, del gas, de la hulla, etc., etc.

En la antigüedad la Industria fué tan rudimentaria como la Ciencia. Es lógico presumir que las primeras industrias fueron las relativas a la habitación humana, al vestido, a la transformación de muchos productos alimenticios, a la caza, a la pesca y a las armas. Los escasos documentos prehistóricos que han llegado hasta nuestros días comprueban que las industrias primitivas fueron toscas, de gran rudeza y por lo general imperfectas. Han sido necesarios muchos siglos de un trabajo improbo para llegar al grado de perfección en que hoy las conocemos.

Todos los principales inventos de la Humanidad han tenido inmediatos fines prácticos y utilitarios. Una relación de los más notables bastaría para demostrarlo:

El aeroplano, invento antiguo, pero que no ha sido llevado a la práctica hasta 1905, por los hermanos Wright. Ya Leonardo de Vinci inventó un aparato de esta índole, y en Francia, hace dos siglos, se idearon naves aéreas destinadas a invadir Inglaterra. Ocurso es decir que tales invenciones no pasaron de proyectos. El aeroplano es hoy un terrible aparato de guerra, pero está llamado a producir una profunda revolución en las comunicaciones, servicio postal y transportes.

El automóvil fué inventado en 1885 por los mecánicos

franceses Dion y Bouton. Las primeras pruebas estuvieron a punto de costar la vida a los inventores. Hoy dia hay más de seiscientas marcas de automóviles, habiendo fábrica, como la de Ford, que construye dos mil cada día.

Las armas de fuego constituyeron un invento que si quiso al de la pólvora, ignorándose quién o quienes lo realizaron; pero se sabe ciertamente que los árabes las emplearon ya en sus guerras de España a principios del siglo XIV.

El arco voltaico, prodigioso invento extendidísimo por todo el mundo, fué inventado por Davy en 1813.

La circulación de la sangre, descubrimiento debido al español Miguel Servet en 1553, que ha dado un gran impulso a la Medicina. Más tarde, en 1619, el inglés Harvey demostró la exactitud del descubrimiento de Servet.

El cinematógrafo, invento debido al sabio norteamericano Edisson en 1878. Ha tenido una gran aplicación científica y se ha popularizado en todo el mundo como medio de distracción, cultura y diversión.

El calendario parece ser una de las invenciones más antiguas, pues todos los pueblos han regido su tiempo más o menos artificialmente, pero siempre a base del día lunar, solar o sideral. Sin embargo, de los caldeos, judíos, egipcios, griegos y romanos, se sabe que tenían ya su calendario formado con auxilio de las apariciones y ocultaciones de las estrellas, las fases de la luna y el movimiento del Sol.

El globo dirigible es un invento debido en principio al francés Giffard, el cual intentó moverlo con el vapor. Despues lo perfeccionó el alemán conde de Zeppelin. Es otro invento que revolucionará nuestro porvenir. Hoy la construcción de los zeppelines resulta de tan elevado coste que lo hace inaccesible a fines industriales.

La electricidad fué ya experimentada por los griegos que la designaron con el nombre de electrón. Volta y Galvani la experimentaron más científicamente y desde entonces se suceden sin interrupción los adelantos y aplicaciones de la electricidad a la Medicina, al Telégrafo, al alumbrado, como fuerza motriz, etc. etc.

La fotografía, inventada por Niepce, francés, que construyó la cámara obscura, el objetivo, etc. y aplicada por Daguerre que inventó la placa sensible a la luz. Por esta causa durante muchos años la fotografía recibió el nombre de daguerrotipia. Este invento tuvo lugar en 1839, despues de diez años de constantes ensayos.

El fotograbado fué inventado también por Niepce. No es facil encarecer la importancia de este invento, en su justa medida, pues constituye el alma de una industria tan poderosa como universal.

El fonógrafo, que hoy ya perfeccionado se llama grabofono, fué inventado por Edison en 1877.

La ley de la gravedad que ha dispuesto todas las dudas que la Ciencia pudiera tener sobre muchos fenómenos



Los grandes inventores

y especialmente sobre el sistema solar, fué descubierta por Newton, matemático y físico inglés.

El gas del alumbrado, universalmente empleado por su gran aplicación a muchas industrias, fué descubierto por el ingeniero francés Lebon el año 1785.

La imprenta, inventada por Juan Gutenberg en el año 1438 en la ciudad de Maguncia, ha revolucionado el mundo científico e industrialmente. Es enorme el número de industrias que se derivan de este potentero invento. El primer libro que se imprimió fué la Santa Biblia y la primera población española que tuvo imprenta fué Valencia.

Las lámparas o mecheros de gas fueron inventados en 1892 por el alemán Aier. Ya existían otros mecheros, pero muy rudimentarios.

Las lámparas de electricidad las inventó Edison

el año 1885 en unión del inglés Swann. Hacía más de treinta años que se verificaban pruebas para concretar este invento.

La litografía fué inventada en 1793 por Juan Schenefelder.

Las máquinas de vapor, otra gran revolución de la industria, las inventó Papin.

La navegación a vela fué invención de los fenicios y tan antigua que no se recuerda en qué fecha apareció el primer barco. La invención atribuida a los hermanos Lydic, de Sidón, parece ser una fábula.

La navegación a vapor fué inventada en 1803 por el americano Fulton, quien dotó a un barco de un motor de vapor que movía unas ruedas como de palas de molinos a ambos costados del buque. Más tarde se suprimieron las ruedas, cambiándolas por una hélice.

La pólvora fué conocida, según algunos, de los chinos y de los árabes antes de conocerse en Europa. No obstante, se atribuye este descubrimiento al monje franciscano Bertholdo Schwartz o de Friburgo, en 1313, y otros lo atribuyen al monje inglés Bacon.

El pararrayos fué invención del norteamericano Franklin en el año 1752.

Los rayos X, descubiertos por el sabio alemán Roentgen, han llevado a la cirugía un progreso considerable.

El radio fué descubierto por el gran físico

francés Pedro Curie en el año 3896.

El reloj o cuadrante solar lo inventó en el año 450 antes de Jesucristo el sabio caldeo Beroro.

La radiografía o telegrafía sin hilos fué descubierta en principio por el sabio alemán Hertz y llevada a la práctica por el italiano Marconi.

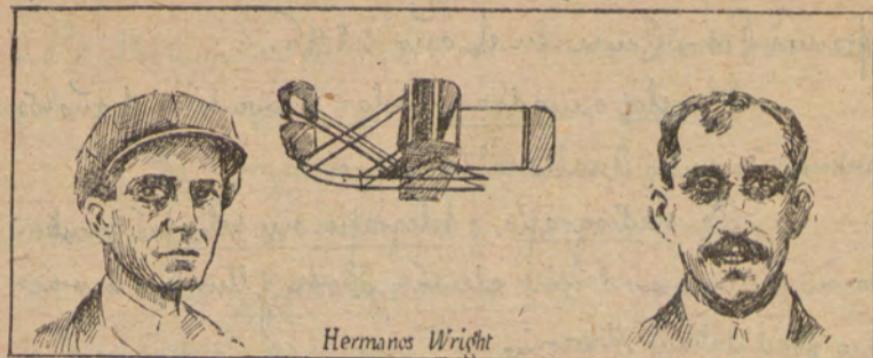
El submarino fué una idea ya antigua, habiéndose intentado su empleo durante las guerras napoleónicas contra Inglaterra y en la de Norte contra Sur de los yanquis. Aquellos intentos fracasaron, pero después cayó a dos españoles, primeros a Monturiol y luego a Peral, la gloria de dar forma definitiva al gran invento. Se ha utilizado como arma de guerra, pero los viajes comerciales hechos en 1916 por el submarino alemán Deutschland desde Hamburgo a Nueva York indican la importancia que llegará a tener la navegación submarina en las épocas de paz.

El teléfono lo llevó a la práctica Edison en 3868.

La telegrafía eléctrica fué llevada a cabo por el finés Ampere.

Los lentes de aumento los inventó Lippershey en el año 1606.

El vapor de agua fué ya experimentado como una fuerza motriz por Herón de Alejandría cien años antes de Jesucristo. Hasta la invención de las máqui-



Los grandes inventores

mas no tuvo utilidad inmediata.

La relación de inventos aplicados a la industria se haría interminable si hubiéramos de mencionar solamente los explosivos como la dinamita y la melinita, los métodos de potabilización de las aguas, la fabricación de alimentos artificiales, el vacío del aire, los heliógrafos, los engranajes nortieros, las numerosísimas transformaciones debidas a la metalurgia, etc., etc. La Humanidad progresó tanto que el más insignificante fenómeno de la naturaleza se ha puesto al servicio de la industria por las maravillosas aplicaciones que sabe dar la Ciencia a las cosas al parecer más insignificantes.



Ampere



Nièpce



Newton

Los grandes inventores

XLI

Desarrollo industrial en todo el mundo.- Los trusts.- La ley de equilibrio industrial.- Grandes naciones industriales.- Aspecto industrial de España.

Dirímos como los inventos son una derivación obligada de los estudios científicos de todo género, así también las industrias son una aplicación inmediata de los inventos a las necesidades de la vida humana. Y como estas necesidades van convirtiéndose en naturales a medida que los progresos modifican la vida, las industrias se intensifican y universalizan de tal modo que deben ya considerarse como una fuente de riqueza natural, indispen-

sable para que mi pueblo lleve todos los fines de la vida social. Por eso no hay ya pueblos esencialmente agrícolas ni exclusivamente comerciales. La vida social se integra en el orden económico, por la concurrencia del comercio, de la agricultura y de la industria a la misma finalidad: a convertir en próspero a mi pueblo elaborando todos los elementos de la riqueza pública.

Desde el siglo XVIII las industrias comenzaron a adquirir un desarrollo extraordinario; surgieron los grupos de población industrial muy nutrida, las industrias fitogenas y zootécnicas cambiaron de aspecto cuando la necesidad de la exportación hizo los cultivos internos, se idearon después de las salazones y de las conservas otras industrias transformadoras; la numería alcanzó proporciones nunca sonadas y se llegó al estado actual entre el ruido inmenso del trabajo de millones de obreros en cientos de miles de fábricas.

No es fácil hacer un recorrido a través de las industrias de todo el mundo. Las estadísticas marcan sucesivamente a otros enormes ejércitos de cifras y esas estadísticas se renuevan sin cesar y con tales progresiones que los gráficos representados por centímetros han de expresarse por milímetros representativos de grandes unidades.

La industria ha creado la guerra invernal de

las naciones; hay que producir mucho, hay que producir mejor que las naciones vecinas y hay que llevar los productos a todos los ámbitos del mundo. Con tal aspiración convertida poco a poco en ley de necesidad, la industria ha exigido el agrupamiento de todos los capitales para formar los trusts o asociaciones capitalistas para la explotación de un negocio. Comenzaron los Estados Unidos por constituir esos trusts y hoy apenas hay nación que no los vea constituirse al frente de cada una de las grandes industrias. Despues de los Estados Unidos, los pueblos que cuentan mayor numero de trusts son Gran Bretaña, Rusia, Alemania, Austria, Francia, Italia y España.

El pequeño industrial desaparece absorbido por los monstruos voraces de la industria. Y sin embargo, los pueblos ganan con tal absorción porque se crean las grandes industrias: las carboníferas en Bélgica, las petroleras en Rusia y Estados Unidos, las metalíferas en España, Inglaterra, Alemania y Austria; las azucareras, las harineras, las papeleras, etc. Desaparecen las pequeñas fájas, arruinando a pequeños industriales, y surgen los altos hornos manteniendo a verdaderos ejércitos obreros. Hay poblaciones con doscientos mil trabajadores, con medio millón de obreros, y aun con más, como Londres y Nueva York.

Son muchas las poblaciones convertidas en ge-

gantes de la industria que abarca la fabricación de motores, automóviles, maquinaria, armas, aparatos y alambres eléctricos, calderas de vapor, locomotoras, cañones de ferrocarril, tranvías, construcciones navales con un sin número de industrias afectas a este gran ramo de producción, máquinas de tejer, de hacer calzado, de imprimir y de géneros de punto, fabricación de cemento, de productos químicos, de explotaciones de papel, etc.

La manería busca siempre una ley de equilibrio; mientras los Estados Unidos tienen una fabricación colosal, los demás pueblos de América quedan reducidos a la situación de consumidores, hallándose sus industrias en la primera infancia de su vida; Gran Bretaña tiene veinte millones de obreros industriales, pero ha de acudir a un mercado de doscientos millones de personas en el Indostán, Japón, el pueblo maravilloso de las industrias rápidas y bonitas; Alemania, el pueblo de la producción gigante fomentada por una competencia aniquiladora, Francia, Italia y Bélgica, con su fabricación exquisita y Austria con su maestro de ciclope industrial, son pueblos que regulan y equilibran su producción industrial, muy considerable, por el comercio exterior y colonial sin el que las industrias no habrían de tener jamás vida próspera.

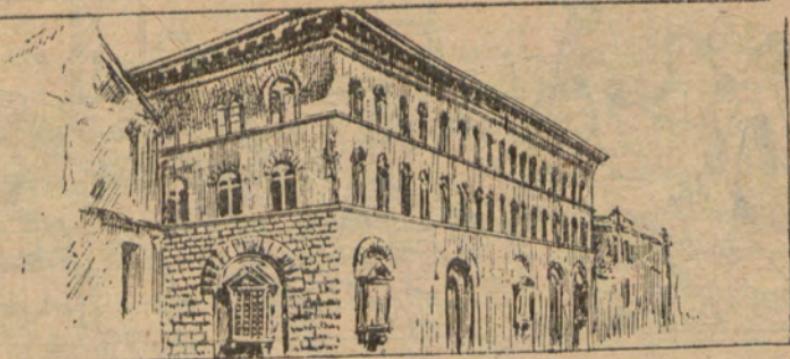
Es un fenómeno digno de observarse: la in-

dustria progresó más en aquellos países en que se rinde culto a la Ciencia, madre de todos los inventos, como sucede en Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos e Italia o bien cuando el suelo y el subsuelo son explotados intensamente para la obtención de las primeras materias, como sucede en Austria y también cuando hay una producción artística que lleva a todo el mundo el encanto de sus bellezas como ocurre en Bélgica, Japón y África.

Por lo que atañe a España cabe decir que no es grandemente halagüeño su posición en este aspecto de las grandes de la vida humana. Tíene en sus entrañas cantidad considerable de hulla y, sin embargo, ese gran de la industria viene en su mayoría de Inglaterra; tenemos los mejores astilleros del mundo en Pasajes y en las cuatro Villas (Laredo, Santoña, Castro Urdiales y Santander) y hoy son casas italianas e inglesas las que construyen la mayoría de nuestros barcos, mestras minas de hierro podrían surtir a toda Europa y no tenemos suficiente número de altos hornos para elaborarlo; tenemos una cantidad considerable de fuerza hidráulica y vamos poco menos que a la raza en las industrias eléctricas; inventamos con Monturiol, Peral y Torres, Guevedo y adquirimos submarinos del extranjero y apenas tenemos globos dirigibles, mestras retortas finas de Requena son de lo mejor que se fabrica en

Europa y traemos las batistas de Holanda; fabricamos excelentes paños en Sabadell y Tarrasa y los traemos de Inglaterra, con los cuales podríamos competir; se elaboran magníficos sombreros de paja en San Sebastián y los importamos de Italia. Todo ello es debido a nuestro carácter apocado para acometer grandes empresas industriales y a la excesiva humildad de los españoles que nunca se creen en situación de competir, ni aun de concursar a la producción industrial. Fabrica el Sijón de Sosa, los coches de tranvías en Valencia y Zaragoza y los de ferrocarril en Beasain, y trae máquinas y coches de Alemania y de los Estados Unidos.

Frente a estas grandes tristezas pueden ofrecerse datos consoladores que hablan muy alto de la capacidad española para el trabajo y de la importancia que va adquiriendo nuestra industria. Las estadísticas de 1912 acusaban una producción de más de 68 millones de toneladas de mineral en 1918 minas, 2622 fábricas de productos químicos, 2242 de industria lanera, 772 de industria cañera y linera, 1569 de industria algodoneira, 269 de industria sedera, 716 fábricas de telares, 772 de géneros de punto, 519 de estampados, 24 de blondas, 34 de deshilatación, 238



Palacio Ricordi en Florencia

de fundición, 1627 talleres de maquinaria, 603 de agrestos, 2291 de carpintería mecánica, 411 de metales varios, 1695 fábricas de curtidos, 4791 de objetos de cerámica, 1100 de colas y jabón, 2454 de vinos y licores, 333 de papel y similares, 4625 de refinación de aceites, 1075 de chocolates, 18088 de harinas y sémolas y más de 7500 de industrias generales.





El Comercio

X LII

Como nació el Comercio.- Primeros pueblos comerciales.- Ligero recorrido histórico del Comercio en la Edad antigua y en la Edad media.

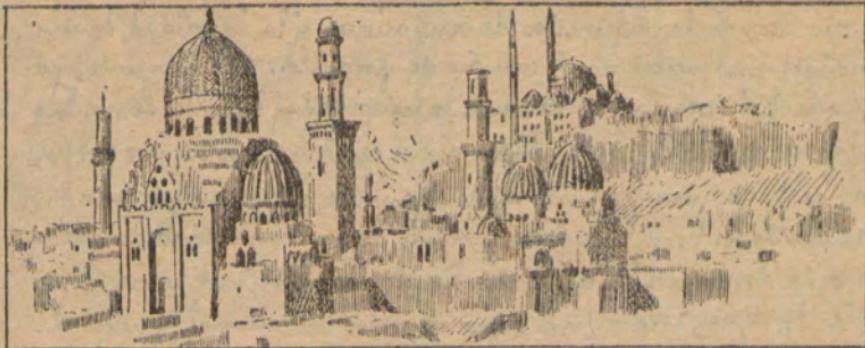
El Comercio es hoy alma del mundo en la vida necesaria de relación y tanto lo es que llega a considerarse como uno de los más sólidos vínculos sociales. Desde luego es el vínculo internacional por excelencia, que borra las fronteras y funde los lenguajes y confunde las raras elevadas por el interés supremo de la vida a una comunión espiritual. Pero eso mismo que es vida, muerte, paz, prosperidad, armonía entre los pueblos, es también causa de terribles guerras que separan a las naciones con lagos inmensos de sangre, despertando dormidos rencores, avivando la llama del odio, convirtiendo en feroces soldados a los que poco antes eran pacíficos comerciantes.

El Comercio es tan antiguo como el género humano.

Surgió cuando la diferencia de ocupaciones y la igualdad de necesidades hizo necesario el cambio de productos. Naturalmente, aquel comercio fué irregular. Solamente la necesidad y la falta de regularidad en la relación pudo sentar que se cambiara un carnero por una hara de trigo, una piel por un instrumento, un hueso por unos fósiles. Cuando los hombres se dieron cuenta de la desigualdad de intereses, de la desproporción en los cambios, trataron de justificar el valor de los objetos, crearon un signo de valor convencional y nació el comercio regular que habia de alcanzar, siglo tras siglo, la fabulosa importancia que hoy tiene y la perfección asombrosa con que lo conocemos.

No es tarea fácil historiar el Comercio para explicarnos las sucesivas evoluciones que su desarrollo ha exigido. Para los unos fué la India, para los otros fué la Coldea el primer pueblo que estableció el Comercio bajo sólidas bases. Se pretende que en las ruinas de Asiria, de Babilonia y de Coldea se han hallado pruebas de que en aquellos pueblos fué tenida por muy noble y honrosa la profesión del Comercio. En la India, este gran mundo social dejó huellas de haber fundido en una sola las diferentes castas de agricultores, comerciantes y artesanos; en Egipto se halló una momia en cuyo sarcófago había un pañuelo con la leyenda siguiente: "No he engañado a nadie en el peso, en el precio ni en la calidad". En Asiria el comercio salió de sus fronteras mientras en la India no salió del reducido límite que tiene siempre el comercio interior; en Egipto el comercio exterior alcanzó gran desarrollo gracias a la fundación de algunos puertos por los Ptolomeos.

Las noticias más concretas sobre el Comercio comienzan con los fenicios, con los griegos y con los cartagineses. Los primeros pasan por ser los más antiguos comerciantes que desarrollaron grandes industrias manufactureras, que en Tiro y Sidón reunieron grandes flotas y que bordaron de colomas todo el festón que circunda el Mediterráneo. Enviados de los fenicios, los grie-



El Cairo, antiguo emporio comercial de Egipto

gos aprovecharon las conquistas de Alejandro Magno para extenderse por Asia invadiendo comercialmente todas las costas mediterráneas y el Egipto, alcanzando entonces Alejandría el dictado de primera población comercial del mundo. Mucho contribuyó a tal invasión pacífica el carácter dulce y la brillante inteligencia de los griegos, cuyas colonias de Marsella, Sagunto, Denia, Rosas, Ímpulas, etc., arraigaron profundamente, conservándose aún en casi toda la faixa mediterránea el sello que el carácter griego impuso al carácter y costumbres de nuestros pueblos de levante.

Más avaros y codiciosos, más energicos y absorbentes, los cartagineses lanzaronse al comercio y provocaron las guerras púnicas con Roma, las primeras guerras comerciales de que en el mundo hay memoria, labrando Cartago su destrucción y su propia ruina.

Roma no tuvo el carácter comercial de los pueblos que acabamos de mencionar; durante su larga dominación duró mucho el comercio que no tenía relación con las artes nortarias y de ahí las épocas de hambre que sufrieron muchos pueblos. Sin embargo, por la misma enorme extensión del imperio romano, el comercio adquirió desmesuradas proporciones no conocidas en siglos anteriores.

A Roma sucedió Bizancio, esto es, Constantinopla,

que absorbó el comercio de África y sirvió de puente entre Europa y Asia. De este modo, mientras en una buena parte de la Edad media las industrias y la agricultura decaían, el comercio bizantino resistía todas las tormentas políticas-militares y se ensanchaba de un modo asombroso. Aún hoy es Constantino-
pila, pese al temor que inspira la barbarie turca, uno de los primeros centros comerciales del mundo.

Durante seis siglos, desde el IX al XV, el comercio del Mediterráneo fué intensísimo y lo monopolizaron primero Venecia, después Génova y Pisa y más tarde Florencia, las cuales se adueñaron de todo el tráfico. En aquel tiempo, mientras España, Francia y Portugal dormían en aquel régimen de feudalismo que las abrasió y empobreció, Holanda enriquecía sus manufacturas, equipaba flotas, extendía su comercio, sostuvo gran inteligencia con los italianos y contribuyó al mayor esplendor de éstos. Los mares se llenaron de piratas y entonces las galeras venecianas y las flotas holandesas emprendieron contra aquéllos despiadada persecución. Concurren los catalanes a esta batida y cuando las armas catalanas y aragonesas se apoderaron de Constantinopla y las naves de Roger de Flor combati-
guiraron con las genovesas y venecianas a la limpia del mar infestado por los piratas otomanos, el comercio catalán alcanzó gran preponderancia y extraordinario desarrollo.

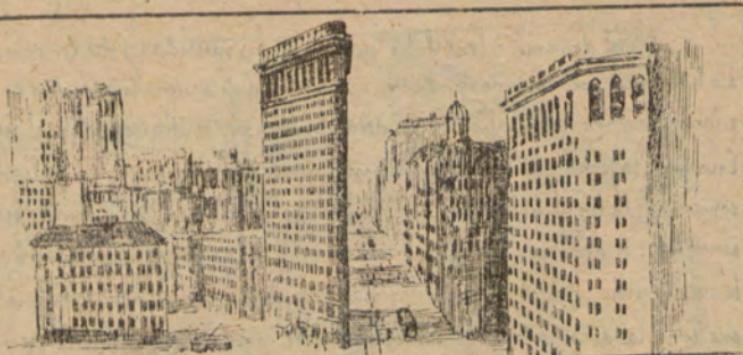
En aquel período se halló también infestado de piratas el mar Báltico y para combatirlos se creó en Alemania la liga anseática, de carácter comercial-militar, en la cual llegaron a entrar hasta 80 ciudades, formándose un nutrido Código de leyes marinas. Esta liga duró de 1241 hasta 1630 y en ese espacio de tiempo hizo florecer el comercio de todo el norte de Europa. De aquellas numerosísimas ciudades anseáticas sólo quedan ya tres: Bremen, Lübeck y Hamburg, esta última convertida por su importancia comercial en el tercero o cuarto puerto del mundo. También el Comercio y la Marina de Cataluña recogieron sus leyes marítimas en un libro titulado Consulat de Mar,

gracias al cual la liga de estos dos poderosos elementos comercio y guerra peregrinó a los piratas dinamarqueses y concluyó por absorber casi todo el comercio de la Europa central y septentrional.

Los grandes descubrimientos geográficos del siglo XV y del siglo XVI cambiaron por completo el aspecto de la vida comercial en todo el mundo; las naos de Castilla abrieron la ruta de América; las del portugués Vasco de Gama abrieron también la de la India, y fue entonces cuando todo Europa, Génova y Venecia, Castilla y Cataluña, Holanda y Francia, Inglaterra y Dinamarca, cegadas por la codicia casi todas, lanzaron sus naves en busca de nuevas tierras, de nuevos frutos, de minas preciosas y de una expansión comercial que diera vida a sus ricas industrias.

Desde entonces el aspecto comercial del mundo ha cambiado tanto que ya no es posible ni siquiera sintetizar en breves páginas el desarrollo enorme, colosal, inmenso que ha alcanzado el Comercio, convertido ya en todo el mundo en una necesidad de la vida inmediata y preventiva.





Poblaciones monstruos.—La Quinta Avenida de Nueva York

X LIII

El Comercio en nuestros días.- Proceso de su desarrollo.- Algunos datos muy importantes.- Comercio equilibrado.- Visión del porvenir.

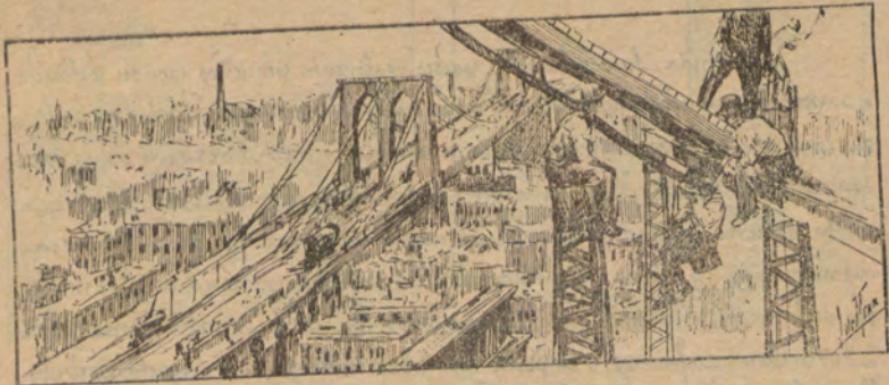
Los ríos pueblos de la burguesía han venido sosteniendo muchas y cruelles guerras para llegar a la sencillísima afirmación de que el Comercio no prospera por la competencia sino por la salida natural del excedente de sus productos a territorios coloniales, siyos en primer término y a los mercados consumidores y no productores. Desde el siglo XV hasta hoy los pueblos fuertes y los pueblos inteligentes se han sentido griegos y fenicios como Bélgica, Portugal y Holanda, o cartagineses como Inglaterra, Francia y Alemania. La expansión colonial era una verdadera necesidad derivada de la expansión comercial demandada por una intensísima producción industrial y agrícola. Solo España fue el país de los idealismos civilizados en medio de tantos pueblos como quisieron asegurar un pedazo de territorio allende los mares.

El dominio colonial ha surgido de las necesidades del Comercio. Cuando no había competencia de productos ni necesidad de sostenerla, nosotros tuvimos el mayor imperio colonial conocido desde los tiempos antiguos hasta el siglo XVIII. Cuando la competencia de los mismos productos ha puesto en peligro la vida convivial de los pueblos, como en Alemania y el Japón, las naciones se han visto impelidas a abrir con las armas un camino a las naves y a crear rápidamente un imperio colonial. Hasta las naciones de una extensión territorial tan enorme como la de los Estados Unidos se han visto precisadas a recurrir, por ley de vida, a este recurso heroico que, en el fondo es una gran vergüenza para la Humanidad.

Más se ha llegado a límites tan inveterados en el desarrollo comercial de todo el mundo, que ya no bastan las colonias para tener mercados propios, ya no basta intensificar las producciones agrícolas, minera y manufacteras o fabriles para levantar en los puertos pirámides de mercancías, sino que se hace preciso multiplicar las flotas mercantes para que todas las rutas del mar den paso a las procesiones interminables de vapores. Y tampoco basta esto, no es suficiente poseer muchos buques, sino que es preciso inventar los medios de que sean los más velozes para que vayan y vuelvan antes que otros, es indispensable que alcancen capacidades monstruosas para que lleven y retornean más millares de toneladas de mercancías.

Como la mayor riqueza comercial estriba en vender más productos nacionales que en comprar productos extranjeros, todas las naciones procuran mejorar su producción en cantidad, calidad y precio para imponerse a otros mercados y para que la diferencia entre una exportación mayor que una importación menor constituya un remanente que se traduzca en riqueza positiva de reserva.

Las cantidades que suponen la importación y la exportación de géneros se elevan a números fabulosos. Así, por ejemplo, Inglaterra importa por valor de maíz de 15000 millones de pesetas y exporta sus productos, maquinaria, carbón, cereales, algodón, productos químicos, etc., por valor de cerca de 12000 millones. Pierde numerario nacional, pero halla la consensación en mercados tan extraordinarios como el de la India inglesa que importa por valor de 2675 millones de pesetas y exporta por



Obras atrevidas del hombre

valor de 2775 millones; en Australia la exportación excede a la importación en 365 millones de pesetas.

El Japón, pueblo que ha entrado en la civilización aun no hace cincuenta años, alcanza ya un grado maravilloso de desarrollo comercial y se ofrece como un enemigo terrible en la lucha de competencia con otros países. Los más expertos estadistas no pudieron prever hace veinticinco años que los productos japoneses, arroz, té, tabaco, tejidos de seda, seda en rama, etc., diezran una exportación colossal de 5535 millones de pesetas contra una importación de 1083 millones.

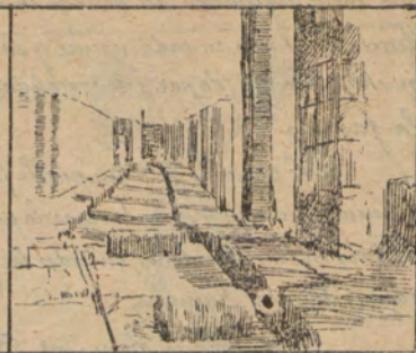
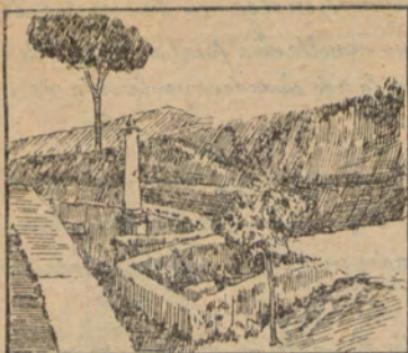
Francia tiene una importación de 6000 millones de francos contra una exportación de 5500 millones; las colonias francesas exportan 700 millones e importan 600. En Alemania, otro pueblo que ha llegado en la producción del hierro, maquinaria, potasa y productos químicos a límites no soñados, la exportación alcanza a cerca de 9000 millones de pesetas mientras la importación arroja la considerable cantidad de 5500 millones aproximadamente.

Los Estados Unidos es tal vez el pueblo que realiza ganancia más positiva inundando el mundo con el excedente de su producción, algodón, lana, azúcar, café, tabaco, maderaz, pieles, máquinas, muebles, etc., pues con tra una importación que suma 6560 millones de pesetas efectúa una exportación que importa 8315 millones resultando un superávit de 1755 millones.

Holanda, Suiza, Bélgica, países realmente pequeños por su población y superficie, han intensificado de tal modo su producción industrial y agrícola, que concurren al comercio mundial como temibles competidores y con sumas de primera magnitud. Holanda importa por más de 6000 millones de pesetas y exporta por cerca de 5000 millones; Suiza, con sus quesos y carbón, con su manteca, sus máquinas, sus relojes y sus tejidos de seda exporta por cerca de 1200 millones de francos e importa por 1700 millones; Bélgica a su vez importa por 2800 millones de francos y exporta por 7800 millones. Sin disputa es el pueblo de Europa que ha realizado mayor beneficio a favor de sus abundantes metales, plomo, hierro, cobre, zinc y acero, de su hulla y de sus manufacturas.

Uno de los países más equilibrados en las cifras de su comercio es sin disputa España. Verdad es que no alcanza la magnitud de ninguno de los pueblos que acabamos de citar, pero su progresión ascendente aunque lenta, es segura. En 1909 la exportación de nuestras uvas y pasas, de nuestro vino, aceite y frutas, de nuestro hierro y de nuestro cinc, alcanzó la suma de 926 millones de pesetas contra una importación de 951 millones. Son países igualmente equilibrados Austria-Hungría, Colombia, Abisinia, Honduras, Uruguay, Nueva Zelanda, Puerto-Rico, Nicaragua, Persia, la India inglesa, Filipinas, Ecuador, Egipto y Australia.

Cuando se observa el cuadro comparativo de la importación y exportación de los principales países del mundo se nota a primera vista que casi todos los pueblos son más consumidores que productores y este dato basta para sentar que las producciones industrial y agrícola alcanzarán mucha mayor intensidad que actualmente y que a favor de nuevas comunicaciones aéreas y submarinas, de buques que llegarán en el porvenir a capacidades de cien mil o más toneladas y a velocidades locas, el comercio tendrá un desarrollo tan enorme, tan colossal, que difícilmente puede soñarlo hoy la imaginación del hombre. Los últimos cien años han sido, comercialmente, un raid vertiginoso a través del planeta.



Ruinas de Pompeya.—Un paisaje pompeyano.—Calle de la Fortnna en Pompeya

XLIV

Concepto de la cultura general de los pueblos.—Aspectos históricos de la cultura humana.—Algunos datos estadísticos.

Todas las sociedades organizadas del mundo antiguo tienen como objetivo bien definido el mayor grado posible de cultura en las costumbres y como medio de llegar a esta cultura la instrucción en todos sus aspectos.

En los pueblos cristianos van de común acuerdo las leyes sociales con las religiosas y de aquí nace una mayor elevación del nivel cultural en las naciones que se originan por el código incomparable del Evangelio.

En realidad, la cultura general no se basa en la suma de progresos materiales de que nos hemos ocupado en uno de los capítulos anteriores. La cultura general de los pueblos se refleja en las costumbres, en las leyes, en las prácticas sociales, en la confraternidad de las naciones a favor de...

una sabia legislación del derecho internacional, en el ejercicio bien regulado del derecho establecido en cada nación y en una resultancia fiscal de bondad, de quietud, de orden, de paz y de moralidad en la vida ciudadana y en la vida de la familia.

No es pueblo culto un pueblo fuerte por sus ejércitos, ni grande por sus movimientos, ni rico por sus industrias; la primera manifestación de la cultura es la enseñanza en todos los órdenes, en todos los grados, en todos los aspectos, en todas las ramas del saber humano.

París, Londres, Nueva York, Berlín, Roma, Viena y Madrid son grandes cerebros de sus pueblos respectivos por el número considerable de instituciones de cultura que funcionan en cada una de dichas ciudades. Esos cerebros poderosos de cultura jamás sonada en otros tiempos son como un centro nervioso del que se desprenden ramificaciones que corren por todo el cuerpo nacional, llevando la voz de los sabios, la lección del maestro y la manifestación del arte a los rincones más apartados de la nación.

Es imposible enumerar los Museos de todo género que se han constituido en el mundo; un catálogo de los mismos daria cifras fabulosas de muchísimos miles; paralelamente a los Museos funcionan las instituciones de cultura llamadas Academias en donde los sabios forman legiones; las manifestaciones del arte son incontables, los maestros forman verdaderos ejércitos; las Bibliotecas nacionales, las locales y las particulares suman cantidades de centenares de millones de libros; el saber se difunde por mil medios; se aspira a lo que coadyuva a enriquecer el acervo común de los conocimientos humanos.

Entre los pueblos antiguos hubo leyendas que en una sola frase, breve, rápida, indicaban todo el objetivo de la vida nacional. No existe aquí ni muere que no sepa nadar, escribían los espartanos en las puertas de acceso a los balnearios; los atenienses corrigieron la leyenda ponderando la suprema ignorancia en esta otra frase: No sabe leer ni nadar. Son aurias de cultura esas revelaciones de los pueblos antiguos que buscaban el predominio, la influencia máxima en el concierto de los pueblos.

— ¿Qué castigo terrible podré imponer a un pueblo vencido que no quiere acatarme? — decía un régulo siracusano. — I condeno a divi-



La Acrópolis de Atenas y la célebre «Victoria de Samotracia»

no puebllo a no tener maestros durante diez años.

Cuando Aristóteles y Platón, los dos Sóficos y los filósofos de Grecia de Persia y de Egipto convirtieron la plaza pública en tribuna y en cátedra los pueblos, sintieron el ansia vehemente de la cultura y rivalizaron cuanto les fué posible. La venganza del rey de Pérgamo que regaló querzantino a los romanos fue otro acicate que expolió a las gentes ansiosas de saber. Sin esa venganza no se habría generalizado el papiro y Roma no nos hubiere dado el antecedente de la divulgación de la prensa, publicando diariamente 300.000 números de un periódico multiplicado en la escritura por procedimientos telegráficos. Antes, mucho antes, en aquel tiempo fabuloso de la gran civilización china, ya existía la Faceta de Pekín, periódico del que se tienen noticias comprobadas.

Es, pues, muy lejana la época en que la Humanidad realizó la gran de obra de su cultura. Pueblo culto fué el que condujo Moisés por el desierto; cultos fueron los fenicios y cultos fueron los griegos aun después de su decadencia militar y política.

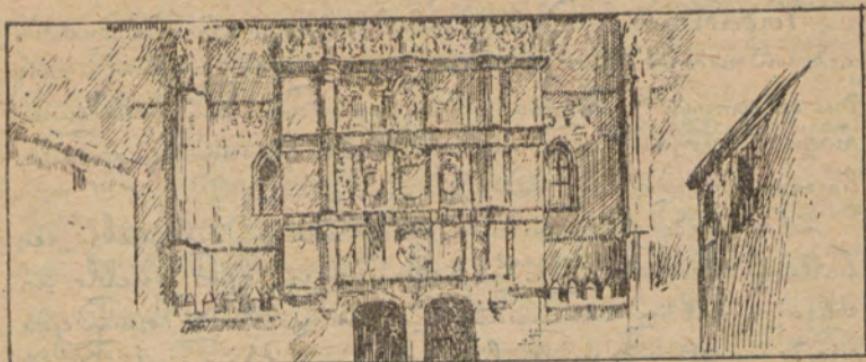
Siendo Asia la cuna de la Humanidad y de las civilizaciones antiguas, ha sido Europa sin embargo, la parte del mundo en donde se han elevado a mayor altura los fines de cultura. Jamás tuvo América su civilización y su cultura, ni se dio llegar jamás a los límites que alcanzaron Asia y Europa.

El gran vehículo de la cultura es, conjuntamente con las leyes de derecho internacional y con el comercio, el libro. Tal se reconoció en la antigüedad creándose Bibliotecas que alcanzaron renombre, y algunas celebridad, como la de Alejandría. Hoy la famosa Biblioteca alejandrina quemada bárbaramente primero por Julio César y luego después por los fanáticos seguidores de Mahoma pierdeña toda su importancia al lado de las Bibliotecas nacionales de Londres, de París, del Vaticano, de Madrid y de Nueva York.

Sin la Exposición internacional de la industria del Libro, de las artes gráficas y de la Prensa universal celebrada en Leipzig en 1912 ofrecieron se estadísticas eloquentísimas que revelaron la marcha rápida que ha seguido la Humanidad por la senda de la cultura durante los últimos cuatro siglos, gracias, en parte, al libro. Según aquellas estadísticas, en el siglo XV se imprimieron en todo el mundo 272.770 libros diferentes; en el siglo XVI se imprimieron 1.245.090 libros distintos, al terminar el siglo XVII el número de libros se elevaba a 2.882.286, a la conclusión del siglo XIX, en 1900, el número se elevaba ya a 8.782.813 y en los ocho años primeros de nuestro siglo el número de producciones científicas y literarias arrojaba la considerable suma de 1.395.552 libros.

La Religión cristiana por un lado con sus miles de abnegados misioneros y la ciencia por otra parte con sus sabios esforzados y valerosos han realizado una portentosa transformación en países tan crueles como la China, y tan primitivos como Tanguabar, tan salvajes como los makolós de Rhodesia y tan imbeciles como los borinquinos de la Hotentocia. Aun en el fondo misterioso e inexplorado de la Australia los horribles australianos ceden a la influencia de la cultura general y huyen después de cometidos los actos de canibalismo, los asesinatos son menos frecuentes en las regiones de Chile, Ecuador, Perú y Bolivia donde campa el indio; los negros africanos se dulcifican. Y así no es raro escuchar los acordes de un violín en el fondo de una selva americana ni encontrar un libro en la aldea perdida en las vastas solitudes de la estepa siberiana.

La Humanidad avanza muchas veces con rapidez pasmosa, otras veces entre convulsiones terribles, como si estuviese atorada de locura epiléptica; pero avanza, marcha sin cesar a su destino, guiada por el dato misterioso de Dios que traza el camino a través del tiempo y del espacio, velando el porvenir e iluminando con luz intensa el presente y el pasado.



Fachada principal de la Universidad de Salamanca

X LV

La enseñanza primaria en el cuadro de la cultura general de los pueblos.- Noticias sobre la enseñanza en España.

El fundamento más sólido de la cultura de los pueblos, sin duda, es la enseñanza. Un criterio de que esto es cierto bastaría citar el frecuente significado de que las estadísticas de la cultura de los pueblos se forman determinando el porcentaje de personas de ambos sexos mayores de doce años que en cada nación saben leer y escribir. Esta estadística general tiene otra complementaria que indica el número de niños que se hallan en la edad escolar, entre los 6 y los 12 años, y asisten a las escuelas de cada estado.

Verdaderamente que el saber leer y escribir no constituye de modo absoluto la cultura general, pero tiene al individuo en camino de alcanzarla si conjuntamente con la enseñanza primaria recibe el niño una exquisita educación religiosa, una esmerada educación cívica.

Admitido generalmente que la cultura del pueblo se halla en la escuela todos los gobernantes de los pueblos urbanizados se han preocupado y se preocupan de formar ejercitos de maestros, de multiplicar el número de escuelas, de obligar a los ciudadanos a recibir la enseñanza, y disminuir rápidamente el número de analfabetos, de especializar las enseñanzas para que no se maloquen aquellos talentos que, con sus grandes concusiones pueden poner a su servicio y beneficiar a la Humanidad entera.

Esta escuela que conocemos no ha sido siempre así. Hubo tiempos bastante remotos en que cada niño necesitaba un maestro, la escuela comunal no existía, se daba la lección en la casa del alumno. Más tarde, se crearon las quinassas, escuelas de educación al aire libre; después, cuando los legisladores fixaron más claramente el concepto de la cultura popular, tales quinassas se convirtieron en escuelas de numerosas letras. El comenzó por enseñar a los hombres en la plaza pública y se condujo por enseñar a los niños en jardines. Primero llevó la enseñanza privilegio de los ricos, después se popularizó y llegó a extender sus beneficios no sólo hasta los pobres, sino aun a los esclavos que quisieron aprovecharse de ella.

En aquellos tiempos de Grecia y Roma, de Persia, de Siria, de la Babilonia del Bajío, el que sabía leer y escribir era poco menos que un santo. Esto no debió causar asombro si se tiene en cuenta que entonces era muy difícil aprender porque no había papel tanto ni columnas, libros, instrumentos ni lápices. Aquellas dificultades prepararon el ca-

muno para que llegáramos al gran adelantamiento actual. Por una serie ininterrumpida de inventos y descubrimientos prodigiosos.

Entre las cortezas de los árboles y las tablillas enceradas, entre el pergamino y el papiro, y la fabricación del papel de haro trajo los árabes valencianos, entre el estilo, el calamo, la pluma de aves y la pluma metálica, entre la sepiaprimaria, un fijoza y las tintas actuales de productos minerales han saltos arquitectos cada uno de los cuales tuvo su reflejo en la escuela primaria que se modificaba y ensanefabas sin cesar facilitando más y más la enseñanza.

El invento prodigioso de Gutemberg resolvió el problema de la educación popular. A los Minervios llevó a la escuela el primer libro impreso y poco a poco el libro se propaga por todo el mundo llevando a esto la escuela cambiada de carácter. Hoy existen ya grandes industrias para dotar de material espléndido hasta las escuelas de las más escindidas aldeas de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania fabrican un material escolar asombrosamente bello. Los Estados Unidos rivalizan en esta fabricación con toda Europa y existen Museos pedagógicos en donde maestros y hombres de ciencia pueden seguir hasta la historia de todos los adelantos del material escolar.

En Europa la parte del mundo donde la enseñanza primaria con que alcanzó más considerable desarrollo, sobrepuso desde principios de la edad moderna. En los últimos sesenta años ese desarrollo ha sido fabuloso en Suecia, Dinamarca, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Austria, Italia, Bélgica, Portugal, Lurza, Holanda y España. En algunas naciones como Suecia y Lurza a todos los habitantes saben leer y escribir, en otras, como Alemania, Bélgica, Gran Bretaña, Francia e Italia, no se dan cargos púlicos, aunque sean de la más insignificante categoría, a los



Pestalozzi



San José de Calasanz

Los grandes pedagogos

ciudadanos que no han aprendido a leer u escribir

En todas las naciones nombradas es obligatorio la asistencia a la escuela, en algunas, como Alemania y Francia, se imponen fuertes multas a los padres que descuidan la instrucción de sus hijos, en caso todo punto se prolonga la edad escolar hasta los quince años, y son raras las naciones en donde de no sigue la práctica de cerrar las puertas de los talleres y de las fábricas a los muchachos que no presentan el certificado de estudios librado por maestros u autoridades.

Amado al niño, el genio humanitario un altísimo ejemplo de amor a si mismo. En el extranjero se ven muchísimas miles de escuelas instaladas en verdaderos palacios, sobre todo en Alemania, Bélgica, Suiza, Italia, Estados Unidos y Repùblica Argentina. En España también los hay en Bilbao, Vitoria, San Sebastián, Coruña, Madrid, Barcelona, Cartagena y Zaragoza, dignos de rivalizar con los extranjeros.

Las naciones más ricas invierten cantidades fabulosas en la enseñanza, no sólo para que ésta sea gratuita, sino para que a los niños se les suministre todo el material escolar. Hay hospitales para niños pobres, cintinas escolares, colonias veraniegas, sanatorios, escuelas de enfermeras especiales de aprendi-

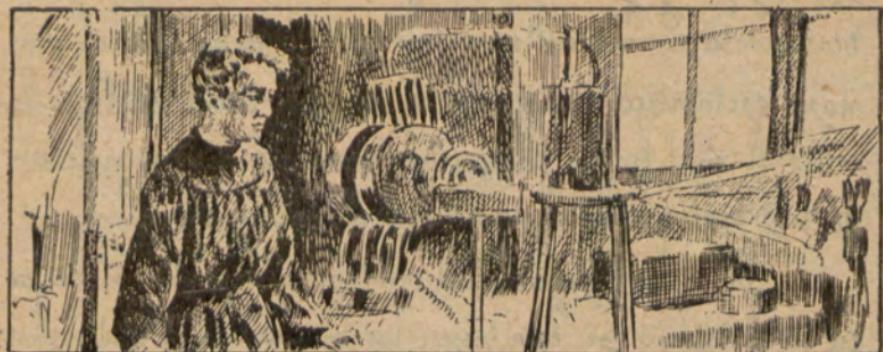
2ay), de corrección para los discolors, de anormales, para los cretinos imbéciles y tontos, espectáculos gratuitos y aun viages de recreo y de cultura).

Escuelas notabilísimas por sus fines benéficos son las de Belgaica, en donde hay una preparación para los trabajos domésticos de la mujer, otras no menos notables existen en Londres, en donde muchas señoritas constituyen máquinas en manual y perfeccionan todos los inventos, en Nueva York, Chicago y Filadelfia las instituciones escolares llegan en su perfección y adelante al límites que aquí no es fácil conocer. Hay allí tantísimos maestros, que si uno diera un presidente vanagloriándose del estado de la enseñanza: "Tenemos dor ejércitos uno de 30.000 soldados y otro de 300.000 maestros".

Nuestra patria no representa un mal triste en esa gloriosa sazón de la enseñanza. Hubo un tiempo en que los maestros, bajo Alfonso X, tenían prerrogativas de nobles o hubo otro de general ignorancia durante el cual la ciencia y la enseñanza se refugiaron en los conventos españoles, humillados por los primeros y de los mejores en promulgaciones de enseñanza en el siglo pasado, frente a la legión de grandes pedagogos extranjeros temido nos otros al San José de Las Casas, el Padre Olvera, Montesinos, Carderera, Alvarado, Alcantara, Catalina, Llorente, Catalán, Tonell y otros muchos no menos notables que el suizo Pestalozzi, el francés Basalle y el inglés Braxedow, después de los Estados Unidos sonó la nación que organiza mayor numero de colonias escolares, las cuales no baiam de ciud. Tenemos la enseñanza nocturna de adultos en todos los pueblos de España y las escuelas elementales y militares que dan instrucción a todos los analfabetos que ingresan en el ejército.

Si en las estadísticas general de Europa ocupamos un lugar desfavorable, aunque dejanos atrás a diez naciones, en cambio hay provincias como Alava, Burgos, Guipúzcoa, Ir-

illa de Baleares que constituyen honorosamente con las mejores naciones de Europa. Tuvimos un siglo de oro del las Letras, siglo de gran cultura, el siglo XVI, siglo que por si solo bastaría elevar nuestro nombre en la Historia de la civilización del mundo, y hemos tenido otro brillantísimo, de verdadero renacimiento, desde la mitad del siglo XIX hasta el día. Hoy hemos recobrado por completo en el mundo el rango de nación culta y llevamos por los cauces de la enseñanza una velocidad que hoy si goza de fe de nuestra valía y de nuestras enseñanzas. Tenemos un respetable número de hombres de ciencia respetados y admirados en el extranjero; muchos de ellos han sido los exploradores del importantísimo descubrimiento; nuestros literatos van siendo traducidos a varios idiomas europeos; nuestro material escolar tiene ya el sello de la fabricación española; nuestros pedagogos son llamados a los pueblos hispano-americanos para implantar en aquellas tierras los métodos españoles. Tenemos, en suma, libros, escuelas, maestros, orientación, programa de cultura, energía, se en los destinos de la Patria, todo cuanto constituye un programa de reconstrucción nacional y de engrandecimiento rápido. Siendo esto así, es seguro que los niños de hoy podrán escribir en el porvenir, en un porvenir muy próximo, nuevas y brillantes páginas en la Historia de nuestra Patria.



Madame Curie en su laboratorio

XLVI

Situación de la mujer en la antigüedad.- Desarrollo.- Mujeres célebres en todos los órdenes de la vida.- Situación actual de la mujer.

La vida de la mujer merece un hermoso cuadro en el cuadro de las grandezas de la vida humana.

Dios hizo a la mujer compañera del hombre, igual a éste, con los mismos derechos a la vida futura y las mismas responsabilidades por el incumplimiento o por la concurrencia de las leyes divinas. Y sin embargo, prevaleciéndose de su fuerza y mal aconsejados por su soberbia, los

hombres subyugaron a la mujer durante muchos siglos, tratándola como a un ser inferior, haciéndola vivir en ominosa esclavitud y alejándola de toda labor inteligente, como si en el hogar fuese algo menos que cualquiera de las bestias educadas para el trabajo.

Por esta desigualdad irritante ha sido posible que en la Historia se escribiesen los horrores de la esclavitud femenina en el Oriente, en Arabia, China, y Egipto y en casi todo el Occidente hasta que la sublime doctrina del Crucificado volvió a la mujer al rango de dignidad que la correspondía desde el instante de su creación.

En las sociedades civiles no ha llegado la mujer a la plenitud en el goce de los derechos, aunque avanza mucho en ese camino; en algunos puntos del globo, como en Finlandia, y con menos extensión en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos, las mujeres disfrutan derechos políticos como el hombre. La gran corriente femenina hacia la conquista de los derechos profesionales, esto es, a seguir carreras literarias y científicas, comenzó en Rusia, enviándose a Europa entera gran contingente de doncellas estudiantes que brillaron por sus notables aptitudes para el estudio en las Universidades de Londres, de París y de Berlín; en la Universidad de Berlín alcanzaron rienda fama que luego se hizo mundial, en 1878, una ex-

Estudiante rusa llamada Luturnow, doctorada en Filosofía y Letras, y otra estudiante austriaca, la señorita Welt que se doctoró en Medicina. Desde entonces, ante la revelación de que la mujer tenía iguales aptitudes que el hombre para el estudio de las ciencias y de las letras, las corrientes femeninas que afluyen a los Institutos, Universidades y Escuelas especiales en casi todo el mundo van engrosando lentamente.

Mucho antes de que lo huiieran las sociedades europeas, la Iglesia dignificó a la mujer elevando a los mártires al grado de santidad y reconociendo que en el hogar doméstico la primera, la máxima influencia sobre la familia en materia de educación es la de la mujer cristiana.

Pero la influencia social y política de la mujer de que en estos tiempos quiere alardearse no es cosa nueva. En todas épocas, aún en las más lejanas, aparecen grandes figuras que influyen de modo notable en la vida de las sociedades o brillan como astros de primera magnitud. Semiramis, reina de Asiria, a la cabecera de sus ejércitos en Asia no es menos grande que la celebre Juana de Arco, la heroína francesa de Orléans, la bella Aspasia, considerada como maestra del gran Pericles de Grecia, es una iniciación del poderío de la mujer influyendo con su genio y con su talento en la vida de los gobiernos; Saffo, Ichaz, Lay, la



Isabel la Católica y Colón

gran filósofa Hipatia, Temuritij, la protectora de Moisés y aquellas mujeres fuertes de la Biblia, que se llamaron Judith, Dalila y Esther no son sino precursoras de otra legión de mujeres de la Edad media y de los tiempos modernos que han brillado en la gobernación de los pueblos, como Isabel la Católica en España, las dos Catalinas de Rusia, Cristina de Suecia, Isabel, María Tudor y Margarita de Anjou, de Inglaterra, María Teresa y Margarita de Austria, Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos; Santa Isabel princesa de Hungría, Santa Isabel de Bragón de Portugal, Catalina de Médicis en Francia, y otras muchas reinas no menos celestes en la Historia.

Ni en las ciencias ni en las artes han brillado mucho las mujeres y sin embargo, las tejedoras de lino entre los antiguos hebreos, las bordadoras de Bruselas y de Brujas, las tapiceras de Sevilla han dejado fama por sus obras magníficas,

a la condesa de Chunchon se debe la introducción de la quina del Brasil para la curación de las fiebres; la polaca Maria Skłodowska, más conocida en el mundo científico con el nombre de madame Curie, es una celebridad universal por sus estudios y descubrimiento del radio; madame Hecker (Suzanna Curchod) que ayudó a su esposo en el estudio de las graves cuestiones de Hacienda en Francia; la escuela superior de alumnas mecánicas de Londres donde se cosen, corrigen y amplían los inventos de la Mecánica y el número extraordinario de doctoras en Medicina que hay en Europa y América prueban que las mujeres pueden brillar igualmente que en la Literatura en las Artes y en las ciencias.

Es en las Letras en donde se han manifestado con más fuerza el buen gusto y la rica inteligencia de las mujeres cuando se ha cuidado de cultivarla. En la relación incontable de grandes literatas brillan como astros de gran magnitud Santa Teresa de Jesús, en España, Ana Ward de Radcliffe en Inglaterra; la baronesa de Staél en Francia; Isabel, reina de Rumanía, conocida con el nombre de Carmen Sylva; la célebre poetisa Safo, de la antiguedad griega y otras muchas entre las que desciellan las mujeres francesas, las inglesas y las españolas.

Pero donde se han manifestado principalmente las cualidades de la mujer ha sido en la abnegación y en



Juana de Arco, la heroína de Orleans

el heroísmo con que ha sabido defender suyo su familia, su patria, su hogar y sus creencias. Aquí la relación女神 es interminable, desde las antiguas mujeres de Ezparta hasta las heroínas zaragozanas Agustina, Casta Álvarez, Manuela Pachón y condesa de Bureta del pasado siglo; desde las mujeres de Elmantica, de Sagunto y de Numancia hasta el escuadrón volante de Jaca; desde la valerosa Judith hasta la heroína mexicana de Tixla y la heroína francesa de Beauvais, Juana Hatchette, la Historia se ha complacido en escribir inceasamente los nombres de aquellos miles y miles de mujeres que dieron su vida por su patria y por sus hijos y por su fe, llevando por ésta la palma del martirio y dando a la Iglesia una verdadera legión de santas.

La vida moderna, con su fiebre de trabajo de-

uctos y de progreso creciente e incansante, ha exigido el concurso de la mujer en las profesiones liberales, en las mecánicas y en las burocráticas y son verdaderos ejércitos los que trabajan en las fábricas, talleres y oficinas y no pocas las que desempeñan papel brillante en los campos donde tienen lugar las manifestaciones todas de la intelectualidad.

Las sociedades han comprendido que en las virtudes, energías e inteligencia de la mujer había una fuerza mal aprovechada y que existía un desequilibrio visible en todos los aspectos de la vida. Reintegrada la mujer a su dignidad, el hogar no ha perdido sus encantos, antes bien se han aumentado; y los pueblos han ganado en esplendor, en bienestar y en progreso.

El porvenir reserva a la mujer días de mayor gloria cuando su consideración social se haya universalizado, no desencajándola nunca de aquel hermoso lugar que Dios la asignó para embellecimiento de la vida y para guia de la familia en el santuario del hogar dulce, tranquilo, y ejemplo y modelo de sanas costumbres.

ÍNDICE

	Págs.
DEDICATORIA	3
PRÓLOGO	5
CAPÍTULO I.—La Tierra.—Su origen.—Eras de su formación	9
II.—Convulsiones geológicas.—Cataclismos.—Breves noticias históricas de los cataclismos producidos por la Tierra.	20
III.—Edades de la vida humana.—Edad de piedra.—Edad de los metales.—Progreso de estas edades.	30
IV.—Las minas.—El carbón, el hierro, el petróleo.—Las industrias metalúrgicas	40
V.—Panorama de la vida vegetal.—La obra del hombre.—Un pensamiento de la vida de Tolstoi.	49
VI.—Una anécdota de Napoleón.—Fiestas agrarias.—Cultivos intensivos.—Algunas noticias sobre el hombre	59
VII.—El origen del hombre.—Una leyenda ridícula.—Las razas.—Sus variedades.—Tipos de belleza	71
VIII.—Distribución de la familia humana sobre la Tierra.—Aumentos progresivos de la población.—Razones de este aumento.	79
IX.—Los pueblos errantes.—Pueblos nómadas.—Primeros pueblos.—Primeras nacionalidades.	89
X.—Proceso de la formación de las nacionalidades.—Ideas de gobierno.	99
XI.—La lucha en la Naturaleza.—La lucha entre los hombres.—Origen de las guerras	108
XII.—Primeras guerras.—Sucinta relación de las grandes guerras de la Humanidad	116
XIII.—Lo que cuestan las guerras.—Las grandes batallas.—Datos estadísticos.—Combates navales célebres.—Sitiós memorables.	124
XIV.—Las conquistas.—Los conquistadores.—Los ejércitos.—Escritores militares.—El tribunal de la Haya	132
XV.—Albores de la civilización.—El proceso de la civilización.—Primeros pueblos civilizados.—La verdadera cuna de la civilización	144
XVI.—Los pueblos bárbaros.—Avances, retrocesos y eclipses de la civilización.—La civilización cristiana	151
XVII.—Carácter y aspecto de la civilización moderna	156
XVIII.—Etapas del progreso.—Las grandes flotas.—Ferrocarriles y canales.—Los maravillosos progresos actuales.—Datos estadísticos.—El crecimiento de los pueblos.	163
XIX.—La ley en los pueblos antiguos.—La ley Mosaica.—El Derecho romano.—Legisladores griegos	175

CAPÍTULO XX.—La legislación visigoda en España.—Los fueros de Aragón, Cataluña, Navarra, Vascongadas y Valencia.—La legislación en la vida moderna	181
XXI.—Los grandes pueblos antiguos.—Las grandes naciones de hoy.—Sus elementos de poderío.—Las pequeñas naciones	189
XXII.—Colonización.—Colonias en la Edad antigua y en la Edad media.—Pueblos colonizadores actualmente.—Diversos sistemas de colonización	196
XXIII.—Las grandes ciudades de la antigüedad.—Las maravillas del mundo antiguo.—Las ciudades de la Edad media.—Portentoso crecimiento urbano en la Edad moderna	204
XXIV.—Las grandes ciudades de nuestros días.—Poblaciones monstruos.—Poblaciones de más de un millón, de un millón y de medio millón.—Monumentos notables	212
XXV.—Las siete maravillas del mundo moderno.—Obras grandiosas y atrevidas del ingenio humano.—Proyectos realizables	222
XXVI.—Las bellas Artes.—Proceso del origen de la Arquitectura.—Primitivas construcciones y primeros monumentos	232
XXVII.—Monumentos arquitectónicos de la India, Asiria, Caldea, Persia y Egipto.—La antigua Arquitectura americana.—Arte etrusco.—Grecia y Roma	238
XXVIII.—El arte bizantino.—La arquitectura árabe.—Estilos mudéjar y morisco.—Estilo románico.—Arquitectura ojival.—El Renacimiento.—Renacimiento moderno	244
XXIX.—Concepto de la Escultura.—Origen del arte escultórico.—La escultura en los pueblos antiguos.—Obras notables en cada uno	252
XXX.—La Escultura en Grecia.—El renacimiento italiano.—Escuela española.—Escultura contemporánea	257
XXXI.—La Pintura.—Caldeos, asirios, indios, fenicios y hebreos.—Recorrido histórico de la Pintura en Grecia y en Roma.—El arte bizantino	262
XXXII.—Precursores del Renacimiento.—El Renacimiento italiano.—Sus grandes maestros.—Grandes obras.—Otras escuelas.—Historia de la Pintura en España hasta nuestros días	268
XXXIII.—Proceso de la formación de la Literatura.—Los buenos libros.—La mala literatura.—Juicios de grandes hombres sobre los buenos libros	277
XXXIV.—Recorrido histórico de la Literatura en España.—Obras notables.—La Literatura en Inglaterra, Alemania, Italia, Francia, Portugal, Estados Unidos y pueblos hispano-americanos	282
XXXV.—Literatura bíblica.—Literatura griega.—Literatura romana.—Literatura árabe.—Algunas obras literarias notables de estos períodos de la Literatura	288
XXXVI.—La mujer en la Literatura.—Literatas españolas de la Edad moderna.—Grandes literatas americanas.—Literatas francesas	293

CAPÍTULO XXXVII.—La Música.—Su inventor.—Leyendas sobre el origen de la Música.—El Canto.—Proceso histórico del desarrollo de la Música.—Músicos antiguos.—Influencia de la Música.—La Música y la Medicina.	299
XXXVIII.—Influencia de la Música en los animales.—Origen de las músicas militares.—Instrumentos musicales.—Regeneración del arte musical.—Músicos ilustres.—La Opera.—Rarezas musicales.—Músicos y cantantes célebres.—Músicos pre-coces.	307
XXXIX.—Las Ciencias.—La Ciencia en la antigüedad.—Hombres de ciencia antiguos.—La Ciencia en la Edad media y en la Edad moderna.	314
XL.—La Industria.—Inventores célebres.—Grandes inventos y sus más inmediatas aplicaciones industriales	321
XLI.—Desarrollo industrial en todo el mundo.—Los trusts.—La ley de equilibrio industrial.—Grandes naciones industriales.—Aspecto industrial de España	329
XLII.—Cómo nació el comercio.—Primeros pueblos comerciales.—Ligero recorrido histórico del Comercio en la Edad antigua y en la Edad media	336
XLIII.—El Comercio en nuestros días.—Proceso de su desarrollo.—Algunos datos muy importantes.—Comercio equilibrado.—Visión del porvenir	341
XLIV.—Concepto de la cultura general de los pueblos.—Aspectos históricos de la cultura humana.—Algunos datos estadísticos	345
XLV.—La enseñanza primaria en el cuadro de la cultura general de los pueblos.—Noticias sobre la enseñanza en España	349
XLVI.—Situación de la mujer en la antigüedad.—Mejoramiento.—Mujeres célebres en todos los órdenes de la vida.—Situación actual de la mujer.	355

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MONTserrat

de Hijo de J. ROCA y BROS

Fernando VII, 43 — Teléfono A 3194

BARCELONA

EL DIBUJO RÁPIDO

por D. José Osés Larumbe

COLECCIÓN de 15 CUADERNOS

dividida en dos partes: 1.º dibujo cuadriculado; 2.º dibujo libre

La colección de Dibujo que hoy ofrecemos, trabajo del conocido Maestro de Barcelona, Sr. Osés, presenta la novedad del método, verdadero método escolar, que ha de ser, seguramente, aplaudido y aceptado por todo el Magisterio.

El Sr. Osés ha dividido la obra en dos partes. En la primera acude al procedimiento del cuadriculado, dando la novedad de traducir en líneas rectas, sólo en líneas rectas, infinidad de figuras cuya perspectiva, sin las habilidades a que el autor ha apelado, exigirían de modo indispensable la línea curva. Cuanto se diga en ponderación de esta novedad pedagógica será poco. Baste decir que, partiendo de las figuras más sencillas, que sólo exigen media docena de líneas, el autor sigue gradualmente a través de todos los géneros de dibujo, sin dejar la línea recta, dando modelos de figura humana, de objetos de difícilísima ejecución, como automóviles, gramófonos, máquinas de escribir, etc., reducidos a la expresión más sencilla y llegando al extremo de dar bellísimos paisajes que no necesitan en modo alguno la línea curva.

En realidad, con estos cuadernos no podrá ni deberá ningún Maestro privarse del lucimiento que a los trabajos escolares da el Dibujo, ni alegar el desconocerlo para privarse voluntariamente de un éxito.

La primera parte, o sea la del dibujo cuadriculado, se comprende en ocho cuadernos con más de 250 modelos, los cuales pueden modificarse siguiendo las instrucciones que en el método se indican.

La segunda parte del método se compone de siete cuadernos que comprenden los principales géneros de dibujo: figura humana, animales de los tres reinos, flores, frutas, paisajes y composiciones de género. En esta segunda parte el autor no ha perdido de vista un solo instante la difícil graduación que en ciertos géneros ha de establecerse entre los principios y la composición. En esta parte nuestro Método es el más rico de modelaje de los publicados en España.

En estos cuadernos se ha cuidado escrupulosamente de que el sombreado sea de facilísima ejecución y de que los modelos se adapten de igual modo al lápiz como a la pluma.

NUEVO MÉTODO DE LECTURA

escogido y ordenado por varios Maestros de Barcelona

Nuevo Catón. Es una publicación en la que varios Maestros de Barcelona han puesto todo su cariño, dándole a juicio nuestro, todas las novedades inherentes a los cánones de la moderna Metodología. El creciente favor que este libro obtiene de todo el Magisterio es el mejor elogio que del mismo puede hacerse.

Nuevo libro de lectura para las niñas. Colección de cuéntecitos morales e instructivos, por Cristóbal Schmid, y traducidos por D. José Arroyo y Almela, Presbítero. Aprobado para servir de texto. El solo nombre del autor de este libro basta para acreditarlo, pues nadie como él sabe penetrar hasta lo más recóndito del corazón de las niñas para moverlas a ser buenas y virtuosas y tengan verdadera aversión al mal. Lo ilustran cerca de 100 grabados y clara impresión.

Historia Sagrada, del mismo célebre autor, está dispuesta en narraciones que se adaptan perfectamente al objeto de la lectura. Acrecen el interés que ésta despierta, el estilo purísimo, nunca bastante alabado de Schmid y el atildamiento de la traducción debida a la pluma del renombrado Maestro de Barcelona, D. Agustín Rius. Aprobado para servir de texto.

Agricultura, Industria, Comercio, Artes y Oficios, por Varios Maestros de Barcelona, es otro libro hermoso y utilísimo. Es un libro en el que, valiéndose de la narración amena y encantadora de un largo viaje, se derrochan verdaderos caudales de conocimientos tan útiles y necesarios como curiosos y ordenados. Aprobado para servir de texto.

Luisita. Precioso libro de lectura para niñas, original de la eminentemente escritora católica Aurora Lista. Forma un completo tratado de educación e instrucción, insustituible por ninguno de los libros publicados hasta la fecha. Con castizo y ameno lenguaje va desarrollándose esta obra, aumentándose el interés que despierta a medida que transcurren los acontecimientos que en ella se desarrollan, obteniendo las niñas una completa educación moral, y además prolíficos conocimientos de las artes y oficios que pueden interesarles, facilitándose así el mejor cumplimiento de los deberes que Dios ha impuesto a la mujer. Forma un abultado volumen de 300 páginas, impreso con buen papel, ilustrado con numerosos y bonitos grabados, siendo sólida y adornada la encuadernación.

Fragmentos de Literatura española, escogidos y ordenados por varios Maestros de Barcelona. Aprobados para servir de texto por R. O. de 18 de Marzo de 1897. Este libro de lectura, el más completo en su género, tiende a promover en los niños el entusiasmo y admiración por nuestros

autores clásicos y despertar en sus tiernas almas el instinto de imitación, tan fecundo en literatura cuando se apoya sobre los hermosos modelos que posee en abundancia inagotable nuestro hermoso idioma. Forma un hermoso tomo, de impresión esmerada y nutrida, excelente papel y sólida encuadernación.

Manuscrito Metódico. Colección de cartas, documentos mercantiles y oficiales, autógrafos y trabajos literarios propios para ejercitar a los niños y niñas en la lectura de manuscritos, por D. Antonio Bori y Fontestá, Profesor Normal. Aprobado para servir de texto por R. O. de 12 de Mayo de 1894. Este libro, que no tiene rival entre los de su género, consta de 192 páginas, impreso en magnífico papel, rica encuadernación y cubierta cromo-litografiada.

Obras de D. Antonio Bori y Fontestá

Geografía de Cataluña. *Compendio.*—72 páginas con dos mapas y un itinerario de ferrocarriles.

Prosodia y Ortografía. *Lecciones.*—Para uso de las Escuelas cuyo texto de Gramática es el Epítome de la Real Academia. Con un apéndice de las partes de la oración en verso y para canto escolar.

Nuevas Flores de Mayo. Magnífica edición de 128 páginas, con multitud de nuevas poesías y hermosos diálogos para recitar las niñas en el *Mes de María*.

Felicitaciones, Discursos y Epitafios. 3.^a edición de 192 páginas, con composiciones para Días, Pascuas, Año nuevo, Navidades, Exámenes, Visitas del Sr. Obispo, Día de Difuntos, etc., etc.

Lecciones de Geometría elemental. 16 páginas y 3 láminas.

Tablas de Aritmética, por D. F. Fina. Conteniendo lo más indispensable de esta difícil asignatura.

El Fénix de la Infancia, por D. Félix Fina. Primer libro de lectura.

Breve Compendio de Prosodia y Ortografía, de la lengua castellana, por D. Manuel Illa y Masferrer, Maestro. Este Compendio ha merecido grande aceptación por estar fielmente acomodado a las reformas introducidas por la Real Academia.

El Problema de la Educación, por el Rdo. P. Fernando Garrigós, Sch. P.—Afrontar el problema de la educación abarcando todas sus fases y plantearlo en términos claros, precisos y sencillos, recorrer las edades del educando y señalar el medio ambiente en que se desenvuelve y los procedimientos que en cada uno deben aplicarse para alcanzar con plena seguridad el éxito que se persigue; determinar el papel respectivo que en la formación de la juventud corresponde a cada uno de los grandes y primordiales factores educadores: padres, maestros, sacerdotes, públicistas, sociedad; apuntar los principales elementos de coeducación: hermanos, padres, servidumbre, condiscípulos, juegos, espectáculos, puntuizando en cada uno la acción peculiar que le compete en armonía y consonancia con el conjunto; aportar los dictámenes de distintas autoridades nacionales y extranjeras, glosar sus juicios con amplio espíritu de discernimiento y enriquecerlos con los frutos de una observación exquisita y sesuda experiencia, y concluir en cada caso con fórmulas concretas y categóricas... tal es la labor realizada por el Autor de ese libro y condensada, sin quebranto de la claridad, en las 300 páginas que lo forman.

■ ■ Su lectura será, pues, de gran provecho a los maestros y padres de familia, y aun a aquellas otras personas, que, sin estar directa e inmediatamente interesadas en la educación de la juventud, quieran seguir el intenso movimiento pedagógico, que aunque tardíamente, se ha iniciado en nuestra patria.

La Mujer y el Hogar Feliz

EL PROGRESO DE LA VIDA DOMÉSTICA

Una obra de imprescindible necesidad para todas las familias

Su contenido abarca todos los ramos de la buena administración doméstica: Higiene y salubridad de las viviendas; aseo, ventilación, ornato y estética de las habitaciones, alimentación y vestidos, tocados de las señoritas, cuidados y educación física de la prole, maternidad, economía doméstica, convites y agasajos, etiqueta, asistencia de enfermos, trabajos caseros lucrativos y otra multitud de temas no menos interesantes: todos ellos tratados por eminentes especialistas en estilo claro, preciso y agradable, y con profusión de selectas ilustraciones que hacen su lectura tan amena, y deleitosa como la de la novela más entretenida.





00001034909



